



Revista del
Colegio Mayor
de Nuestra
Señora del Rosario

*Homenaje
al
Ilustrísimo
y Reverendísimo
Monseñor
José Vicente Castro Silva*

**Revista Bimestral
Administración y
Suscripciones:
Calle 14, Nº 6-25**

Los artículos de esta Revista pueden ser reproducidos, citando su origen y autor.

**Las colaboraciones son de
responsabilidad del autor y
serán inéditas y rigurosamente
solicitadas.**

Nuevamente se encarece a los colaboradores de la Revista que sus artículos no excedan de doce cuartillas tamaño carta y a doble espacio.



**Esta Revista se terminó de
imprimir el día 30 de
Abril de 1968 en
los talleres de
Editorial Minerva**

**Revista
del Colegio Mayor de
Nuestra Señora del Rosario**



Fundador de la Revista:

Monseñor RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Rector Encargado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario:

Monseñor: MARCO TULIO CRUZ DIAZ

Redacción:

AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Nº 479

**VOLUMEN
LXVIII**

BOGOTA - COLOMBIA

Fundador

Ilustrísimo Sr. Fray CRISTOBAL TORRES, Arzobispo de Santa Fe

Patrón

SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA

Rector Honorario

EXCELENTISIMO SEÑOR ARZOBISPO PRIMADO DE COLOMBIA

Consiliarios

Doctor: ANTONIO ROCHA A.
Doctor: CARLOS ECHEVERRI HERRERA
Doctor: JUAN RAFAEL BRAVO

Secretario General

Doctor: OVIDIO OUNDJIAN BESNARD

Síndico

Doctor: ANGEL MARIA PACHON

Secretario Auxiliar

Señor: CAMILO CAICEDO

UNIDADES DOCENTES

Facultad de Derecho

Doctor: ERNESTO CEDIEL ANGEL, Director de Estudios

Facultad de Economía

Doctor: ALVARO DAZA ROA, Director de Estudios

Facultad de Administración Privada

Doctor: HUGO SIN, Director de Estudios

Facultad de Contaduría

Doctor: JUAN J. AMEZQUITA, Director de Estudios

Medicina

Doctor: GUILLERMO FERGUSON, Decano

Departamento de Humanidades

Director: JESUS ARANGO JARAMILLO

Departamento de Idiomas

Director: ABRAHAN ZAMBRANO

Escuela de Enfermería de la Cruz Roja (Afiliada)

Directora: CARMEN RAMIREZ

Escuela Colombiana de Rehabilitación (Afiliada)

Director: JULIO BECERRA
Departamento de Fisioterapia
Departamento de Fonoaudiología

UN GRAN VALOR DE LA INTELIGENCIA

Sin tiempo para rendir a su nombre y a su obra el alto y claro homenaje que le es debido, nos limitamos a registrar con hondo sentimiento de dolor la muerte de Monseñor José Vicente Castro Silva, gloria de la Iglesia Colombiana y figura estelar de la inteligencia patria. Rector por muchos años del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario —desde la muerte de ese otro gran varón de virtudes que fue monseñor Rafael María Carrasquilla— desde allí mantuvo la egregia tradición de ese claustro, de tan vital continuidad en la historia colombiana. Maestro de varias generaciones a todas adoctrinó con su sabiduría pero, principalmente, con el alto ejemplo de sus insignes excelencias espirituales; y su lección no habrá de extinguirse porque fue intensa y extensa, y sus discípulos sabrán guardarla y acrecentarla, con devoción y gratitud incancelables.

Orador de eximia elocuencia, era la tribuna el más cierto y firme pedestal de sus atributos intelectuales. Desde ella, ya en lo exclusivamente sagrado como en la disertación filosófica o literaria, brillaron las lumbres de su ingenio, que lo colocan entre los grandes de las letras colombianas de todos los tiempos. Su muerte implica por ello, profundo duelo para la cultura nacional, a la que enaltecen su tarea magistral y su altísima condición de guía espiritual.

La vasta suma de sus alumnos o de los que simplemente le conocieron y admiraron, guardará memoria de este prelado en cuya distinción había un mucho de gran señor del Renacimiento. Tanto por los dones de su inteligencia polijacética, como por la fervorosa emoción con que entendió la ética y la estética de la vida.

Otro día será decir —y otros lo harán más calificadamente— todo cuanto Monseñor Castro Silva representó para el espíritu nacional, y como éste, hoy se enlutece, en la certidumbre de que se va una de sus más puras expresiones, de sus más finas manifestaciones de sus valencias más auténticas. Que el respeto y el agradecimiento de millares de colombianos acompañen en este día el dolor de los suyos.

ORACION

DEL SEÑOR DOCTOR CASTRO SILVA

En la Academia de las Ciencias de Educación

(Junta Pública del 11 de Diciembre de 1933,
Celebrada en el Teatro de Colón).

* * *

Excelentísimo señor Presidente de la República,

Señor Ministro de Educación Nacional,

Señores Académicos, Señoras, Señores:

Presto hará cincuenta años que se desvaneció la forma corporal de Dámaso Zapata, y en él, como en todo hombre, se cumplió la consagrada ley de que en ahuyentándose de los ojos pasó también de la memoria. Aceleradamente descaecen la admiración y el homenaje allí donde falta el imperio decisivo de una actividad dominadora, consciente de sus fuerzas y de los altos fines que pretende. Merman las alabanzas y tal vez prosperan las críticas cuando el hielo mortal paraliza las manos y embarga la lengua y quiebra los aceros del que otro día supo imponer sus pensamientos, porque eran superiores, su voluntad porque era recta y sus mandatos porque eran fecundos; y me atrevería a decir que la estimación y acatamiento humanos no duran sino al hostigo de las obras y de los dictámenes que llevan en sí los signos vencedores de una preeminencia inconfundible.

Algo no obstante perdonará la muerte, y una vez cobrado el portazgo de lo eterno, dejará incólumes para amaestramiento de los vivos, los ejemplos y los méritos de ese a quien arrebató en un turbión de dolor silencioso. Hasta es posible que cegadas entonces las pupilas vigilantes de la envidia y apaciguados los sobresaltos de la rivalidad, se abriguen y enaltecen las calidades del desaparecido; pero tampoco es raro que intervengan causas e intereses de índole diversa que oscurezcan y empañen el nombre simbólico. Dámaso Zapata murió en los comienzos de una transformación política de notables proporciones, y él y su obra, con ser sumamente ajenos a los enconos de banderías y parcialidades, entraron en la penumbra de una historia ya vivida y archivada. Esto sin contar con que las sociedades a semejanza de las rocas, a veces se engendran merced a la íntima e hirviente fusión de to-

dos los elementos que definen una nacionalidad, y a veces tratan de formarse sobreponiendo capas diversas, exclusivas y entre sí independientes o enemistades. Aquéllas son las sociedades graníticas, formaciones plutónicas, donde toda idea, todo sentimiento y toda energía en siendo consentáneos a la grandeza y solidez de la república se enlazan y suman, caldeados por la vida, para acrecentar el pro común; estotras son las sociedades en que cada época se constituye aparte y como por vía de sedimentaciones y depósitos sucesivos y aislados, donde sólo tienen cabida determinadas y particulares concepciones que pueden ser benéficas y provechosas en sí mismas, pero que serían óptimas e incontrastables si no se divorciaran sistemáticamente de todas las restantes; sociedades son éstas formadas por muchos estratos de opiniones irreductibles y de afectos celosos que acumulándose ampliamente dan la impresión de lo firme y duradero, compactas y apretadas en su estructura, pero deslizables a la hora menos pensada e inevitablemente propicias a la conservación de faunas y de floras que hace tiempos dejaron de existir. Sociedades son éstas en que al anunciarse una era nueva piensan algunos que procede hacer tabla rasa del esfuerzo antecedente y de la experiencia ya adquirida en homenaje a otras ideas y a otros sistemas que a su turno serán suplantados y que mostrarán al venidero cronista de estas vicisitudes no el constante y unánime conato que hace caudal de lo pasado para dominar el porvenir, sino una serie de tentativas inconexas que agotaron muchos ánimos y no ensancharon los cimientos de la cultura nacional.

Y cabalmente para no incurrir en este desacierto estamos tratando de reanimar la memoria del gran ciudadano que nació ahora hace un siglo para ser modelo de ordenadores en el ramo de la instrucción y educación públicas, que vivió consumido por el anhelo de difundir y asentar la enseñanza hacedora de hombres buenos, que identificó en su espíritu el servicio de la patria con los desvelos que le merecían la niñez y la juventud, que ambicionó para su tierra aquel linaje de engrandecimientos que prospera a impulsos de una general ilustración, poderosa a depurar las mentes y a rectificar los caracteres, que batalló sin tregua por ver de persuadir a sus contemporáneos que en la máxima tarea de sanear los ánimos no es dable adelantar un solo paso mientras la simple verdad no esparza en los entendimientos luz que sacuda y destierre el prejuicio torpe, la cavilación tortuosa y el interés sórdido y empecatado que apuntan y se esbozan ya desde los primeros años por obra del descuido en que comúnmente se les deja. Tal fue en compendio la vida de Dámaso Zapata, y eso es lo que el gobierno nacional, con sabio acuerdo, ha querido conmemorar en la ocasión presente, no con una fiesta secular cuyos ecos aun siendo muy sonoros se extinguirían velozmente, sino creando esta Academia de Ciencias de la Educación que aquí véis reunida y que si es fiel al encargo recibido de la suprema autoridad y si sabe interpretar los ejemplos del claro varón bajo cuyo patrocinio se inaugura, no dudo que hará obra señaladísima en beneficio de esa noble muchedumbre de niños y de mozos que en este instante veo y siento bullir dentro de los linderos patrios, muchedumbre ansiosa de guías que le revelen generosos destinos, muchedumbre confusamente ávida de razonables adelantamien-

tos, muchedumbre siempre mal avenida con los múltiples estorbos y miserias interiores que le embarazan la marcha por los campos de la honorabilidad y del mejor estar.

A tantos años de distancia, el pensamiento de Dámaso Zapata adquiere con la fundación de esta academia una resonancia imprevista; dijérase que su voz presa en los archivos oficiales del período comprendido entre 1871 y 1879 va a desatarse rejuvenecida y fresca, desligada de las circunstancias temporales y locales que la abreviaron en aquel entonces, y gozosa y potente porque cuenta con nuevos y maravillosos instrumentos e invenciones que doblarán su eficacia y con mayores experiencias que le añadirán autoridad. No nos dirá el pormenor de los reglamentos y disposiciones que dictó para las escuelas de su tiempo, que eso de suyo es transitoria, pero si nos hablara del espíritu que informó aquélla su larga tarea de laborioso promotor de la inteligencia primeriza y enunciándonos algunas leyes fundamentales de la educación popular, leyes que no por llanas y obvias dejan de ser capitales y perennes, nos hará entrever una república en permanente afán de superar la decadencia infausta que se insinúa en la flor de las generaciones y las estraga unas veces con el marasmo de la ignorancia, otras con el siniestro de malas inclinaciones no rectificadas a tiempo, y muchas veces más con estigmas inveterados, verdaderas dolencias de la raza, que de lance en lance va llevándonos a la depresión y a la inercia, ambiente propicio a la fijación de mortíferos y selváticos rencores.

Prevenir éstas y otras calamidades fue la suprema solicitud de Dámaso Zapata; séalo también de esta academia, desasida como él de todo interés que no sea el de la educación de los colombianos y como él no abstraída en el tenaz y apasionado seguimiento de una sola tendencia, sino patente, abierta y dócil a toda impulsión justa y atinada, ora venga de los raudales de sabiduría que encauzaron los antiguos y clásicos modeladores del alma humana, ora, resulte de la observación presente que es fuente riquísima de aciertos, ora nazca del cotejo de nuestro país con otros más o menos aventajados, ora en fin se haga sentir como aspiración hacia el tipo perfecto de nacionalidad que todos coluabramos con amor en el futuro.

Será asimismo esta academia lo que son sus hermanas mayores, congregación de hombres estudiosos, instituida para un fin de pública y superior enseñanza. Y el erudito que de esta manera las definía elegantemente, agregaba: sus puertas cerradas siempre a la vanidad engreída, al antojo de improvisación y de aventura, al histrionismo ostentador y temerario, tienen que abrirse de par en par al mérito positivo y modesto que las más de las veces ni aun necesita salir de su retiro para llamar a ellas. Las honras académicas van por sí mismas a buscarle, a sorprenderle quizá en medio de sus útiles vigilias dándole nuevo aliento para continuarlas. No es título de alarde y vanagloria el de académico, es ante todo, título de función y oficio que solo pueden desempeñar los doctos y capaces. Exceptuad, señores, a una sola persona, y en la enumeración de estas cualidades hallaréis la imagen de los señores y maestros que para honrar la fecha natalicia de Dámaso Zapata, llamó el excelentísimo señor presidente de la república a que constituyesen esta Academia de Ciencias de la Educación.

Hace muchos años, tantos que no puedo hacer memoria de ellos sin sentirme trasladado a los días de una infancia que ya va siendo para mí asunto de leyenda y dominio de la fantasía, oí por primera vez el nombre de Dámaso Zapata. Porque mi padre no se cansaba de invocarlo ni de ponderar el celo y la sabiduría con que manejó la instrucción pública primero en Santander con título de superintendente y luego en Cundinamarca con nombre y prerrogativas de director. Y aun cuando no entendiera yo cosa mayor de lo que tales títulos y nombres encerraban, sí se me alcanzaba que había de ser personaje de cuenta y de gran respetabilidad el que así provocaba elogios tenaces y para mí autorizadísimos.

Más adelante comprendí mejor lo valiosos e imparciales que eran dadas las opiniones políticas tradicionales y hasta vehementes en mi familia, opiniones refidas con las del régimen a que perteneció Zapata. Mas no eran las divergencias de este jaez, negocio que apasionara a los muchachos de mi tiempo; teníamoslas (o a lo menos las tenía yo) por cuestión embrollada, impertinente y desabrida, buena para que se entretuviesen los mayores a quienes no se le caían de la boca las reminiscencias de Garrapata y La Humareda, o los preámbulos y antecedentes de la regeneración. Mejor que todo ello me sabían ciertas narraciones en que D. Dámaso aparecía peregrinando muy de madrugada por inaccesibles vericuetos y por veredas remotísimas en busca de una escuela. Y cómo se entusiasman los niños de hoy por no sé qué aventuras inverosímiles y frenéticas, así me deleitaron las correrías del prócer santandereano que se mostraba de improviso en faz y atalaje de trajinante andariego ora por los lados de Mogotes, ora por los términos de Ocamonte, siempre a la husma de citologías y pizarras, contando escolares, remirando el mensaje de la enseñanza, examinando maestros, proveyendo a necesidades muy menudas, entablando diálogos con el párroco para informarse de lo que se hacía o no se hacía en la comarca por la educación, y despidiéndose luego apresuradamente porque más lejos tenía que visitar un local derruido o uno que apenas comenzaba a salir de los cimientos. Poco se le daba a Don Dámaso de las intemperies, malos caminos, atajos traicioneros y otras dificultades que se oponían a su constante preocupación de vigilar por sí mismo las escuelas; y me acuerdo muy bien de haber oído contar que alguna vez, hallándose varias personas en una malísima posada a donde tuvieron que recogerse sorprendidas por una turbonada deshecha, fueron sobresaltadas antes de rayar el alba por el ruido insólito que hacía una cabalgadura al bajar o al despeñarse por una torrentera a la sazón henchida por los aguaceros. Con las primeras luces y al quebrar albores salieron a averiguar qué percance o siniestro había ocurrido y hora más tarde supieron que Don Dámaso había pasado por allí con riesgo no pequeño, para no faltar a unas sabatinas ordinarias.

Y fue de esta suerte como la figura de Dámaso Zapata se aposentó en mi imaginación, desprovista de arreos y de oropeles fastuosos, desnuda también de aquel aparato bélico y marcial que hace cuarenta años solía encuadrar a los hombres insignes y afamados. Me lo figuraba, en cambio, pequeño de estatura, ágil y expresivo en los ademanes, sen-

tencioso en las palabras, escudriñador cuando miraba, conciso para mandar, austero en el vivir, y si no fuera porque hay palabras que van perdiendo a toda prisa la altiva significación de que en otras épocas tuvieron, afirmarían que tenía gusto en imaginarme a Don Dámaso pobre; así me parecía que resaltaba mejor su independencia, así me explicaba el temor reverencial que inspiraba a amigos y a enemigos cuando atendía al recaudo y a la distribución de los dineros públicos, así lograba entender cómo pudo contrastar algunos desafueros y sin razones de esos que en tiempo de pasiones revueltas y amotinadas se apellidan represalias o se cohonestan como reacciones y son en realidad despojos y atropellos calificados. Y era, en verdad, pobre, Don Dámaso, porque para correr ligeramente en pos de altos y exquisitos ideales de justicia, se ciñó con el amianto desafiador de los fuegos de la codicia y con la honrada limpieza que mata el prurito de la ganancia y la comenazón del lucro a toda costa. No se necesitaba menos para comunicarle aquella entereza con que pidió y obtuvo en 1865 la inmediata devolución de sus bienes a los Arboledas y Delgados, a los Martínez y González del Cauca, o para volver en 1868 por los patrimonios y dotes de las religiosas exclaustradas. Dámaso Zapata tenía que ser pobre en un sentido caballeresco y legendario para romper lanzas dondequiera y sin contemplaciones en servicio de la equidad, tenía que serlo para que ningún interés le apartase del intento de mejorar y difundir la instrucción y educación públicas, origen auténtico de la bienandanza y fortaleza nacionales.

Por qué caminos llegará a este convencimiento que le dominó con rara intensidad en la mejor parte de su vida, sería difícil adivinarlo, visto que don Dámaso fue más abundante en obras que en palabras, y que de él, como de ciertos valores hazañosos podía decirse con toda propiedad que multiplicaba proezas y que siendo "largo para facellas era corto para contallas". Quédannos, es cierto, sus informes y circulares y a ellos voy a atenerme para seguir el hilo de sus pensamientos.

Recorriéndolas salta primeramente a la vista que Zapata era hombre que sabía hacer pie en la realidad y en la experiencia; perderse en divagaciones o soltarle las riendas a la ensoñación vagarosa y desatentada, creadora de inconsistentes y vanas imaginaciones que un día embobecen a las multitudes con prometimientos espléndidos y a otra luz las desengañan y postran con lo fútil e inane de los resultados, no fue jamás ardid que mereciera la tolerancia del gran organizador. Datos precisos, cifras escuetas pedía y lograba al hacerse cargo de la superintendencia de la instrucción en Santander, allá hacia fines de 1871, para medir la poquedad de la enseñanza que se daba, el crecido número de niños que la habían menester, y la anarquía e irregularidad de su concurrencia a las escuelas, que sobre ser escasas y estar mal provistas, se hallaban dispersas y en sumo desconcierto no solo por la extensión, fragosidad y aspereza del territorio, mas porque carecían de competente inspección que las mantuviera unidas y les procurase un estímulo constante. Aquí quedó probada la reciura de carácter de Don Dámaso y como era diestro en derivar fuerzas de la estimación fría y quizás prosaica de las circunstancias que lo rodeaban. Otro me-

nos avezado al cumplimiento del deber o de menor firmeza en las convicciones habría sentido venir sobre sí el desaliento, y antes de poner manos a la obra habría dejado las primicias de su energía en poder de la fatiga prematura. A los hombres que de tal manera se empuqueñecen con las dificultades, podría decirseles que están a dos dedos de hacer suya la voz estéril y escéptica del príncipe calderoniano: “¡Soñemos, alma, soñemos...!”; a los que valerosamente afrontan y sondan la deficiencia que han de remediar y acuden a ello sin perdonar traza ni omitir esfuerzo, les convendrá la palabra constructura que sirvió de emblema a las diligentes corporaciones de la media edad, artífices de monumentos cuya perpetua utilidad o cuya igualada hermosura van repitiendo de una a otra centuria estas sílabas mágicas: “¡Laboremos!”.

¡Con cuánta propiedad suenan también en los labios del varón que celebramos y cómo las sacó verdaderas en cada una de las funciones de su oficio...! Teniendo que buscar directores para las escuelas no se fiaba a los juicios y dictámenes que el público rumor o la influencia interesada llevan y traen, sino que provocaba la opinión de los ciudadanos más notables en cada región, y cuando era preciso la recogía personalmente aun cuando eso le costase viajar de cabo a cabo por el departamento; prolijas y desusadas diligencias que algunos reputaron excesivas o dispendiosas, sin reparar en que sólo a ese precio podía lograr toda su significación un precepto legal de increíbles alcances, según el cual al director de una escuela habían de otorgársele honores y consideraciones especiales por ser “el primer funcionario del Distrito”.

Confesamos que esta denominación, cuando tiene correspondencia en la realidad, basta para señalar una época de eminente y envidiable cultura. Porque allí donde el maestro adquiere tal prerrogativa, no sería necesario preguntar qué tan desbaratadas andaban las costumbres, qué tan relajados los ánimos, o qué tan pervertida la estimación de las cosas y de sus valores. Allí sería más bien el asistir a un concierto de voluntades ansiosas de gobernarse y de prorrumpir en actos no a impulso de las pasiones, del instinto y de la tendencia irracionales que se perpetúan y afianzan de una a otra generación, sino conforme al imperio de esta razón, huella y vestigio de divinidad, que para no desmentir tan alto origen, lleva en sí misma una tendencia conquistadora de rectitud y de verdad.

Allí donde al maestro se le reconoce primacía, pondrá también sus reales la virtud sin la cual toda riqueza es escasa, todo poder es débil y toda sanción baldía. Y no me digáis que estoy llamando ahora a las puertas de Platón para que me socorra con esa su utopía de que la causa única es la ignorancia, porque yo os podría salir al encuentro con el mandato divino, cláusula suprema del Evangelio, que resume toda la misión redentora en esta frase: “¡Id y enseñad!”, oráculo eterno que ha informado explícita o implícitamente el ánimo y los bríos de cuantos nos dejaron ejemplo como apóstoles de la educación. No me digáis que exagero los resultados de la enseñanza o la forzosa excelsitud y preeminencia de los maestros, porque yo os argüiría entonces que por algo quedó en las páginas santas constancias de aquella súplica benigna: “Perdónalos porque NO SABEN lo que hacen”, temerosa alusión a los

abismos en que puede despeñarse la ignorancia. Ni vayáis, en fin a contradecir el beneficio de la instrucción invocando las abominaciones y crímenes perpetrados por gentes y aún por pueblos de muchos conocimientos y de ciencia reconocida, porque no me negaréis que allá en el fondo, el primer motor de esa perversidad y la fuente de tantos extravíos está seguramente en la alianza maléfica de las inclinaciones aviesas que anidan en el hombre, con un principio falso y con una falsa apreciación de la naturaleza humana, de sus deberes, de sus relaciones y del sentido de la civilización.

¿Qué era un maestro para Don Dámaso Zapata? Oidle para que sus palabras confirmen y complementen esto que acaba de decir: “El primer deber de los directores es el de hacer los mayores esfuerzos para elevar el sentimiento religioso y moral de los niños y para grabar en sus corazones los principios de piedad, justicia, respeto a la verdad, amor a su país, humanidad y universal benevolencia, tolerancia, sobriedad, industria y frugalidad, pureza y, en general, todas las virtudes que son el ornamento de la especie humana, y la base sobre que reposa toda sociedad libre”. Véis aquí cuán lejos andaba don Dámaso de los dos gravísimos errores que partiendo de una increíble antigüedad han trastornado muy esencialmente la educación. Quiere el uno que el hombre nazca bueno y sin mancilla, ni desorden que le tuerza, y quiere el otro que vengamos al mundo rematadamente malos y sin albedrío para la enmienda. Entre los dos campea la sabiduría católica, que, descontadas las dolencias y achaques que son factores de perturbaciones más o menos profundas, nos certifica esta lucha interior en que divinamente somos ayudados para vencer y humanamente podemos ser avasallados por el mal. Sobra decir que la educación no es posible sino en este último caso; los otros dos, por exceso de fatalismo o de optimismo, no la toleran como no sea en un sentido muy lato y traslaticio. Sentido éste que Don Dámaso no aceptaba porque al enumerar aquellas virtudes fundamentales, al prescribir la vigilancia incesante de los niños dentro y fuera de la escuela, al reglamentar y graduar las correcciones y al castigar duramente a los maestros que diesen mal ejemplo, está declarándonos sin ambages que para él era patente la flaqueza ingénita de los educandos y su proclividad al desorden, no menos que su capacidad para desarrollar potencias triunfadoras y hábitos nobles de esos que labran el decoro y señorío de toda una existencia.

No echó en olvido el poder de la religión, antes lo reconocía y lo reclamaba con palabras singularmente graves y muy dignas de consideración por cuanto en aquel tiempo el Estado se abstenía de intervenir en la enseñanza religiosa. No había entonces cursos especiales de religión, y sin embargo, el gran educador del pueblo apremiaba a los maestros y directores para que aplicaran —son palabras suyas— “toda su inteligencia y el método más adecuado, a fin de imprimir en los alumnos convicciones indelebles y profundas acerca de la existencia de Dios, creador del universo, del respeto que se debe a la religión y a la libertad de conciencia”. Más aún: quería que estas lecciones tuvieran respaldo en la persuasión de la palabra y en la autoridad del ejemplo con lo cual, y con haber ideado que los párrocos fuesen inspectores

locales, definió puntualmente su creencia en el poder de la religión que reforma y transfigura a los hombres cuando nace y se arraiga en su interior y desde allá se extiende por toda la actividad sensible y racional. Prevalciera esta manera de pensar y de seguro se nos ahorraría la dolorosa previsión de un porvenir en que a muchos les será fácil divorciarse de todo deber piadoso, de toda fe, de toda disciplina santa porque, mal enseñados, se acostumbraron a no ver en la religión el espíritu y vida que es, sino la exterioridad y el formulismo que jamás hallaron merced a los ojos de Dios.

En esfera distinta procedía Dámaso Zapata con otra tanta lógica y de ello es harta prueba aquel principio de su metodología que junto con otros que le eran muy familiares y que a veces he oído preconizar como invención novísima y recién importada, constituye la base de varias reformas trascendentales. "Tratemos —decía— de que la inteligencia de los niños se cultive siguiendo una senda que los ponga en aptitud de descubrir por sí mismos las reglas, los motivos y los principios de lo que aprenden". No os ocultaré que, a mi entender, este precepto es la clave y piedra angular de la instrucción genuina, despertadora de entendimientos, tal vez, de inventores y de genios. Enamorado de la intuición perfecta que en un instante indivisible abraza todo el ser y las relaciones y propiedades todas y todas las facetas incontables de la entidad, criticó Bergson este conocimiento nuestro que llamó "utilitario", porque cercena la verdad que hay en las cosas y no nos muestra sino aquel aspecto que en un momento dado conviene a nuestra comprensión. Que ese modo de ver subitáneo y completísimo no nos sea posible, bien notorio es, pero ¿quién podrá negar que la instrucción y el saber se acrecientan a medida que la inteligencia, avicinándose a la inalcanzable plenitud, descubre mayores y más íntimos y recónditos atributos en los seres? Y tampoco se pondrá en duda que la enseñanza pierde y se malogra cuando las mentes, embotadas por la rutina de un aprendizaje mecánico, apenas se percatan de la sobreabundancia y vulgarmente utilitaria de las cosas. Notad ahora que la ley pedagógica de don Dámaso, por lo mismo que favorecía ahincadamente la aptitud descubridora que hay en los educandos, multiplicaba sus nociones, les habría horizontes y les mostraba perspectivas libertadoras que jamás por jamás se presentarán a las miradas del escolar desventurado que sin reflexión, sin inventiva y sin curiosidad almacena especies y acopia datos, cuyo enlace no advierte y cuya fecundidad no sospecha. Menguada educación la que así conduce a un niño a través de largos y costosos estudios hasta el páramo ideológico y hasta el erial efectivo donde acabará de agotarse una juventud desvaída que solamente sabrá repetir con el poeta gemebundo: "¡a dondequiera que mi vista alcanza — todo está triste, desolado, muerto!".

El precepto pedagógico que os he citado requería para su desarrollo un personal docente que don Dámaso se empeñó en obtener mediante las escuelas normales y con el concurso de profesores extranjeros que les dieron noticia y experiencia de los métodos y descubrimientos más abonados para llevar a cabo la reorganización de la enseñanza. Así procuró el benemérito director que la condición del país,

un tanto aislado y remoto de la cultura universal, no fuera un obstáculo a su progreso. Mas procedió en esto con acostumbrada prudencia, y para no perturbar un organismo incipiente introduciendo en él modalidades y tendencias propias de otras razas, y otros climas, llamó también a los más acreditados institutores y peritos colombianos para que secundasen su labor. Permitidme, señores, que aprecie esta medida como una afirmación rotunda de que para educar e instruir a un pueblo es preciso ante todo contar con su índole y hacerse cargo de las diversísimas y a veces increíbles circunstancias que contribuyen a la formación paulatina del "alma nacional". Sin conocerla, es inútil pretender adelantarnos hacia una meta de prosperidad en que la fuerza de expansión que nos es propia estuviera comprimida y acendrada dentro del territorio patrio, al paso que las fuerzas de aprehensión nos llevarán mucho más allá de sus linderos, a donde se halle algo que saber, a donde podamos adueñarnos del bien de la verdad, de la belleza que civilizan y colman a otros pueblos, para invertir luego tamaños capitales de suerte que beneficien y exalten la tierra en que nacimos. Entendido esto, se entenderá sin dificultad cómo la vinculación de los ciudadanos al suelo patrio mediante la instrucción que los pule y caracteriza, mediante el trabajo que saca afuera sus riquezas, y por virtud de la industria y las artes que lo decoran y lo visten, es requisito esencial para que el patriotismo, conjugación egregia del amor a la patria chica y a la patria grande, pueda existir como realidad palpitante, apercibido para toda defensa, y no como vocablo huero y recurso de oratoria revejida.

La infatigable laboriosidad de Dámaso Zapata le hacía discurrir a sus anchas no sólo por las avenidas donde se cruzan las cuestiones fundamentales de la educación, más por los cauces humildes donde se recogen las miserias que la perjudican y entranan. Miserias que juzgaba ser fruto de la indocilidad y desmoralización infantiles y que le obligaron a establecer escuelas correccionales a fin de que, suprimidas las expulsiones, no se les franqueara a los discolos la puerta de la vagancia y del abandono; miserias que provenían de la indigencia de los padres y guardadores y a las cuales remedió con los restaurantes escolares y con las salas de asilo, gobernadas, como él mismo lo prescribió en términos expresos, "por la paciencia y caridad cristianas"; miserias que traían su origen de que los maestros faltos de fortuna carecían de libros y de lecciones que les preservasen de perder poco a poco reputación e idoneidad, y a ello acudió fundando bibliotecas circulantes y cursos de vacaciones; miserias ocasionadas por la inopia de las escuelas que le dio asidero para elaborar todo un sistema regular de las capitales, rentas y edificaciones pertenecientes a la instrucción; miserias nacidas de la indolencia con que el pueblo miraba estas reformas y que él combatía enalteciendo los ejercicios escolares por todos los medios posibles, inclusive con hacer teatro de los exámenes el propio recinto de las cámaras legislativas; miserias, finalmente, que podían sobrevenir tan pronto como la política interviniera en las escuelas. Sobre lo cual decía don Dámaso al separarse para siempre de su empleo en 1880: "Mientras he estado al servicio de la instrucción pública, no ha habido para mí más causa política que la de las escuelas. Me ha movido a

proceder de esta manera la convicción de que toda ingerencia de los empleados del ramo en la lucha de los partidos es funesta para el sistema que se trata de fundar". Y añadía luego con cierto desengaño: "Grande como es el respeto y el afecto que a mi partido profeso, ese afecto y ese respeto los he subordinado y los subordino aún al interés que para mí tiene la causa de la instrucción popular. Verdad es que fuera de ésta, no alcanzo a ver en las agitaciones de nuestros partidos otros resultados que energías mal gastadas e ilusiones perdidas". El gran repúblico tenía razón entonces... y sigue teniéndola cincuenta años después; porque eso que con el nombre de política envenena desde muy temprano los ánimos juveniles, no ha sabido ser entre nosotros el arte divino de gobernar a los pueblos que dijo el filósofo académico, sino la persistencia atávica de perjuicios insensatos, la feria y el tablado donde zumba y se menea todo un enjambre de odios antiguos y toda una caterva de "intereses creados", tal vez más violentos y viles que los que se juntaron, para arruinar "la ciudad alegre y confiada" que todos conocéis.

Excelentísimo señor:

Creando la Academia de Ciencias de la Educación que habéis inaugurado hoy, honráis la memoria insigne de Dámaso Zapata, y pedís a este cuerpo que asocie sus desvelos a los vuestros en pro de la enseñanza: lo primero es acto de justicia y consagración de un ejemplo; lo segundo es favor que reconocemos y responsabilidad que aceptamos con tanta conciencia como deseo de ser fieles y probos cumplidores de un mandato prestantísimo que se confunde en nuestro espíritu con el servicio y amor a la república.



MEMORIA DANTESCA

Por Monseñor José Vicente Castro Silva

Henos aquí en Florencia, ciudad legendaria y de pocas creces, sembrada de campanarios y de torres, cruzada por callejuelas angostas, prevención necesaria para luchar ventajosamente con los invasores, en todo semejante con los invasores, en todo semejante a una ceñuda fortaleza, y en todo distinta de la Florencia actual, mansión luminosa de artística quietud.

Ciudad fue aquella atormentada y rota por facciones y partidos, donde solía resonar la vocería tumultuosa de los que desencadenan tempestades "porque hay quién les ofrezca tridente de oro para aquietarlas después de levantadas"; ciudad que guardaba también celosamente el eco generoso de voces patrióticas que enseñaron al pueblo a ser artífice de sus destinos, a renovarse sin cesar y a salir triunfante allí donde otros hubieron fenecido sin remedio.

Esta fue la patria de DANTE ALIGHIERI, gloria de Italia y ornato preclarísimo del género humano. Sean estas líneas una simple y devota tentativa de cumplir el mandato tradicional: "Onorate l'altissimo poeta".

* * *

Poeta es aquél que siente agitarse confusamente en su interior un mundo de formas y de imágenes, formas fluctuantes e indeterminadas, rayos luminosos que aún no se reflejan ni se disuelven en la gradación espléndida del iris, notas dispersas que no llegan a engendrar armonía. Y no hay quién no tenga su poco de poeta, mayormente en los albores de la mocedad, época propicia a transformar el hombre en caballero andante, y a distraerle con historias peregrinas de hadas y de palacios de oro. Pero todo ello apenas en un estado transitorio, la realidad presto se encarga de acabar con el desatino de los sueños y de estropear el halago de las ilusiones, para dar lugar a la vida prosaica. Solamente al poeta verdadero le es dado consolidar aquel mundo fantástico que bulle en las entrañas de su sér, ávido de mostrarse e incapaz de sufrir las ligaduras sutiles que lo aprisionan y circundan; llega un instante en que el alma se revela a sí misma, y suelen ser las cosas y acaecimientos exteriores instrumento providencial de tan excelsa manifestación. La

vida de Dante comienza cuando de solo nueve años encontraron sus ojos los ojos de Beatriz; otra vez la miró y al renovársele la impresión profundísima que recibió en la infancia, el arte se le reveló y se sintió poeta.

Beatriz murió y después de llorarla y de cantarla, Dante enderezó su vida a fines políticos y prácticos. Al sosiego del estudio y a las inquietudes del amor sucedieron los afanes domésticos y las pasiones de la vida pública; en pos de Dante artista surge Dante ciudadano, ocasión adecuada para que el hombre revele su carácter, conozca su personalidad y trate de imponerla a sus contemporáneos. Mas la personalidad a veces desmaya con las contradicciones y flaquea ante los obstáculos, a veces halla nuevo vigor y grande robustez en medio de la lucha, y este poder de resistencia invicta es lo que constituye los grandes caracteres. Pero las grandezas son distintas: Hay hombres de acción, nacidos para señorear, hábiles para no comprometerse, diestros en ceder, imperturbablemente fijos en un propósito al cual van acercándose con pasos cautelosos y disimulados, pero siempre seguros, mal comprendidos de las gentes que los motejan de inconstancia y veleidad. Dante no tuvo esta grandeza, no nació para encabezar partidos o enarbolar pendones, fue más semejante a Catón que a César, y bien sabido es que los hombres de esta índole son admirados, pero no obedecidos.

Severo e inflexible, Dante fue un hombre apasionado y convencido; no supo comprender ni tolerar los vicios y errores de sus contemporáneos, ni acertó a hacer granjería con las flaquezas ajenas, ni anduvo en medio a los intereses y violencias para ver de conquistar el bien aún en el mismo seno de la maldad, como es forzoso que lo hagan los que quieren y saben gobernar. Administró dos meses el Priorato de Florencia y tuvo que desterrar a Guido Cavalcanti, su mejor amigo, para poner paz y concordia entre facciones irreconciliables; vio venir sobre sí las insidias y malas artes de los Neri y les dio tiempo de madurar sus designios aceptando una embajada inoficiosa que le hizo pagar Corso Donati a precio de destierro y de despojo; peregrinó lejos de su ciudad y los suyos le olvidaron de suerte que no pudo hacer prevalecer sus opiniones ni averiguarse con las ajenas. Cansáronle los hombres, hízose esquivo a amigos y a enemigos, a la postre vino a quedarse solo. No falta quien pretenda explicar tales sucesos y este desamparo final con razones ocultas e intrincadas, pero vale más que nos atenemos a la condición del personaje. Quien ha de vivir con los hombres tiene que aceptarlos como son, quien ha de gobernarlos debe comprenderlos, y Dante, despreciador sistemático de toda vileza, tenía que ser intolerante; su mejor ambiente fue la soledad y en ella se refugió para huir de lo presente y dominar lo por venir.

Hurtándose a la acción se entrega nuevamente al estudio para ordenar la "Divina Comedia", única y verdadera acción de Dante, cuyos efectos trascienden la esfera angosta de las ambiciones e intereses de aquel tiempo y tienen más límite que el hombre y el mundo. Allí juntó sus dolores y sus odios, sus venganzas y sus anhelos con los destinos perdurables del género humano. Odios y venganzas he dicho, porque Dante épico y Dante lírico son hartos desiguales y el poeta que vi-

sitó los círculos eternos no se parece a aquel otro que en plena juventud desterró de sus cantos toda palabra rencorosa y concretó el universo en las pupilas de Beatriz.

Ahora, desengañado y caduco, espacia las miradas por más vastos horizontes; ha conocido ciudades y hombres, cortes y consejos, caracteres, pasiones y costumbres, la realidad se le muestra como libro abierto, y por eso, experto en las andanzas de la vida, no escribe sonetos y canciones sino que construye un poema verdadero. Entre tanto, el mundo que lo rodeaba, traía profunda turbación a su ánimo. "¿Qué buscas?", le preguntó un fraile alguna vez. "Paz", respondió el cansado viejo, pero no la logró sino con la muerte.

En el secreto de las almas se guardan adormecidos e ignorados los gérmenes de todas las pasiones; casos fortuitos o intencionales suelen conmoverlas y franquearles la salida y entonces prorrumpen con ímpetu sobrepujante. Así las turbulencias civiles despertaron en Dante pasiones y ardimiento primero ignotos y después violentísimos, exacerbados luego por la desventura. Y no eran sus tiempos aquellos felices y apacibles en que el artista pueda abandonarse mansamente a la contemplación y cerrar los oídos al grito profano de los intereses mundanos, eran más bien tiempos revueltos en que la pluma del poeta vale por espada tajante y punzadora. De ahí que la poesía dantesca sea un perpetuo batallar, y que el mundo en que se mueve sea un teatro donde juntamente representa como actor, pelea como soldado y canta como vate, fundiendo en sí mismo la inspiración de Homero y el arrojado de Aquiles. Pero este hombre nuevo no pudo anonadar al antiguo y por eso las iras de Dante revelan amor extraordinario y es grande la dulzura que se esconde bajo la sobrehoz de sus violencias. Los biógrafos no atienden a mostrarnos sino aspectos aislados de Alighieri, los más nos lo pintan vengativo y desdeñoso, otros quieren demostrar perenne concordia de sus actos y palabras con la justicia inmutable, ni es desconocida la labor de César Balbo que con serenidad halagadora y con templanza nobilísima hizo de Dante un prototipo de amor y gentileza. A unos y a otros saca verdaderos la índole del poeta soberano, porque fue hombre apasionado e impetuoso, naturaleza pronta a abandonarse con alma y vida a la impresión más fugitiva, tan temeroso cuando la ira le dominaba y tan compasivo cuando la ternura le invadía, excelso cuando amaba e indomable cuando iba a castigar, poderoso a reunir en su mente Infierno y Paraíso, creador de Francesca de Rimini y de Filippo Argenti, de Farinata y de Cavalcanti, hombre, en fin, que un día llamó a sus conterráneos "bestie fiesolane (L XV, 73) y otro día los imploraba con gritos amarguísimos "popule mi, quid feci tibi".

Y no es esto decir que Dante fue voltario y tornadizo; la inclinación y el hábito nos predisponen a idealizar los hombres y a figurárnoslos siempre idénticos e inmutables, cosa bien rara porque la naturaleza no suele andar un mismo camino y a menudo nos sorprende armonizando atributos opuestos y contrarios merced a tenues y casi imperceptibles gradaciones. Aquiles es feroz cuando se adueña de Héctor, y sin embargo, a la vista de su padre, no acierta a contener los raudales del llanto más piadoso; así entendemos cómo desfallece Dante cantan-

do los casos lastimeros de Francesca y de Pablo y cómo se reviste de crueldad para describir con espantable precisión un cráneo humano mordido por los dientes de un réprobo furioso.

La cultura nos enseña a medir los gestos y palabras y a mantenernos en perpetua benevolencia de semblante, aún podría acontecer que un hombre educado a la ligera se hallará más dispuesto a perpetrar una injusticia que a proceder sin miramientos. Dante, que fue todo naturalidad, no supo disfrazarse y por eso llegó a ser personaje esencialmente poético, tuvo por rasgo dominante la fuerza que se manifiesta sin trabas; la desgracia, lejos de envilecerlo, le añade energías y lo levanta. Comió, es verdad, el pan amargo que ofrecen los protectores soberbios, solicitó su amparo y toleró aquella humillación extrema que consiste en el menosprecio de las gentes improvisadas, pero nadie supo estimar mejor la superioridad que le aventajaba entre sus contemporáneos. Aquella carta famosa en que rehusa volver a su patria con menoscabos del honor, no solamente revela un ánimo desligado de toda vileza, sino que apunta en cada línea la más exquisita dignidad "no son esas —le escribe a un amigo florentino— las vías que me convienen para que cese este destierro, si se me ofrecen otras que no redunden en mengua de mi honor y de mi fama, las aceptaré de grado. Que si no hay medios decorosos para entrar en Florencia, nunca más entraré en mi ciudad" (Ep. V).

Aquí oímos el lenguaje de la magnanimidad heroica, aquí entendemos que Dante era sabedor de su propia grandeza, aquí le vemos erguido sobre el pedestal de sus obras y con el rostro cargado de desdén para todo lo bajo y abatido, más propicio a perdonar un delito que una vileza. Las naturalezas serias e ideales se conocen muy bien por sus contrarios, y lo contrario de Dante es la vulgaridad; que no parece sino que se creía de raza superior no tanto por la nobleza de la sangre como por la excelsitud de su ánimo. Ni se piense que le bastara una dignidad meramente pasiva, porque no se hicieron para él las frialdades del estoicismo antiguo, conviéndenle mejor los arrebatos de la indignación y la elocuencia de la ira y los afectos hervorosos que arrastran consigo el varío juego de todas las potencias del alma. Con razón le ofreció Virgilio el tributo de su entusiasmo al ver cómo se iba transfigurando y cómo se desprendía de la miseria circundante para levantarse contra los poderosos que le oprimieron y señalarlos con heridas inmortales.

Y no es que le falten momentos de aflicción y de abandono sino que el sentimiento delicadísimo del dolor se trueca, sin que sepamos cómo, en arranque poderoso y en resistencia vencedora. Con ser tan larga y acerba la serie de sus infortunios, no nos dejó ni una sola página en que domine esa postración moral, ese desconsuelo irremediable y fatal sobrado frecuente en los modernos, porque en Dante el dolor aparece vestido con apariencias de cólera debido a la suma presteza con que reacciona su carácter.

Notad ahora que este desprecio altivo de todo lo vulgar, esta conciencia de su propio valer, este afán de coronarse por su propia mano,

contribuyen a engrandecer en nuestro entendimiento la figura de Dante que nunca aparece tan avasallador como cuando refrena soberbiamente el dolor interno y amenaza con el semblante mientras le sangra el corazón.

En sus años juveniles todo es para Beatriz; metido luego en los negocios públicos, Florencia viene a ser el Norte de sus pensamientos. A lo último se consagra ardorosamente a la teología y a la filosofía y saca de ahí una visión potente de las cosas. Florencia no puede contenerlo. Italia no lo circunscribe, divisa lejanías ocultas a sus coetáneos, piensa en la posteridad, no le basta la fama y quiere la gloria. El amor de Beatriz se purifica de su porción terrena para convertirse en amor de lo divino. Mas no ha de creerse que semejante mutación puede explicarse por aquel achaque ordinario de la vejez que consiste en generalizarlo todo y en convertir las impresiones habituales en máximas y sentencias perentorias e inapelables; en Alighieri lo particular no desaparece sino que sobrevive pero en su forma más alta, y así aunque hable para la humanidad, siempre subsiste para él esa antigua Florencia que hizo palpar su corazón de peregrino; la Beatriz ideal que le guía por las claridades del Empíreo es fidelísimo trasunto de aquella otra que se adueñó de su alma y en cuyos ojos bebió la luz que se refleja en el Canzoniere; la suerte de los venideros le preocupa, pero lo trascendental de sus planes y sistemas políticos se mezcla con todos los intereses de la época; las especulaciones más abstractas se dan la mano con sus afectos personales, y las memorias de su partido y de sus adversarios pasan fulgurantes a través de la escueta armazón de un silogismo.

En ocasiones Dante desecha la medida, acusa, imprecusa y fustiga sin reparos ni consideraciones, obediente a las musas ominosas que pintaban en su alma la calamidad de los tiempos o removían las heces de antiguos sufrimientos; pero aún entonces el poeta nos conquista por la sinceridad de sus ímpetus, que son otras tantas saetas extraídas de la aljaba de su convicción; si afirma cree en la verdad de lo que afirma, si acusa tiene por justa y necesaria la acusación, si exagera pasa adelante y no lo advierte.

Con tanto calor en el alma, con pasiones tan extremadas, he aquí que Dante tuvo que renunciar a la actividad cuando todo le solicitaba a vivir intensamente. Le destierran, y el mundo prosigue su camino sin él y contra él. Dante no lo lleva en paciencia, no sabe resignarse, pero tampoco quiere conspirar vulgarmente, en compañía "malvagia e scempia"; sus obras se reducen por un momento a cartas inútiles dirigidas a príncipes y a pueblos, tratados y negocios que adelanta en servicio de sus protectores; poco a poco se convierte en mero espectador de los acontecimientos; su energía indomable no teniendo ya dónde manifestarse, se concentra en sí misma y estalla por fin en un poema, tético y rumoroso como la tempestad, fantástico y melancólico como noche serena bañada en lumbres estelares y atenta al manso resbalar de una barca en las aguas dormidas, luminoso y espléndido con las irradiaciones del Amor primero que mueve y compasa las esferas; abstruso y recóndito como tiene que ser toda expresión humana de la verdad eterna.

Hémos aquí en presencia del mundo dantesco, de la Comedia apellidada Divina por consentimiento y juicio universales. Del carácter de su autor pienso, tal vez gratuitamente, que hemos discurrido hasta ahora: toleradme la presunción de averiguar la índole de su poema.

Parte sustancial de un argumento en las obras literarias no es lo que tiene de común con los demás sino lo que tiene de propio e incommunicable; un argumento no es tabla rasa, materia indiferente que puede recibir toda especie de formas a voluntad y arbitrio del autor, es materia determinada y precisa que contiene en sí misma y virtualmente las leyes orgánicas reguladoras de la producción artística, su concepto adecuado, sus partes y su estilo. Es un germen fecundo guardador de tesoros ingentes que sólo son visibles a ojos del artista. Allí no descubre nada o descubre muy poco el talento mediano, al paso que el poeta genial, dejándose atraer amorosamente por el argumento, le da su alma, vive en él y con él se unimisma.

Cuando Dante concibió la Divina Comedia, abundaban fuera de Italia las narraciones épicas urdidas en torno a personajes tradicionales: reyes, caballeros, héroes y paladines, que no tuvieron correspondencia ni semejanza en la Península, hasta mucho tiempo después; en otros términos, Italia no fue cuna del Cid Campeador ni de Don Quijote, de Arturo ni de Carlomagno; aun las simples tradiciones caballerescas y feudales le faltan casi por completo en sus primeras épocas literarias y las únicas de que puede hacerse mención brotaron merced a la historia de aquellos que en Italia se apellidaban bárbaros. Porque la historia de Italia, durante una considerable porción de la Edad Media, —y así lo afirma De Santis— se confunde con la historia de sus conquistadores. Vino después la época de libertad y de cultura, hiciéronse armas contra los castillos, nació el municipio y cundieron por el territorio anhelos urgentes de emancipación y de soberanía. Las gentes y pueblos que la procuraban no fueron ciertamente los godos ni los sarracenos, los normandos ni los longobardos sino las propias multitudes conquistadas, los elementos aborígenes genuinamente latinos. Por eso, cuando después de larga y silenciosa servidumbre conquistaron el señorío de su raza y se adueñaron de la cultura que comenzaba a difundirse, no fueron a buscar las tradiciones patrias en tiempos que les recordasen la dominación extranjera, y esquivándolos con notable prisa, corrieron derechamente a buscarlas en la historia romana que era su propia historia.

Los más graves sucesos no lograron hacerles echar en olvido este preclaro abolengo, disputáronse por herederos y continuadores inmediatos del pueblo romano, señor del universo, siguieron llamando bárbaros a los extranjeros, hablaban orgullosamente con el Emperador con muchas alusiones a la gloria y a la grandeza de Roma legendaria, Cola da Rienzo arengaba a estilo de los tribunos antiguos, los historiadores antes de emprender su narración se paraban a saludar los orígenes del Lacio y hasta las vejezuelas sabían entretenerse haciendo remembranzas.

De'troiani e di Fiesole e di Roma (Par. XV. 16).

Esas tradiciones tenían para Dante y para sus conciudadanos gran importancia política, el partido gibelino las adoptó como normas

ideales y Alighieri las aprovecha largamente en su libro "De Monarchia" para defender su sistema. Fundábanse, de resto, en la imperecedera Eneida de Virgilio donde el dulcísimo mantuano celebró el nacimiento de Roma y la glorificación del Imperio.

Los poetas de otras naciones convirtieron sus tradiciones en epopeya sin que fuera menester realizar previamente una labor de adaptación porque las unas y las otras no pugnaban en el campo religioso, mas en Italia el caso era distinto: la tradición era pagana y la epopeya, por exigencia de los tiempos, de la civilización y de las costumbres, tenía que ser netamente cristiana; la religión romana, nervio y vida de las tradiciones itálicas era a la sazón cuerpo sin alma, irremisiblemente muerto, incapaz de animar la literatura, mero accesorio artístico que a veces contrastaba grotescamente con la realidad de la vida.

Y esta realidad no podía prescindir de la idea religiosa, del dogma católico, para llamar las cosas por sus nombres. Ahí veréis por qué, a diferencia de otros pueblos y hasta el advenimiento de Dante, Italia no poseía un género poético en que se aunaran la religión y las tradiciones, como acontece en los poemas caballerescos. Tenía un cambio, dos géneros puramente religiosos: la "Visión" y la "Leyenda", aquella exalta lo maravilloso del mundo por venir, ésta encumbra lo maravilloso de las obras humanas, en ocasiones se mezclan y la visión penetra en los dominios de la leyenda para magnificarla. Así nacieron las Florecillas de San Francisco, y así escribió Cavalca las Vidas de los Padres.

Visiones y leyendas pasaron del púlpito y de los libros a la plaza; convertidas en drama fueron representadas, y los dominios, los réprobos y las almas que moran en el fuego expiatorio debieron hablar a los espectadores como hablaron a los antiguos las Euménides tremendas. Porque lo trágico era nota predominante al puntualizar en las tablas la perdición del alma mediante los recursos de la palabra y de la mímica. Y fue éste el argumento que Dante Alighieri hizo suyo y que hasta entonces no había logrado sino expresión fragmentaria y parcial, con él se abrazó, supo medir su amplitud inmensa y le dio fundamento y corona en la doctrina de la Redención, con lo cual la tragedia vino a rematar en Comedia, es decir, en canto regocijado y jubiloso.

Ese argumento encierra la última página de la historia humana y el desenlace del drama terreno, allí el velo de la muerte descende sobre el escenario de este mundo, las puertas del futuro están cerradas, la acción ha concluído, las oscilaciones de la libertad cesan y el tiempo movedizo se extingue para que sólo reine un eterno presente.

Nos hallamos, pues, en los dominios de la perfección, y en presencia de la creación final donde todo es imagen acabada de Dios, y donde la materia es instrumento fidelísimo del espíritu, y lo real y lo ideal se identifican. La naturaleza no aparece allí como obra misteriosa sino como verdad espléndida y patente, y en cuanto al hombre, revestido ya de inmortalidad, y colocado más allá de toda mudanza, queda también fuera de esta sucesión continua en que alternan luchas e intrigas, anhelos y desesperanzas, vicisitudes y catástrofes. No hay acción

que se desarrolle a través de obstáculos materiales o humanos o que deje el ánimo en suspenso. En suma: aquel reino de la verdad y del bien inmutables que Dante aprendió a conocer en la Summa de Santo Tomás de Aquino, no es épico ni es dramático porque la epopeya y el drama suponen contraste de caracteres y pasiones, vacilación y flaqueza de la libertad, lucha indecisa y tal vez angustiosa entre la razón y los afectos.

Y sin embargo, Dante Alighieri sacó de ahí, con esfuerzo increíble una epopeya, y en eso estriba la grandeza de su obra. Su sabiduría teológica le vedaba perturbar en obsequio a la poesía las leyes soberanas, reguladoras del mundo ultraterreno y decidió entrar allá, pero en mitad de la vida y llevando consigo todas sus pasiones de hombre y de ciudadano para que renaciese el drama en el seno del orden infinito y reapareciesen el tiempo y sus mudanzas en la inmutable eternidad.

Así las almas habitadoras del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso se ponen en contacto con un hombre viador y hablando con él, tornan momentáneamente a la tierra y se acuerdan de la Patria y de los amigos, de suerte que las mansiones perdurables son teatro en que se agitan la Italia y la Europa del Siglo XIV, con sus pontífices y sus emperadores, con sus reyes y pueblos, con sus errores y desmanes: es el drama del siglo representado en el otro mundo y escrito por un poeta que también es actor.

Merced a esta concepción felicísima la poesía comprende y abarca todo lo que es la vida, lo humano y lo divino, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad, lo más abstracto de la inteligencia y lo más concreto de la realidad.

Surgen allí el tiempo, la historia y la sociedad con la plenitud de su energía interna y externa, religiosa y moral, intelectual y política, y con esto germina la epopeya y el poema heroico y nacional, toda vez que Dante puede traer a cuento las tradiciones italianas sin menoscabo de la antigüedad y sin falsear la vida moderna. Ante la justicia de los destinos futuros pueden destruir toda diferencia occidental, poner a Alejandro en compañía de Ezzelino y a Bruto en las vecindades de Judas. El poeta mismo acude con lo más íntimo y personal que tiene, con sus amores y odios, con su historia privada, pero sin romper la unidad de su obra, afianzada como enseña Hegel en "el círculo inmutable del amor divino".

He ahí cómo logró Dante introducir variedad sorprendente en un argumento que parecía rehusar cualquier manera de consorcio con la inquietud característica de la vida terrena.

En ninguno de cuantos poetas han existido andan tan juntas y trabadas como en Dante el elemento moral y el intelectual, y advierte Macaulay que este linaje de unión y el efecto que produce, nacen de la fe inspiradora del poema cotejando luego a Dante con Milton, añade estas palabras.

"Dante no ha vacilado nunca en revestir sus inspiraciones de forma determinada y precisa, analizó cifras y medidas allí donde Milton hubiera dejado flotar sus imágenes de manera incierta y vaga envueltas en nubes de palabras. Ambos tenían razón: pero como Milton no contaba sus propias aventuras y peregrinaciones, como no anduvo trajinando por la ciudad doliente ni por las esferas celestiales, podía limitarse a magníficas generalidades, lo cual no acontecía con el viajero errabundo de la región extramundana. Fuerza era que describiese minuciosamente las cosas terribles y los prodigios todos que se reputaban inenarrables, que refiriese con acento de verdad lo que ni la fábula llegó a suponer, ni el miedo pudo sospechar.

De esta suerte no parecerá extraña aquella otra afirmación del crítico inglés para quien "son más conmovedores los detalles dantescos que la vaga sublimidad miltónica". Esta es, en verdad, creación privilegiada de un poeta genial, pero aquellos nos ponen de presente no sólo al poeta sino al hombre que vuelve "del valle del abismo doloroso", y nos parece que le vemos con los ojos dilatados por el horror y que percibimos los acentos entrecortados y los sollozos reprimidos con que acompaña su terrible historia y su tremendo viaje.

Porque Dante sabía muy bien que los seres de diversa naturaleza nos producen escasa impresión mientras los consideráramos solamente en sí mismos, y que cuando traspasamos el abismo que los separa de nosotros, cuando recelamos apenas alguna relación indefinida entre estas leyes de lo visible y es otras que rigen lo invisible, se suscitan en nosotros las emociones más vivas que acaso puede sufrir la condición humana.

En esa relación no sospechada tienen poca parte las formas del mundo puramente exterior y sensible; Dante se fijaba, ante todo, en la naturaleza humana, cede a otros la tierra, el mar y el firmamento y se reserva la humanidad, deja que otros se extasien contemplando la noche, las estrellas y las nubes; para él no hay más horas tranquilas y serenas que las de sus recuerdos tiernos y amantes, poderosos a enturbiar los ojos, a conmover el corazón del navegante y del peregrino y a hacer que lloren los mortales el desvanecerse de un crepúsculo que no volverá. Oidle si no el preludiar el tercer canto del Paraíso.

"O voi che siete in piccioletta barca.
Desiderosi d'ascoltar, seguiti
Dietro al mio legno che cantando varca.

Dante escribió su poema para que todos leyéramos en él la relación de lo terreno y de lo humano con lo suprasensible y lo divino; relación ascendente o descendente según los objetos que contemplaba o según los afectos de su ánimo. Así glorificó a Beatriz con atributos místicos, le dio asiento entre las potestades celestiales y la supuso mandataria de la sabiduría eterna para velar por el pecador errante y sin ventura que la quiso en esta vida de tan acendrada y singular manera; así se conturba ante los espíritus radiantes, beatificados ya por

el bien sumo y a quienes contempla lleno de angustia desde un rincón de su aposento, con la frente ceñida y sombría, con la faz velada por increíble dolor y los labios contraídos por el desdén acerbo que nos muestran sus retratos.

No hubo jamás unión tan estrecha, compenetración tan íntima como al que contemplamos entre Dante Alighieri y su poema: era forzoso que la Divina Comedia y la existencia de su autor concluyesen a un mismo tiempo; y así aconteció puntualmente.

Mediado Septiembre de 1321 salió Dante de Venecia para tomar la vuelta de Ravena, minado ya por la fiebre, mensajera de la muerte. La madrugada del 14 le vio agonizar, y cuentan sus biógrafos que de tarde en cuando y con voz sibilante murmuraba el nombre de Beatriz, acaso para despedirse de su hija, novicia dominicana de San Esteban, que consoló sus últimos momentos; acaso también para saludar a su celeste guía que se aprestaba a franquearle las puertas de la Eternidad. Al fin entregó a Dios "su alma cansada" y entre el rumor de los primeros vientos otoñales que meneaban los pinos ribereños del Chiassi, ascendió como en el último canto del Purgatorio.

Puro e disposto a riveder le stelle.

Y aquel día en que la Iglesia celebraba la Exaltación de la Cruz, Dante Alighieri entendió que los Reinos de ultratumba eran más excelsos y hermosos que los que había imaginado en su poema.



ORACION GRATULATORIA

**Pronunciada por el Canónico Doctor José Vicente Castro Silva
en la Capilla del Colegio del Rosario para Festejar las Bodas
Sacerdotales del Doctor Jenaro Jiménez.**

Ilustrísimo Señor Rector,

Respetable Claustro:

El día de hoy estamos asistiendo a la conmemoración religiosa de aquella fecha, separada de nosotros por el largo espacio de 25 años, en que el Doctor Don Jenaro Jiménez, Vicerrector de este Colegio, recibió de Dios el carácter sagrado que lo constituyó sacerdote para la eternidad. Fecha insigne que vio esa pasmosa transformación de un hombre en ministro de Jesucristo y dispensador de sus misterios, que señaló el comienzo de una vida nueva, toda la colaboración en los designios de Dios acerca de la salud sobrenatural de sus criaturas, que abrió ante una de ellas un camino inacabable señalado por el Redentor a sus discípulos cuando les dijo: "Id y enseñad", que colocó en unas manos mortales las dádivas infinitas que sacó de su corazón el Unigénito de Dios, que esforzó una voz humana hasta darle imperio sobre el cuerpo sacratísimo que un día se albergó en el seno inmaculado de la Virgen Madre y ahora se recata debajo de los velos eucarísticos, que abrió en fin unos ojos para que vieses más allá de la falaz apariencia de este mundo y por encima de sus solicitudes inciertas la realidad serena que acá sobre la tierra se denomina santidad y abnegación y en la otra vida es deleitosísima contemplación de Dios, visión bienaventurada de paz, sosiego de gloria en los tabernáculos eternos.

Festejar un día como éste es para un sacerdote celebrar y exaltar las mercedes Divinas con las propias palabras de la Madre de Dios: "Mi alma engrandece al Señor y se alberga mi espíritu en Dios mi salvador porque ha hecho en mí cosas grandes". Grandes en verdad, porque en el momento de la ordenación sacerdotal habitan en el alma la magnificencia de Dios y la magnificencia del hombre: la de Dios, porque otorga y para siempre, sus poderes redentores; la del hombre, porque ha procurado disponerse a recibir esta avenida de gracias con toda la pureza y a costa de todos los sacrificios de que es capaz. En ambos linajes de magnificencia están allí muy en su punto porque, al decir de Santo Tomás conviene ser magnífico, espléndido y suma-

mente largo y dadivoso allí donde se trata de algo que solo se hace una vez y perdura para siempre, y vosotros sabéis que nada hay que saque ventaja a la ordenación sacerdotal ni en lo perpetuo ni en lo irrevocable.

Festejar un día como éste es ponerse uno a mirar, no sin sorpresa, cómo llegó a adelantarse tanto en este viaje de la vida y descubrir que no hay un solo paso que no muestre a par de la huella humana el vestigio de una Providencia, y de un amor y de una misericordia que jamás se apartaron de nosotros, atrayéndonos a veces con interiores y sobrenaturales halagos y guiándonos otras con rigor compasivo.

Y en la ocasión presente, la conmemoración que aquí nos reúne, es un decoroso brote de gentileza, un homenaje de gratitud sincera, un testimonio fehaciente de obra buena y meritoria que el Rector, superiores y alumnos de este claustro ofrecen al señor doctor Jiménez, para que conste el justo aprecio que le granjearon sus cualidades personales, la veneración que es debida a sus virtudes y reconocimiento que se merece por su labor constante, oculta y ya tan dilatada en beneficio de este Instituto Secular. Es justo, señores, que siquiera una vez en la vida se pague a los que han sido fieles en el desempeño de su oficio aquel tributo de alabanza que recomiendan las divinas Escrituras y que no es fomento de pobres vanidades sino estímulo honorable y porción bendita de la centuplicada recompensa que aún para esta vida prometió Nuestro Señor a los que por amor de El lo abandonaran todo.

Pero aquí estoy viendo señor Rector y respetable Claustro a muchos de mis hermanos y superiores en el sacerdocio. Dadme permiso para ensanchar el homenaje que habéis preparado al señor doctor Jiménez y juntar a esta demostración la muy sincera que le hacemos todos cuantos hemos probado el consuelo de su amistad, la edificación de su ejemplo y la lealtad a toda prueba de su corazón.

Y yo no diré más tocante a su persona, porque quien consintió en emplear los mejores años de su vida, y la mejor parte de sus fuerzas en llevar adelante un ministerio tan culto como arduo, tan desprovisto de lustre y de refulgencia externos como cargado de responsabilidades, tan ajeno a la pompa como decisivo en el orden y concierto de este Claustro, quien hizo con su vida un sacrificio silencioso y tal vez desconocido a la educación cristiana de la juventud, no toleraría que yo pusiese lengua en sus méritos para publicarlos con ruidoso encarecimiento, ni que invadiese el retiro y soledad cuasi monásticos que formó para sí en veinte años de abnegación laboriosísima.

Lo que sí me es lícito y lo que voy a hacer es inculcarlos, como Dios me ayude, el respeto y la veneración que reclama la dignidad sacerdotal con que fue ungido hoy hace cinco lustros el señor doctor Jiménez, Vicerrector de este Colegio.

No os sorprenderá que declare merecedor del más rendido y piadoso acatamiento el sacerdocio, si recordáis que constituye una de las prerrogativas y uno de los oficios propios y exclusivos de Jesucristo.

Exclusivos he dicho para que sepáis de una vez que este sacerdocio que ejercen los hombres llamados por Dios y consagrados por ministerio de la iglesia, no es sino una derivación y comunicación del sacerdocio soberano de Jesucristo.

Es El, en realidad, el Pontífice Supremo, el medianero único entre Dios y los hombres, el que por virtud de su doble naturaleza divina y humana pudo reconciliar la criatura con el Criador y hacer las paces entre el cielo y la tierra. Para este oficio fue consagrado por el espíritu de Dios y fue así como lo adoró David saludándole proféticamente: "Dios, es Dios mismo el que te ha ungido con óleo de alegría", solo que ya no se trata de aceite litúrgico y material que se esparció por la cabellera de Aarón y consagró de allí en adelante el sacerdocio de la ley mosaica, sino de aquella otra unción de la naturaleza humana realizada por el Hijo de Dios cuando se dignó encarnar en ella. A esa humanidad santa del Redentor se le comunicó entonces la plenitud del poder sacerdotal, poder que bendice y consagra lo que toca, poder que se interpone entre el pecador y la justicia eterna, poder que implora e intercede hasta desarmar los enojos divinos, poder que alza a los cielos la contrición amarga de los hombres y les trae de allí la gracia del perdón. Algo más se encierra en el sacerdocio de Jesucristo, porque —dice San Pablo— todo Pontífice tiene que "ofrecer dones y sacrificios por los pecados nuestros"; ¿y dónde está, oh hermanos, la víctima que Jesucristo inmola ante Dios como ofrenda de su sacerdocio, la que a nuestro turno inmolaremos nosotros en representación de Jesucristo?

Ella no consiste en bienes o cosas terrenas: ¡son tan miserables! y aun cuando alguien llegase a juntar en presencia de Dios todas las riquezas de este mundo, ¿qué habría logrado sino juntar el polvo con el polvo? ¿Por eso el apóstol nos advierte que no fuimos rescatados con oro y plata corruptibles "Scientes quod non corruptibilibus auro vel argento redempti estis" y en cuanto a los sacrificios antiguos, fueron más que un raudal de sangre que desde los altares corría sin cesar para sumirse en la tierra, mas no para levantarse a las alturas como prenda de reconciliación? Otro, muy otro había de ser el sacrificio de Jesucristo. Héle ahí disponiéndose a entrar en el santuario, llevando la ofrenda de su propia sangre "per proprium sanguinem introivit in sancta" y hablando con su Padre: "Oh Padre, ya no aceptas ni las víctimas, ni las oblationes, ni los holocaustos, ni los sacrificios propiciatorios que enantes se ofrecían con los ritos legales, pero me has dado este cuerpo y yo he dicho "hème aquí". Y Jesucristo subió a su templo que es el Calvario, ocupó su altar que es la cruz y dio una ofrenda infinita que es su sangre. Sangre libre porque El es dueño de dar y de tomar su propia vida según le plazca, sangre inocente porque era preciso que nuestro Pontífice fuera Santo, inocente, imaculado y excelso, sangre victoriosa porque aplacando a Dios triunfó de su justicia, despojando al demonio lo dejó vencido y salvando al mundo lo avasalló para siempre.

Si tal es la víctima y tal el sacrificio de Jesucristo, creo yo que no os será dificultoso imaginar cuáles serán los efectos divinos de la

oblación sacrosanta que hizo el Redentor una vez y continúa repitiéndose en los altares de la cristiandad por ministerio del sacerdocio terreno.

Aquel pontífice supremo, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, que se mostró a los ojos maravillados de San Juan en medio de la asamblea misteriosa de los santos, ceñido por candidísimo ropaje y circundado de arcana majestad como conviene al que lleva sobre sí el título de Rey de los Reyes y de Dominador de los Dominadores, aquél a quién eternamente se le canta gloria, honor y bendición, aquél que es nuestro único salvador y redentor peroró nuestra causa ante Dios y fue escuchado por la grandeza extremada de su homenaje. Una sola oblación, la de su sangre, proveyó con creces a la salud de los que había santificado. Porque nada es más precioso que la sangre del hombre, y nada es más fecundo, y así, a nadie se le oculta cuán poderoso y cuán eficaz y cuán elocuente y definitivo es el testimonio de la sangre cuando se vierte generosamente en homenaje a la verdad y a la santidad de una causa. Pues, oh hermanos, si esta sangre humana es así de valiosa y fecunda, ¿qué diréis de la sangre de Jesucristo, Dios y Hombre? Si la entereza y rigor de nuestro espíritu se quebrantan y desmenuzan en presencia de las lágrimas humanas, es imposible que la severidad y justicia de Dios no se desarmen ante las lágrimas y el clamor potente que acompañan la oblación cruenta de Jesucristo Hijo de Dios. Cotejad con ella todos los crímenes de los pecadores, traed a su lado y poned a su vera la multiforme infidelidad de las criaturas, y veréis cómo sobra infinito rescate para redimirlas, y veréis juntamente que cuantas veces se levanta a los cielos el Cáliz del Nuevo Testamento donde el pontífice eterno Cristo Jesús, depositó su sangre, Dios se nos muestra propicio, pone en olvido nuestras deudas, se apresta a perdonar nuestras abominaciones, cancela otra vez el decreto de muerte que nos amenaza, y en lugar de la justicia y del castigo, ante la miseria y la desgracia del pecado que nos abrumba con su inmensa pesadumbre, no subsisten sino el amor que nos perdona y la sangre de Jesucristo que nos salva.

Pudiera yo, ¡oh hermanos, descubrir ante vosotros la inexhausta fecundidad del sacerdocio de Jesucristo y haceros entender, con el apóstol la longura y la amplitud, la altura y profundidad de este misterio de fe y de caridad! Desde los brazos de la Cruz y desde la cima del Calvario y desde todo altar, baja la sangre del Señor irrestañable manantial de bendiciones para nuestro linaje, y no hay paraje ni hombre que no se aprovechen del sacrificio regenerador.

Vestigios suyos aparecen ya en el principio de los tiempos cuando anidó por primera vez el remordimiento en los pechos mortales, y permanecerán huellas espléndidas de ese mismo sacrificio cuando sobre las ruinas futuras de este mundo la voz del justo Juez separe a los buenos de los malos, pero entre estos dos términos extremos de los destinos humanos, vive y reina el Sacerdote Máximo que consagra y reparte el cáliz de su sangre. Mirad cómo la esparce sobre la iglesia militante, donde cada gota suscita confesores y vírgenes, héroes y mártires; mirad como fertiliza las mieses del padre de familia y como prospera el Reino de Dios sobre la tierra, mirad cómo sale del mundo por

caminos misteriosos para sumirse en el abismo del fuego purgatorio y llevar paz y descanso a los dolores en que los justos concluyen su expiación... Terra, pontus, astra, mundus, quo levantur flumine... y por remate de tan largos beneficios, mirad a la diestra del Padre al Pontífice Inmortal intercediendo por nosotros: allí su corazón de sacerdote —Amor Sacerdos— habla sin cesar, allí su sangre es acogida con infinita reverencia, allí sus llagas demandan y obtienen el perdón, hasta el fin de los siglos porque el sacerdocio de Cristo no tiene fin, así como su doctrina jamás caduca y su realeza jamás se menoscaba; Jesucristo es Maestro y es Rey y es Sacerdote para la eternidad: Sacerdos in aeternum.

Vosotros, oh hermanos, no ignoráis que el cristiano no puede contentarse con la profesión de su fe, sino que debe proporcionar las obras a la creencia y hacer resplandecer en ellas la doctrina que tiene recibida de la iglesia. Por eso, la solemnidad que es manifestación de gratitud y reconocimiento a un sacerdote, homenaje público a su ministerio, y ocasión de enaltecerlo, debe ayudarnos a renovar el afecto y la veneración que los cristianos de verdad tributaron siempre al Ministerio de Jesucristo; a eso estáis singularmente obligados vosotros los que, en calidad de alumnos de este Claustro, habéis recibido mayores y más continuos beneficios del sacerdote a quien estamos festejando.

Y él, por su parte cómo no habrá de regocijarse al recibir en este día un tributo de honor y de reconocimiento avalorado por tres títulos novísimos, quiero decir: porque nació en el ánimo de esta juventud tan sincera y fervorosa en sus afectos como generosa en sus demostraciones, porque lleva en sí el justísimo e inapreciable testimonio de los superiores de este Claustro, jueces competentes para estimar la obra llevada a cabo por su colaborador, y porque ese tributo —perdonadme una reminiscencia escolástica— recibió su forma sustancial en el corazón del Rector y merced a ella quedó especificado por la ternura de un padre y de un amigo incomparables.

Alargue Dios la vida de su siervo que hoy le ha ofrecido junto con la Hostia Sacrosanta del sacerdocio cristiano los merecimientos, los trabajos y los dolores inevitables en veinticinco años de ministerio; alárguela el Señor Omnipotente para que muchas veces más pueda subir a los altares donde cumplidamente se le adora y se le dan gracias, se le suplica y se le satisface; alárguela, en fin, para que, en el sacrificio cotidiano que ofrezca a la Majestad Infinita y en unión con el Pontífice Eterno Jesucristo, alcance de Dios los favores y auxilios con que santifica la vida y se conquista la bienaventuranza.

Septiembre, 19 de 1923.

LA SUBLIMACION POR EL DEPORTE

Por José Vicente Castro Silva

Los múltiples ejercicios que abraza la gimnástica no fueron en Grecia un arte de exhibición, ni una observancia impuesta por la moda, ni una profesión lucrosa, ni una excusa para pensar, ni un pretexto para embrutecer, ni un salvoconducto para romper con la delicadeza de la urbanidad y la distinción de los modales. Tampoco fueron escuela de rudeza ni culto de la pujanza material en que el ápice del adelanto consistiera en adquirir fuerza irrestricta y donde las facultades del alma fueran a perderse a más andar en la jurisdicción de la carne sorda y maciza; trueque ilícito del ingenio celestial por las propiedades de las fiestas bravas.

Cierto es, en cambio, que ya en tiempo de la Grecia prehelénica andaban los púgiles y luchadores celebrados en los frescos de Tirinto y en los marfiles de Gnoso para comprobación de que los Egeos eran sagaces admiradores de la destreza corporal y de la musculatura viril y bien proporcionada. Pero solamente Grecia halló el secreto de darle al cuerpo humano la plenitud del desarrollo y de aplicarle a esta obra suprema de la divinidad el ideal de armonía entre lo bello y lo justo que es quizá lo que mejor caracteriza el ascendiente imperecedero de la civilización helénica.

En ella es la gimnasia una preparación indispensable para la vida social y una palestra risueña donde el ciudadano se agilita para que la defensa del suelo patrio y de sus instituciones no le sorprenda desmañado y bisono; es también una disciplina simultánea para el cuerpo y el espíritu, porque todos saben que el alma noble y fuerte necesita albergarse en una carne sana, limpia y entera. Admíranla los griegos con mente de artistas, pero su preocupación estética arraiga en el conocimiento de las necesidades públicas, por lo cual atribuyen sin vacilar a la gimnasia la victoria de los atenienses en Maratón, y Sócrates reprende al joven Epígenes en estos términos: Desaliñado y enteco me pareces, desprevenido estás para el combate en que se juega la vida; advierte que la ruindad de la complexión a unos les dobló el peligro, a otros les costó el honor y a muchos les mermó los alcances; a no pocos habrás oído apellidar cobardes



que son allá dentro valentísimos, pero que acá fuera se sienten presos y oprimidos por el embotamiento y torpeza de los miembros. Fatiga y lidia recias y acompasadas necesita el cuerpo para que otro día sea de provecho y no de estorbo en los azares de la guerra, en el servicio de la nación y hasta en el socorro de los amigos. Entiende asimismo que no hay lucha ni acto de la vida que te hagan arrepentir de esos ejercicios corporales; al fin y al cabo el cuerpo es el instrumento de que a todas horas y dondequiera nos servimos, y sería necedad que no procuráramos hacerlo dócil y perfecto. Aun aquellas funciones que te parecen más reñidas con el cuerpo, quiero decir las de la inteligencia, no lo están en realidad, porque ya ves que el pensamiento suele desconcertarse a causa de la mala disposición corporal. Y si te traiciona la memoria, si pierdes los filos del entendimiento y se te pasma la cabeza, si te vencen los desmayos de la pereza, si finalmente se te desvanece la razón y pierdes el seso, de todo has de reconocer que su raíz está en la disposición viciosa, enclenque o enfermiza de este cuerpo que sirve a la inteligencia como el sistro, la cítara y la flauta sirven a los músicos.

Que Jenofonte me perdone esta paráfrasis que acabo de hacer de una de sus mejores páginas; perdónemelo en gracia de la recta intención con que pretendo hacer sentir lo que realmente se pensaba en Grecia acerca de los deportes; perdónemelo y agradézcámelo porque me ha dado ocasión de mostrar que la agudeza socrática se da la mano con la sabiduría revelada que nos enseña esta máxima de diáfano realismo: "El cuerpo que se vicia, agobia a el alma".

Las palabras de Sócrates a Epígenes, ¿qué calificativo reclaman en justicia si no es el de "ascética"? Y no parezca esto abuso caprichoso de la palabra que el cristianismo consagró para nombrar la purificación moral del hombre; porque "ascética" no es sino la misma voz "áskesis" que allá en la Hélade designaba cualquier esfuerzo o ejercicio laborioso y metódico atañero a esa educación física o moral que Jenofonte acaba de mostrarnos. Ascético fue por tanto el propósito de los griegos al exaltar la gimnasia, y si no les fue dado atinar con la última perfección que se consuma en el reino sobrenatural ultrahumano, quédeles al mérito de haber enaltecido en el orden puramente natural esta hechura de Dios, que fue postrimera en la creación para que compendiase toda la beldad y las fuerzas esparcidas por el Universo.

Si ahora queréis ver hasta donde se alzó esta ascética de los juegos y deportes, verdadero culto del hombre, echad los ojos sobre una de tantas figuraciones de Perseo e interpretemos sus formas y ademanes: "Soy un vencedor —parece decir— y llevo en la frente el resplandor de la heredada majestad de Zeus; soy pronóstico vivo de conquistadores, prenuncio de los artífices de libertad y adelanto de caballeros; en la serenidad de mis proe-

zas adivináis un anticipado desdén de los peligros; tengo por blasón la cabeza de Medusa y ahora la levanto para que vaya a campear en el escudo de Atenea. De la hirviente sangre de la furia nacerá el caballo alado, fiel a los poetas, corcel relampagueante que me llevará en pos de todo lo glorioso, lo noble y lo divino. Castigaré la inhospitalaria soberbia de Atlas, arrebataré las pomas de oro en el jardín de las Hespérides y encontraré en Andrómeda la última sanción del heroísmo que es energía radiante, soberana y benéfica".

Heroísmo y héroes, eso es, lo que sacó Grecia de sus gimnasios, circos y palestras, que fueron por cierto escuelas de lealtad cívica y de ciudadanía aventajada donde sólo se admitían hombres libres y sin afrenta de infamia o de castigo; tales, en fin, que al presentarse en los juegos olímpicos se mostraran como acabadísimos dechados de la nacionalidad helénica.

Muy otras eran las turbas de jayanes y atletas de profesión que divertían al pueblo; y erraría en grande quien imaginara encontrar en ellos el prototipo de la gimnasia griega; que si la escultura los estigmatizó copiando sus semblantes desprovistos de toda lumbre interior y a veces francamente bestiales, Eurípides acudió también a zaherirlos con duro sarcasmo y vilipendio. No, en los dominios de Apolo y de Minerva no era lo mismo asistir a las olimpiadas y aplaudir la destreza o habilidad mercenarias o brutales, buenas cuando más para servir de paso a la novelería. No era lo mismo quebrarse de risa ante las bofetadas estúpidas, el crujir de los huesos, las carnes magulladas, los miembros rotos y las caras deshechas, o juntarse, poseídos todos de un no igualado espíritu nacional, a celebrar las fiestas panhelénicas en que los juegos y deportes ponían de presente las reservas de gloria y las promesas de imperio que Grecia custodiaba en el ánimo y bríos de su mocedad. Por eso la gimnasia llegó como a sacudir y a encadenar el ánimo de aquella nación con tanto hechizo y variedad de sentimientos que a juicio de Grote, sirvió de contrapeso a la desunión política y mantuvo entre ciudades apartadas, carcomidas por rivalidades y querellas, un lazo de fraternidad, un vínculo de simpatía y un fundamento de unión que las salvó de despeñarse en lamentable y prematura ruina.

ORACION FUNEBRE EN MEMORIA DEL LIBERTADOR

Pronunciada por el Canónigo doctor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en las honras fúnebres celebradas en la Catedral de Bogotá el día 17 de Diciembre de 1930.

Excelentísimo señor, señores Ministros, Ilustrísimo señor:

El Gobierno Nacional ha querido que a las preces arcanas con que la Iglesia implora la glorificación eterna del Padre de la Patria, se junte el clamor religioso de una oración fúnebre que rememore lo que hay de Dios en la vida del Libertador Simón Bolívar. Las supremas autoridades civiles al disponer este homenaje nos han puesto de presente la grandeza del héroe en toda su misteriosa integridad. No piensa nadie que para sublimarlo dignamente basta contar los pasos vencedores y acelerados con que una y otra vez midió el territorio de la Gran Colombia; los ojos que pudieran habituarse a la fulguración incesante de la espada de Bolívar, no han visto aún todo cuanto hay que ver en él; los oídos hechos a aquel estruendo de victorias que fue creciendo desde Arauca hasta Boyacá, tienen todavía que escuchar; habrá quién no se intimide ante la profecía delirante de Casacoima y Pativilca; pero eso no ha tocado los linderos de la pujanza del héroe; y quien haya escrutado sagazmente los dictámenes que encerró Bolívar en el manifiesto de Cartagena, en la carta de Jamaica o en los discursos de Angostura, todavía no ha llegado al centro radioso donde se concertaron la luz y el fuego de la Emancipación.

Porque a través de lo humano, que es asunto de la historia, es preciso adivinar y como entrever una Razón Altísima, que no suele manifestarse directamente, pero que asiste infatigable y pródiga a todas las mudanzas terrestres. Razón que sembró en el universo la energía que nos sirve y sustenta. Razón que dejó una huella suya en cada mente para que se gobernase con acierto y se acercara a lo divino. Razón que en otra esfera sojuzga las edades, da rumbo a los sucesos y desconcierta los planes tortuosos e inicuos de los hombres. Pero esto no lo realiza Dios con la violencia ineludible de las fuerzas ciegas, sino con el imperio avasallador de la inteligencia humana. Diríase que el Omnipotente prefiere a su propia intervención abrumadora, la intervención de una criatura suya que lo reemplace; cuando la ha menester la predestina y quizá a través de muchas generaciones la prepara, ordena en torno suyo acontecimientos y circunstancias de todo linaje; como el sol a la tierra con sus rayos, así la embiste. El con sus dones

espléndidos, esfuerza luégo y aquilata todas las preeminencias racionales que hacen del hombre una imagen de la Deidad, ordena, en fin, que aparezca en el mundo, y, como para no menoscabar la excelcitud a que la destina, la obliga a ser descubridora de sí misma. Una Providencia particular se encarna en tal criatura, y es todo su sér un teatro donde la acción divina va desarrollándose tan imperiosa e incontrastable, que sin advertirlo muchas veces, los contemporáneos se doblégan ante ese poderío que no comprenden y en cuyo celestial origen no reparan. Hé ahí el secreto del pasmo, inviolable al tiempo y a la muerte, con que han sido mirados los verdaderos genios. "Hombres Representativos", los llamó alguno; "Figuras Simbólicas y Arquetipos Humanos", los apellidó un moderno; pero ninguno de esos hombres exprime lo que son en realidad, lo que fue señaladamente el Libertador; un alarde valentísimo de la magnificencia divina.

Mirad, señores, que no es ruin la fe cristiana cuando exalta a los elegidos de Dios: ora sean naturales, ora sobrenaturales las dádivas que en ellos advierte, de una misma fuente infinita las hace proceder y a un mismo raudal eterno las hace confluír, bien que por diversos caminos. La perspicacia terrenal no hallará para enaltecer al Libertador otro medio que el consabido de ponerle en parangón con otros héroes; mas la fe cristiana no se satisface mientras no reconozcamos en él un vestigio preclaro de los atributos de Dios. Vestigio que también es único y sin par; porque así como el trance de la independencia colombiana no fue repetición de ningún otro suceso, ni volverá a registrarse en los siglos de los siglos, así también tenía que ser sin ejemplo, sin semejante y sin sucesor el hombre que Dios previno para que fuese alma y vida de aquella revolución extraordinaria.

Así, no ha de pareceros que es ponderación extremosa y desatentada el poner en Bolívar, fundador de naciones, un rastro de la energía creadora con que el Hacedor hizo salir de las entrañas informes y vacías del principio, el concierto acompasado de los mundos; ni os será dificultoso imaginar que las razones con que el Libertador dio luz de entendimiento a las colonias adormecidas para que comprendiesen y salvarsen sus propios intereses, fueron un trasunto de la palabra que desencadenó las vibraciones luminosas en el seno de la tiniebla primordial. Que si en lo antiguo se hizo sentir el Señor como Dios de los Ejércitos y pasó por las mentes de su pueblo con arreos de luchador, en faz guerrera y decorado de bélica bravura, para que le atribuyesen la ruta y exterminio de los opresores de Israel, no será osadía trasladar a el alma del Libertador un hábito de aquella ira tremenda que avienta y desmenuza la servidumbre infausta, la prepotencia malvada y el atropello enceguedo.

Hay, de otra parte, analogías patentes e inconcusas entre la naturaleza y la gracia. Por algo se ha dicho que ésta no niega ni destruye a aquélla, sino que la corrobora y perfecciona: en todo lo puramente humano se columbra algo de lo estrictamente divino, y, a juicio del Apóstol, lo visible da testimonio de lo que está escondido y repuesto en la Divinidad. Por eso no nos basta admirar en Bolívar un jefe y legislador capaz de entrar en liza y de sostener la competencia con cualquier otro señorío y dominación; vémosle más bien como los he-

breos a Moisés, salir de la niebla augusta y temerosa que envuelve al Sinaí de los designios celestiales; viene sellado en el semblante por la majestad de una comunicación excelsa y hecho depositario de consejos divinos que engendrarán la libertad americana. Tráelos grabados en la fortaleza imperturbable de su espíritu y hasta en la textura y temperamento de la carne; quebróse ésta, hoy hace un siglo, al impulso angustioso de la idea no comprendida; así quebró Moisés las tablas legales en raptó de iracundia ante la necia villanía del pueblo; pero, ni el ademán destructor de Moisés aniquiló los mandamientos, ni el deshacerse la forma corpórea de Bolívar atajó la libertad de un continente.

Bolívar aparece entre los patriotas hacia 1808, dos años antes había tomado desde Europa la vuelta de Caracas, llevando consigo el propósito de libertar a Venezuela. No vayamos a creer que estamos en presencia de un soñador que juntaba con el lujo de la vida el fasto de las palabras retumbantes. La gentil e hirviente mocedad del héroe podrían sugerirnos esa imagen trivial que no traduce la grandeza que ya se albergaba en su espíritu. Afinado al contacto de los rancios abolen-gos españoles, de la sutil cultura parisiense y de las legendarias proezas romanas, no había lugar en él para la índole arrebatada y desvanecida del rebelde vulgar; capaz de medir las hazañas consulares de Bonaparte y de contemplar de hito en hito las glorias napoleónicas, no podía seducirle la fama borrascosa y fugaz del insurgente adocenado; habituado, en fin, a la sociedad de sabios como Cuvier y Gay Lussac, hecho al trato familiar con aquel descubridor científico de América que se llamó Alejandro de Humboldt, Bolívar no podía degenerar en un gárrulo e inconsciente agitador de muchedumbres.

Por eso no se apresura a amotinarlas, ni a pregonar la insurrección, sino que aguarda a que el trastorno y desconcierto de la monarquía peninsular abran camino firme y leal para el establecimiento de un gobierno propio en Venezuela. Una dinastía sucedió a otra en Bayona, y a los españoles celosos de sus fueros crearon la Junta Suprema de Sevilla; era el momento de introducir en estas vastísimas dependencias ultra oceánicas el mismo régimen. A Fernando el Desposeído tenía que suplirlo una junta de gobierno que se titulara "De Caracas", y su creación fue el grande empeño de los próceres que con Simon Bolívar se reunían sigilosamente en las márgenes del Guaire.

El primer paso del Libertador en la vía sacra y triunfal de la Emancipación fue para él mucho más que un compromiso, fue un sometimiento ilimitado a la idea fundamental de la Independencia Latinoamericana. Bolívar desde entonces deja de pertenecerse y queda subyugado por un hechizo intelectual que le atrae y le impulsa a veces inclemente, a veces frenético, jamás blando, siempre irresistible. ¿No veis acaso los ojos de Bolívar? Son ojos que parecen abiertos por el espanto o por la angustia de no dominar un ámbito inmenso que constantemente se le ofrece y del cual no es lícito desviarse; sobre esas pupilas vigilantes e insomnes, la frente se recoge en múltiples arrugas que mantienen alzado el velo de los párpados y simbolizan o denuncian la tensión mental que allá en el interior no permite que el espíritu se aduerma y escape a la fascinación de las ideas.

¿Cuáles son ellas? A diferencia de la revolución del 89, que tomó por base los Derechos del Hombre, la independencia americana se caracterizó por el intento de que cada pueblo fuese señor de sus destinos y poderoso a gobernarse por sí mismo. Bolívar vio con clarividencia innegable que la continuación del régimen colonial fomentaría de este otro lado de los mares un marasmo e inacción esencialmente reñidos con los destinos naturales de tan prodigioso territorio, y enteramente opuestos a su propio bienestar y aun al equilibrio del universo. Un continente dos veces mayor que Europa, sin ponderación rico y abastecido, propicio a la cultura y a la inteligencia, tenía por cierto sobrados recursos para vivir por cuenta propia y sobradas razones para ser algo más que la despensa inagotable y exclusiva de una sola nación. Comunicados libremente a todos los países esos bienes, traerían otros que realzarían a América y estimularían el afán laborioso y emprendedor de sus habitantes; ellos, por su parte, al emparejar en soberanía con todas las naciones, tenían que convencerse hoy o mañana de que las sociedades no son respetables ni logran crédito ni afianzamiento, sino merced a las sanas costumbres, al orden y a las leyes justas y santamente obedecidas que cuando le dan paz y prosperidad a un pueblo, le dan también armas y defensa.

Así eran las repúblicas que Bolívar anteveía en este continente que por entonces, como él mismo lo dijo, "estaba ausente y como secuestrado del universo, sujeto al monopolio de casi todos sus productos, impedidos en su desarrollo, estancado por las trabas entre provincias y provincias, afligido además porque la administración del poder encomendado a los europeos con exclusión de los criollos, ponía a éstos en condición de extranjeros en su propia patria, subordinados por añadidura como casta inferior a otra favorecida e inaccesible.

Mudar tal estado de cosas fue el ideal del Libertador, a quien sólo una grosera incomprensión o una incurable pequeñez pueden representarse como un revolucionario sin conciencia, ávido de postrar la autoridad legítima y de anunciar una libertad licenciosa y anárquica. De Pradt, Arzobispo de Malinas, no lo juzgaba así en 1829: "La acción de Bolívar abarca el mundo y se le debe respetar como a un bienhechor del universo; su nombre tendrá que figurar entre los más dignos de ofrecerse a la admiración del género humano.

Y a fe que el Ilustre Prelado no habría contradicho a quien discurriendo acerca de la obra de Bolívar, advirtiera en ella el cumplimiento de la parábola evangélica de los talentos. Quiere Dios en efecto que los caudales confiados a sus siervos no yazgan soterrados y ociosos, sino que entren a la circulación para común beneficio y aprovechamiento, no menos que para honor y gloria del Señor que los distribuyó. Manos acuciosas y diligentes, labor asidua y solícita, pide El a los hombres que hace depositarios de sus bienes y a fin de que la negligencia y el abandono no le defrauden, intima llanto y rechinar de dientes a los administradores holgazanes.

Y no fue de estos Simón Bolívar, a quien Dios hizo comprender que el nuevo orbe hispánico, convertido en Repúblicas y compuesto de naciones independientes, introducía en el escenario jurídico y po-

lítico del mundo una suma incalculable de acciones y reacciones morales y económicas, multiplicaría en él la representación de la soberanía, y, por el mismo caso, haría oír voces nuevas en medio de los conflictos europeos, aportaría elementos preciosos para dilucidar los problemas y cuestiones que se agitaban más allá del mar océano, y quizás haría triunfar la solución equitativa y sabia cuando pusiera en la balanza de la justicia y de la verdad el voto y la influencia de tantas nacionalidades.

No pueden ser otros que los destinos providenciales de esta América. Su historia se mueve entre dos genios: el Descubridor y el Libertador; desde Cristóbal Colón hasta Simón Bolívar. América fue la nebulosa gigantesca, henchida de portentos, sin más trayectoria o rumbo que el de la Madre España. Dijérase que su poderío, a manera de cometa prodigiosa, se alzó en el horizonte de Europa y la asombró por la fuerza del núcleo que era la Península, y por la esplendidez de la causa que era América. Pero otro día surgió Bolívar y la nebulosa se aglomeró en los centros que su voz y su espada designaron; del hemisferio austral ha desaparecido la cauda soberbia, prolongación de la grandeza hispana; el Libertador formó con ella una constelación de pueblos libres.

Hay quienes llamen prematura la emancipación americana y pongan en Bolívar la tacha de haber sido un soñador imprudente y mal avenido con la realidad; un visionario que se anticipó a la sazón oportuna y malogró los frutos de su ardimiento indiscutible. Prueba de ello —nos dicen— son las revueltas periódicas, las discordias intestinas, la paz mal segura, el vaivén de la prosperidad, las malandanzas políticas y hasta las dificultades exteriores que nos han traído en continuo sobresalto. Ignoran o fingen ignorar los tales que jamás se ha implantado en el mundo una idea o reforma saludable sin suscitar contradicciones, tanto más bravías y feroces cuanto más necesaria e inaplazable es la transformación que se anhela. E ignoran también que las ideas no son fuerzas brutales que suprimen la resistencia aniquilándola, sino energías espirituales que deben labrar la perfección humana a través de muchas vicisitudes. De ser aceptable el criterio asombradizo de esas gentes, habría que llamar prematura e intempestiva la mismísima predicación del Evangelio, visto que la humanidad no se rindió a él completamente sino después de crudelísimas persecuciones, de siglos enteros, de cismas y herejías atroces que desgarraron sin compasión la túnica inmaculada de la Iglesia, y de rebeldías sociales que en un punto comprometieron épocas enteras de apostolado heroico. Reparad más bien en que las calamidades subsiguientes al anuncio y proclamación de la verdad son argumento de la condición pecadora y contumaz de los hombres, pero no demuestran que la verdad sea imperitante y extemporánea. Si la obra de Bolívar mereciera calificativos semejantes —quiero decir—, si Bolívar se adelantó a los designios divinos y usurpó una misión libertadora reservada para un héroe advenidero, no sé yo para cuándo podría fijarse el comienzo de la epopeya colombiana. Unos años después, la atención de la metrópoli iba a estar pendiente de las modificaciones radicales que mudaban a toda prisa los estatutos europeos; menos estricta y minuciosa tendría que ser la

administración de las colonias, que, a favor de estas mermas de autoridad, tendrían que relajarse y parar en el desgobierno y en la desidia muelle y liviana. Allí hubiera sido el embotarse de toda nobleza y el sumirse todas en la última miseria moral tal vez por reacción contra los rigores precedentes, o tal vez por aquel abandono fatalista que suele emponzoñar las latitudes tropicales.

¿Podría aparecer en tales condiciones un Libertador como Bolívar? No, una época así solamente puede producir condottieri audaces, mezcla de aventurero y de caudillo, pero no produciría un hombre que a los treinta años, hostilizado y perseguido en su patria, arriba a Cartagena, interesa a la Nueva Granada en la redención de Venezuela, logra quinientos hombres, se apodera de la margen oriental del Magdalena y habla como vidente en San José de Cúcuta.

Sus palabras resumen con brevedad imperatoria la idea que durante diez y ocho años estrujará toda la actividad de su naturaleza indomable; palabras son esas más que humanas porque entre ellas y la campaña de dos meses que se las inspiraba, media un abismo que no puede colmarse sino con una perspicacia que hace pensar en el espíritu profético que Dios enviaba a los vates israelíticos. Oid los nombres de los sitios donde recogió el Libertador sus primeros laureles: Tenerife, Guamal, Banco y Puerto Real; ¿Quién no los conoce? Al cabo de cien años ¿Cuán humildes son y cuán pequeños! Casi nos ruborizamos de que nombres tan oscuros estén asociados a la gloria del Libertador. Boyacá y Ayacucho los anonadan y es vana la pretensión de figurarnos un combate gradioso allí donde sólo se columbra un pueblecillo de bohíos en el lindero de una selva brava y donde el crepitar de las infinitas máquinas de guerra que la imaginación finge en toda empresa militar, está reducido a las descargas parsimoniosas de dos centenares de fusiles. Y, sin embargo, de ahí, de una acción guerrera tan desnuda de aparato, sacó Bolívar el mismo aliento dominador que le inspiraron la majestad de la Roma cesárea, sus águilas invictas y las legiones imperiales. Arrancóle esta visión el juramento legendario del Aventino; oid, os ruego, cómo la confirma después de abandonar las orillas medio salvajes del Magdalena:

“Vosotros, fieles republicanos granadinos, marcharéis a redimir la cuna de la independencia colombiana, como los cruzados libertaron a Jerusalén, cuna del cristianismo... La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión”.

¿Preveía Bolívar que sus huestes llegarían hasta las provincias peruanas en 1824? ¿Adivinaba que Chile por boca del almirante Blanco Encalada ponderaría “la necesidad imperiosa de la influencia del héroe de Colombia? ¿Presentía que la Argentina después de Ayacucho le alabaría, porque “desde las bocas del Orinoco y de victoria en victoria había conducido el iris de la libertad hasta sellar la total independencia del Nuevo Mundo?” No lo sabemos. Lo que sí nos consta es que sin descansar de las fatigas con que pagó la primera de sus victorias, Bolívar no hablaba sino de la libertad de un mundo.

Es que agobiado por esta única idea, Bolívar parece insensible a las proporciones objetivas de los sucesos a que asiste; no los estima él por lo que tienen de tangible y mensurable, sino por la relación que guardan con el fin supremo que le atrae, por la significación y el alcance que su fervor patriótico les da. Para Bolívar la importancia de los hechos estriba, no en su resultado o utilidad inmediatos, sino en que son etapas de una carrera que concluye en el ideal. Por eso cuida con idéntico desvelo y con la misma intensísima viveza sus campañas, sus discursos, sus escritos, sus actos de gobierno; para desalojar de Mompós un destacamento pone en juego arrojo y presteza comparables al arrojo y presteza con que se dispondrá luego a caer sobre Morillo y los catorce mil setecientos soldados con que domina a Venezuela, y en otro orden de cosas atiende a sacar adelante el proyecto de arbitraje internacional con el mismo ahinco con que se aplicaba a organizar el Estado en las sesiones de Angostura. Esmero tan tenazmente sostenido en campos tan diversos hace pensar que Bolívar, como hombre de una sola idea, fue también hombre de una misma fuerza, porque encauzó en un raudal único y perenne todas las que abundaban y sobreabundaban en su naturaleza generosa: guerrero y razonador se muestra simultáneamente así en un manifiesto como en una batalla, y tienen éstas la hermosura dinámica de una demostración perentoria que convence al adversario de su impotencia, además de rendirle en un choque catastrófico. Doble poder nos explica por qué luchó Bolívar ventajosamente con enemigos dos y tres veces superiores.

Añadiré que la idea soberana y amplísima a que sirvió el Libertador lo habilitó para sobreponerme a los reveses, sublimar lo pequeño y convertir en trofeos los mayores obstáculos. La noche aciaga de Casacoima descargó sobre él un nublado de fatalidades: todo allí le amenazaba y hasta la vileza del refugio que se le deparó contribuía a poner abatimiento en los ánimos. Solamente Bolívar conservó entusiasmo para discurrir sobre sus futuras campañas en Cundinamarca, en Quito, en la tierra del Sol y de los Incas. Por loco lo reputaron en esa hora, como antes lo habían llamado cobarde y como después lo llamaron tirano. ¿Qué importa! Harto sabemos que el colmo de la grandeza es repercutir forzosamente en los pechos humanos: si allí encuentra resonancia adecuada prorrumpirán en voces de admiración excelsa; si topa con la estulta villanía les sugerirá sin demora el vituperio alevé. La locura de Bolívar no significa sino que se atrevió a ver más hondo y más lejos que los que vivían encerrados en el círculo angostísimo del egoísmo calculador y utilitario; la cobardía de Bolívar es el desdén con que se aparta del tumulto y vociferador y desmandado, es el menosprecio arrogante del medro personal, es el no poderse hallar a sus anchas en el ambiente de la emulación mezquina sino trepando en demanda de la verdad por la cabellera glacial del Chimborazo.

Y la tiranía de Bolívar, ¿fue otra cosa que la vehemente fiera, el tesón apasionado con que los hombres enamorados de la idea ensayan hacerla prender y germinar sobre la tierra? Errores pueden cometerse en este empeño porque no hay grandeza que subsane la falibilidad de la criatura, pero esos errores los pagó el Libertador con creces, y para que nada faltase a su gloria sus enemigos procuraron que la tum-

ba le recibiese amortajado con el triple cilicio de la ingratitud, de la alevosía y de la calumnia. La muerte que hace mofa de los sudarios recamados y de las galas resplandecientes con que se disfraza el desmayo de la final contienda, no se atreve a lanzar podredumbre sobre las vestiduras de los mártires; sepultado con la pompa de los jefes orientales, Pablo de Tebaida no se habría defendido del estrago post-mortem como se defendió ciñéndose con el sayal que punzó las carnes del eremita Antonio. Y es la muerte señora del silencio y del olvido; en sus yertos alcázares no hay eco para los encomios lisonjeros y las hipérboles sonoras que tratan de encubrir la vanidad de las vidas: lo hay en cambio, e imperecedero, para los dolores desmedidos del Libertador: lo hay, porque con ser vastas las entrañas del refugio insondable del sepulcro, no alcanzaron a contener las quejas del Padre de la Patria, y, al rebosar en ellas, la inmortalidad quedó escuchando el grito penetrante de la última proclama.

Recojamos a un siglo de distancia los oprobios que padeció Bolívar. En nombre de la Libertad se le apellidó tirano, en nombre de la autoridad se le dijo rebelde, insurgente y sedicioso, en nombre de la religión le llamaron enemigo del altar, en nombre de la cordura se le motejó de visionario y ambicioso. De todo ello no ha quedado nada, y hoy es el día fausto en que por última vez recordamos esa letanía ignominiosa borrada para siempre por el perdón que otorgó Bolívar a sus conciudadanos. "Ningún ave siniestra se atreverá a volar sobre su tumba, porque caerá muerta como las que pasaban sobre el sepulcro de Aquiles".

Hemos llegado con Bolívar a los linderos de la eternidad, donde las sentencias humanas se truecan en balbucear tímido ante la majestad del Hijo de Dios, Supremo Juzgador de los mortales. A pie llano hubiera podido penetrar Bolívar en los Campos Eliseos que imaginó el paganismo. Para alternar con los fantasmas de los héroes clásicos le sobraron al Libertador proezas y apoteosis, mas para subir al consorcio divino necesitaba iluminar la vida con la fe en una realidad ultraterrena.

En esa realidad creyó Bolívar y de tal manera que sin detenerse en la máxima puramente positivista de que no es posible ni hacedero gobernar a un pueblo contrariando sus creencias religiosas, llegó desde 1814 a pedir en términos tan expresos como reverentes el concurso del sacerdocio en la Emancipación. No que pretendiera aprovecharse de la Iglesia como de un instrumento de dominio político, sino porque comprendía que solamente la religión de Jesucristo podía adueñarse de las almas y hacer buenos y justos a los hombres. Pensó un día que los poderes temporales lo lograrían y escribió estas palabras: "Tomemos de Atenas su areópago, sus guardianes de las costumbres y de las leyes; de Roma sus censores, sus tribunales domésticos; hagamos santa alianza con estas instituciones y renovemos en el mundo el ideal de un pueblo que no se contenta con ser fuerte y libre, sino que quiere ser virtuoso". El ideal permaneció inmutable, y alguna vez lo expresó en esta máxima digna de mármoles eternos: "El que quiere que haya República en Colombia, debe también querer que haya virtud polí-

tica...". Pero Bolívar se convenció aprisa de que ni las ordenanzas públicas ni las reglas morales heredadas del naturalismo, pueden transformar a los hombres como no sea en la superficie y transitoriamente, Orden y Justicia y Libertad pedía en el organismo social, pero no aplicados por de fuera a guisa de barniz y afeite farisaicos, sino procedentes de una íntima ordenación de las conciencias. Y ellas —Bolívar lo creía firmemente— sólo se rinde al contacto del Altísimo y al influjo de la virtud sobrenatural que administra la Iglesia con pleno señorío. Señorío que el Libertador jamás puso en tela de juicio ni perturbó deliberadamente, antes reconoció y acató con máxima piedad en sus dilatadas negociaciones con el Sumo Pontífice y con los Obispos.

Piedad he dicho, y habréis de confesar que este vocablo representa la emoción de Bolívar cuando hablaba con las autoridades eclesásticas en estos términos:

"La causa más grande nos congrega hoy: el bien de la Iglesia y el bien de Colombia. Una cadena más fuerte y más brillante que los astros del firmamento nos une de nuevo a la Iglesia de Roma, que es fuente celestial... Estos ilustres príncipes y padres del rebaño nos nuestros lazos sagrados con el cielo y con la tierra. Ellos serán nuestros guías, los modelos de la religión y de las virtudes cívicas".

¿Insistiré en la fe del Libertador? No es menester. Acordaos más bien de la vibrante exaltación con que invocaba a Dios en los campos de batalla o en las asambleas legisladoras; acordaos de que proclamó la religión católica como religión del Estado; acordaos también de que el 10 de Diciembre de 1830 agonizaba soñando con la consolidación de Colombia y afianzándola en las oraciones de la Iglesia.

Ocioso es aquí todo comentario; pero si alguno hubiera de hacerse yo repetiría el que hizo a la vida de un mariscal de Francia el más ilustre de sus estadistas:

"Pasó ante nosotros con los ojos fijos en la eternidad y tuvo el valor de atribuir todos sus triunfos a la generosidad divina".

Señores:

La muerte puso al Libertador Simón Bolívar en presencia del Hijo de Dios, Juez de los hombres, y le puso también en presencia de la historia. Sobre su vida recayó cien años há un veredicto divino que subsistirá en la inacabable duración ultramundana, y un veredicto humano que fatigará los años volanderos. Entrambos son gloriosos: lo es el primero, porque en el Libertador tiene que cumplirse aquella ley del Evangelio, según la cual Jesucristo, delante de su Padre, no se avergonzará de quien le confesó delante de los hombres.

También es glorioso el otro veredicto esbozado en el saludo con que lo acogió por vez primera el Congreso Granadino:

"¡Libertador! Vuestra Patria no ha muerto mientras exista vuestro nombre".

Homenaje de la Honorable Consiliatura



EL RECTOR Y EL CLAUSTRO

Por Carlos Echeverri Herrera

Un árido aire de orfandad azota el Claustro desde la muerte del Rector.

Una muerte ciertamente presentida en vista de circunstancias físicas ineludibles y agobiantes, pero no estimadas de antemano en cuanto a los alcances de su impacto sobre el espíritu contrito de la Nación y la turbada muchedumbre de sus discípulos.

Nadie ignora el significado de Castro Silva en las letras patrias, a cuyo esplendor contribuyó con páginas inimitables e imperecederas, ni su fluída y castigada elocuencia, ni el vuelo de su espíritu, ávido hasta el último instante por escrutar los extremos secretos de la sabiduría humana y del Verbo Divino.

Pero aquellos dones que la República siempre admiró en este gigante de la inteligencia, desplomado al fin por la muerte, no son, con todo hablando en términos del Claustro, a cuyo destino estuvo felizmente apegado por tantos lustros, ni el ángulo de su personalidad que más apetecíamos, ni el legado principal que dejó a la memoria y al cuidado de las nuevas gentes que en estas aulas se aprestan al porvenir.

Nosotros destacamos en Castro Silva, principalmente, al grande amigo, despojado ya de la pompa Renacentista y las raudas palabras de sus mejores años de tribuno eclesiástico, el amigo de las buenas obras, de las pasadas cuitas en pesca de almas para el amor de Cristo y al maestro que en la Cátedra traducía su doctrina a cláusulas de Filosofía magistral, tersas y sobrias.

Antes que los hombres cultos el mundo requiere hombres cristianos, pues sin aquella condición, la cultura resulta falaz e inconsistente, como puede probarse sin mayor esfuerzo crítico a través de la historia del presente y los siglos pasados.

Esta fue la convicción del maestro y guía, cuyas cenizas guarda hoy la capilla del Colegio al lado de las de otros grandes de Colombia.

Sobre tal convicción, construyó Castro Silva la formidable obra maestra de su vida. Enseñando en la Cátedra o en la conversación amable de cada día, revelaba la llama viva de su fe en la fuerza impulsora del cristianismo, sin la cual ni la verdad, ni la paz pueden ser conquistadas. Por ello ante su discurrir siempre hacíamos memoria del Doctor de la Iglesia, según el cual, "pretender encontrar la verdad para ser mejores, es un contrasentido, pues es preciso ser mejores para hallar la verdad".

Nos atrevemos a esta nota, no obstante estar aun bajo la dura y seca impresión de la ausencia de aquel que ejerció durante medio siglo, en forma inconstastable, un Magisterio y un Ministerio perdurables.

Pero pese al dolor, vibra también en el espíritu del Rosario, el compromiso de avanzar con ahinco en la senda de superación por la inteligencia y por la fe, que la parábola vital de Castro Silva dejó descrita para las generaciones actuales y futuras.

La muerte del Rector fue la muerte del Justo, pero cuanto trasciende de su vida, la convierte también en descanso del triunfador, al estilo cristiano. Como el apóstol Pablo, bien hubiera exclamado al morir: "He combatido el buen combate, he ganado la jornada, he guardado la fe".

El Rector Castro Silva es uno de esos raros seres destinados a vencer de la muerte.

DISCURSO DEL H. CONSILIARIO DR. JUAN RAFAEL BRAVO

Señores:

En la amargura de los momentos que siguen a la muerte del Rector del Rosario, y en la incertidumbre por el futuro de nuestro Colegio, surge la memoria de Monseñor José Vicente Castro Silva como un soporte moral, como una voz de aliento, como una llamada desde lo intemporal.

La personalidad de Monseñor Silva fue una obra maestra de equilibrio y prueba de ello es que dos sentimientos nos congregan en esta hora: el afecto por el maestro y la admiración por el hombre. Fue un idealista que creyó en valores sobrehumanos, a los cuales consagró toda su vida: pero también fue un hombre que llenó su existencia de espontaneidad y de afecto. La pasión por lo eterno jamás lo alejó de su atención por lo concreto. Aunque siempre fue un modelo de elegancia, de rectitud y de inteligencia, jamás aceptó la falta de autenticidad vital. El mismo resumía lo anterior en una frase inolvidable, que muchos de sus discípulos escuchamos varias veces: "lo que es profundamente humano es esencialmente divino".

Como escritor, Monseñor Castro fue un modelo de ingenio, elegancia y garbo. Su inteligencia siempre estuvo dispuesta a mirar desde nuevos ángulos, a descubrir nuevos matices, a captar nuevas realidades. Su estilo, brillante y rico, usaba de la metáfora, con discreción y exactitud en aquellos momentos en que se colocaban al alcance de la mente realidades latentes, que no podían ser aprehendidas con los instrumentos normales de la inteligencia.

Durante más de siete lustros, Monseñor Castro consagró sus energías a enseñar, con su palabra y con su ejemplo, la filosofía y la virtud. Estas dos enseñanzas han hecho de varias generaciones de jóvenes lo que caracteriza el espíritu rosarista. El rosarista se destaca por su preparación intelectual y profesional, pero, por sobre todo, se distingue por su actitud ante la vida: sabe que la ciencia y la técnica tienen un subfondo de perennidad, de trascendencia y de razón de ser última, que legítima y

ennoblece la aplicación de los conocimientos profesionales; para el rosarista la vida no es fácil, el conocimiento es tranquilizador, el acierto no es concluyente, ya que siempre le acompaña un sentido de la responsabilidad ante la sociedad y ante Dios que le angustia y le mantiene en permanente tensión.

La consagración de Monseñor Castro por el Rosario no sólo ha dado sus frutos en el campo de la formación del carácter del rosarista; también se ha concretado en el progreso tangible de la Fundación de Fray Cristóbal. El mejoramiento de las instalaciones del bachillerato, la diversificación de las carreras universitarias, el aumento de las escuelas anexas, la existencia de planes para ensanchar los locales de las Facultades son buenos ejemplos de lo que Monseñor Castro logró para el Rosario en este campo.

El espíritu de Monseñor Castro reposa hoy en el lugar que el Señor tiene reservado más allá para sus fieles. A nosotros nos queda la memoria de su carácter, el recuerdo de sus enseñanzas y los beneficios de su Rectoría. En esta forma Monseñor Castro estará siempre con nosotros en el Claustro y en todas nuestras actividades profesionales.

Al despedir los despojos mortales del Señor Rector, debemos saludar su presencia en nuestra memoria.



SEÑOR DE LA PALABRA

Antonio Rocha dijo en los funerales de Monseñor Castro Silva, Rector del Colegio Mayor del Rosario.

La muerte causa de suyo temor y angustia a los seres vivientes. En muchísimos hombres el choque formidable desata todas las fuerzas del instinto para ver de rehuir o de atenuar el tremendo colapso. El espectáculo presentado o contemplado de un organismo que se derrumba de la forma a la total descomposición es muy poderoso y lleva la desesperación al paroxismo. Dígalo aquel grito de Baudelaire cuando canta la imagen de "Ses Amours Descomposées". La mera imagen de la catástrofe debilita y como que paraliza las finas dialécticas del consuelo, del afecto, inclusive de la voluntad alzada en desafío. Enfrentarse a la muerte es lo que todos llamamos heroísmo. Y sin embargo, para el auténtico creyente, el de inmediata y profunda fe, el enorme suceso lo transmuta maravillosamente en culminación del sér, en razón y causa de plenitud, de serenidad y hasta de júbilo. Quien ve morir al justo, no necesita más doctrina que la que irradia la paz de ese semblante.

Mas con pensamientos de este mundo de acá, quiere uno también explicarse ese súbito acceso a cumbres de perfección, en el justo momento y por la misma causa de lo que se nos ofrece como derrumbamiento total:

Entiendo que los físicos modernos han descubierto y enseñado que el más asombroso fenómeno de la naturaleza, que es la luz, es la materia llegada a su más extremo punto de ruptura. Cuando la materia llega al punto mismo en que se conjuga con la pura energía, cuando llega al propio término de su transmutación en que pierde su peculiar naturaleza, se resuelve o disuelve en luz. Así, como la materia llega a ser poco menos que nada, cuando se produce en ella un radical colapso, cuando se derrumba y deshace casi íntegramente, resulta ese elemento de la luz, en que todo consiste y nada es, que enlaza el mundo, la mensajera celeste, la hija primogénita del Cosmos, la guiadora, la que juega con las leyes de la naturaleza, la reveladora del mundo, la gloria de la vida, la hija genitora de la belleza, la admirabilísima pintora que dijera Rafael Pombo. ¿No será así lo que ocurre con la muerte del justo?

La inmortalidad del hombre se cumple o puede cumplirse en muy diferentes modos. Seguramente se la alcanza en la creación de una patria. Ese organismo superior es un ámbito en que pervive el hombre que la amó, que la aumentó en vigor y gloria, que le infundió valores de alma y, con ellos, un destino superior y una vida más feliz. Justamente los claustros del Rosario son un panteón en que moran hombres de egregia condición, en cuyo recinto actúan eficaz y realmente en el proceso formador de la nación colombiana. Hasta el punto de que se experimenta con suma claridad al recorrer estos espacios, como era natural y necesario que mucha de su gente prócer saliera de sus aulas para marchar al patíbulo, porque sólo en la muerte y por la muerte culminaba la razón de su propio vivir.

En verdad, aquí en el Colegio Mayor se juntan y se conjugan la cuna y el sepulcro, la vida que concluye en muerte, y la muerte que justifica la vida: aquí se ve patentemente cómo en un brevísimo espacio se cumple el nacer, el morir y el persistir de un organismo realísimo, cual es la patria. El Rosario es de por sí ejemplo y demostración concretos de una forma de inmortalidad humana, que se alcanza cuando el hombre se supera, al transfundirse en seres más altos que el propio suyo. En esta tumba que va a cerrarse, Monseñor José Vicente Castro Silva tiene cátedra ilustre y continuada, y desde ella sigue adoc-trinando, guiando, formando y animando como lo hiciera en su eminente rectoría. Solo que en modos aún arcanos, que apenas comienzan a ser percibidos y determinados por los sabios de alma atenta.

Para quien fuera Señor de la Palabra, las mías son míseras e insignificantes. Solo personajes de similar maestría a la suya deben ponderar y loar una personalidad tan alta y múltiple. Más cuando uno de esos pares suyos llegue a juzgarle y ponderarle, habrá de recurrir a su propia voz egregia, escuchándole discurrir en el elocuentísimo silencio de su sepulcro, y también en los ecos de su personalidad pulsante, que bate el corazón y el ánimo en que él sigue habitando y actuando, con no menor eficacia de la que tenía en forma espacial y sensible. Además, cosa cierta es que la patria engendra a los que la engendraron y que le infunde vida real y verdadera a los que verdadera y realmente entregaron su vida por ella.

Así se cumple para aquéllos ante quienes la patria era santa y sacra, vocablos sumos en un prelado para quien lo Divino es lo sumo de lo real y lo existente, para quien Dios es Jesucristo, dador de la inmortalidad, dispensador de las glorias eternas. Y cobra también calidad eminente en el discípulo fidelísimo de Tomás de Aquino, cuyo espíritu es el propio foco nuclear de las enseñanzas de este famoso Instituto, que es un altar erigido para que se cumpla en él el supremo rito de que descienda la divinidad y se vierta en el cáliz de la patria colombiana.

EVOCACION Y ELOGIO DE MONSEÑOR CASTRO SILVA

Discurso pronunciado en los funerales del Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Monseñor José Vicente Castro Silva, por el doctor Darío Echandía, Ministro de Justicia, a nombre del Gobierno Nacional.

Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector Ilustre del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, ha muerto y el Presidente de la República y patrón del histórico y glorioso instituto, ha querido que yo lleve su voz y la de su gobierno, en esta dolorosa ocasión. Encargo sobremanera abrumador si se atiende a la grandeza del varón caído y a la altura de la delegación encomendada. Sólo un sentimiento de afecto y de admiración por la egregia memoria del maestro desaparecido y uno de viva gratitud por quien me ha honrado con su representación me decidieron a aceptar el encargo dificultoso y atrevido.

La triste nueva del deceso de Monseñor Castro Silva llena hoy todos los ámbitos de la nación, que se duele y acongoja con el apagamiento de una luminaria que alumbraba hasta ayer, desde sitio eminentísimo, los senderos por do avanza y se acrecienta y aquilata su patrimonio espiritual y su cultura humana.

Sacerdote católico, humanista esclarecido, maestro ejemplar esta última egregia calidad es la que da a su figura un carácter más neto y penetrante, un sello más peculiar y diferenciado. El nombre y la obra del maestro son los que han llevado sus alabanzas dondequiera y producido este movimiento espontáneo de duelo nacional.

La vida de Monseñor Castro Silva, en lo que tuvo de más brillante, fecundo y significativo, se encontró ligada íntimamente a la vida y a la acción del Colegio del Rosario. Consideraba esta fábrica de la inteligencia como símbolo y apretado resumen de la entera epopeya de la nación colombiana.

Fue llamado a suceder en su rectoría a uno de los más señeros espíritus que hayan decorado estos claustros venerandos, Monseñor Rafael María Carrasquilla, restaurador de la creación secular del Arzobispo Cristóbal de Torres, ejemplar sobresaliente de sabiduría y elocuencia, servidor infatigable y abnegado de las juventudes amantes del saber, en quien se cumplió fielmente la sentencia evangélica: "el que quiera colocarse por encima de los demás que se dedique a servirles".

Yo tuve el privilegio de gozar de la inexhausta voluntad de servicio de Monseñor Castro Silva en la tarea de transmitir a quienes fuimos sus discípulos, desde cátedras inolvidables, los principios de la ciencia y los imperativos de la justicia. Leyó Derecho y Filosofía en estas aulas, ilustradas tantas veces por la historia, en lecciones de perdurable resonancia por el espléndido despliegue del pensamiento vigoroso, por la honda, rica y variada erudición en que aquel se apoyaba, por la forma precisa y nítida que revestía su exposición y por la elegancia insuperable de su verbo elocuente. Y así como la profunda y eximia cultura y los privilegiados talentos le permitieron modelar el espíritu de las generaciones nuevas en la devoción a la patria, la justicia y la sabiduría.

Solo un hombre de sus excelsas calidades morales es capaz de contemplar una finalidad suprema y guiarse por ideales que superan las pequeñas pasiones circunstantes. Perteneció a aquella categoría de seres escogidos, cuya alma fue iluminada por una esperanza que no se quebranta ni desfallece ni se extingue. Creyó siempre en el advenimiento del imperio de la justicia y en el venturoso porvenir de su tierra amada.

Sensible como el que más a las inquietantes contradicciones de su tiempo, los principios superiores que dirigieron su intelecto y ordenaron su pensamiento, le permitieron orientarse seguramente y mantuvieron incólume la claridad de su visión del mundo, la confianza en el progreso espiritual y material del hombre, y la firme voluntad, decidida y operante, de servir a la justicia y a la libertad.

Esto dio a su inteligencia, asentada sólidamente sobre convicciones discursivas, una luminosa y acogedora amplitud de criterio que le permitió recibir, para assimilarlas y armonizarlas, todas las concepciones que la investigación científica de nuestro tiempo ha venido aportando copiosamente al acervo del patrimonio espiritual del hombre. Esta singular capacidad que poseyó en grado eminente Monseñor Castro Silva para captar los novísimos avances de las ciencias, para vaciarlos dentro de los moldes sobre que reposaban aquellas tradiciones —formas esenciales de una cultura milenaria— hizo de este pensador lúcido y preclaro maestro, como un símbolo de la revolución que en

nuestro tiempo parece haber modificado sustancialmente el ritmo progresivo del pensamiento humano. La firmeza de los postulados fundamentales que ordenaban y orientaban su inteligencia inquisitiva no lo privó de la flexibilidad requerida para aceptar las nuevas posiciones adoptadas por la investigación científica. Fue un hombre actual, de su tiempo, que vivió en su siglo, enterado como el que más del proceso de la inteligencia contemporánea, y apto, por las excelencias de su talento y de su cultura humanística, para recibirlas y valorarlas. Desdeñaba el vago, ligero y superficial diletantismo, simulador de ciencia, pero, bien al contrario, simpatizaba sin ambages ni reticencias, con los serios esfuerzos de investigación, aun cuando no aceptara la totalidad de sus conclusiones y aun las sometiera a discusión y las combatiera con espíritu emancipado y tajante dialéctica. Tenía la pasión de la verdad y, por lo mismo, la propensión incontenible a indagarla por todos los medios leales y lógicos.

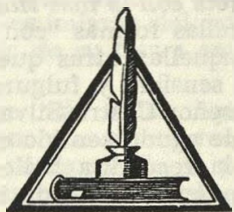
¿Qué mucho, pues, que semejante generosa y acogedora disposición de su intelecto libre de las estrecheces del fanatismo sectario e intransigente, diera asilo a aquella tolerancia, que viene a ser inevitable consecuencia de la libertad y la dignidad de la criatura dotada de razón, como la ha proclamado la Iglesia Católica y como él, inspirado por la esperanza y la caridad, hijas de su fe en los destinos superiores del hombre redimido, lo había deducido ya de los principios filosóficos y morales sobre que asentó su actividad intelectual y su acción creadora?

Era, además, un esteta con la más fina sensibilidad para percibir la belleza de aquellas formas "con que el Creador engalanó a natura", o de aquellas otras que el arte humano creó como una anticipación sensible y fulgurante de la verdad desconocida y oculta. Monseñor Castro Silva fue un artista, no solo porque estuvo dotado de agudo sentido crítico, que desenvuelve y explica y esclarece la recóndita belleza de las realizaciones estéticas, sino porque poseyó el dón de la elocuencia, arte creador de emociones y sentimientos, cuya materia está constituida por el pensamiento y la palabra humanos, y en el cual frecuentemente alcanzaba las cimas más empinadas. Y fue dueño también de una prosa musical, castiza y castigada, de inspiración clásica y sensibilidad moderna. Esta aptitud artística, esta crítica alerta y erudita y su propio sentimiento de una impecable lealtad intelectual, contribuyeron, en no escasa proporción, a dotar su espíritu de una maravillosa receptividad y de una universal simpatía. Esto hizo de su enseñanza, así en la cátedra como en el libro, en la tribuna como en el púlpito, un espectáculo inolvidable de pensar profundo expresado a través de las más hermosas expresiones de nuestra lengua.

Ahora vamos a depositar el inanimado cuerpo del patriota, del pensador y del artista en este sacro recinto donde yacen

aquellos antecesores suyos que duermen en la honra, y cuya memoria perdurará mientras subsista esa emoción solidaria que liga en el tiempo a las generaciones sucesivas, y que los antiguos simbolizaron en la antorcha inextinguible que el que va a morir transmite perennemente a quien ha de sucederlo en el esfuerzo, que llamamos vida, por alcanzar finalmente el imperio de la verdad, de la justicia, de la belleza y de la libertad.

Al dar cristiana sepultura a aquél cuya existencia fue una lucha sin tregua ni reposo ni desaliento, pedimos para su alma la paz sempiterna; y porque su actividad más fuerte, más alta y más constante, fue la encaminada a descubrir el fulgor de lo verdadero, pedimos que su espíritu sea iluminado para siempre por los destellos inextinguibles de la luz que no muere.



Del Rector Encargado

**ORACION PRONUNCIADA POR
MONSEÑOR MARCO TULIO CRUZ DIAZ
RECTOR-ENCARGADO**

El sábado 27 de Abril de 1968, en la misa celebrada al cumplirse el primer mes de fallecido el Ilustre Señor Rector, en representación de los antiguos rosaristas.

Queridos Hermanos:

Así como después de celebradas las ceremonias fúnebres se congregan los deudos en la intimidad hogareña a saborear su dolor, a recordar los ejemplos y enseñanzas del sér querido y a tratar de buscar un lenitivo a su pena, también hoy nosotros nos reunimos en el lugar más santo de nuestra casa paterna a hacer piadosa memoria del carísimo y nunca bien llorado Rector desaparecido; a rogar por su alma bendita y a buscar en la contemplación de lo divino un consuelo que en lo humano jamás habremos de hallar.

Os invito ahora no tanto a recordar su vida admirable como auténtico hombre de letras, como orador sin igual, como maestro incomparable. Otras plumas mejor tajadas hicieron un cumplido elogio, y lo seguirán haciendo como es de justicia. Resuenan aún las sentidas y elocuentes oraciones que en esa fecha luctuosísima se pronunciaron. Allí tan sólo me correspondió escuchar en silencio, pues representaba la orfandad y el dolor de los hijos del Rosario. Hoy no váis a oír de mis labios una fúnebre oración, porque en el secreto del hogar no se pronuncian discursos; quiero solamente deciros una palabra de consuelo al oído de vuestra propia alma. Deseo que meditemos en su vida presente, en la que posee ahora en el Cielo, y que lo estrecha en abrazo íntimo en el seno de Dios.

En el orden actual del universo, aseguran los sabios, nada se crea ni nada se aniquila. Existen sólo mudanzas, cambios y transformaciones. Esta es ley de la naturaleza, comprobada por la razón sobre la realidad de los hechos que inexorablemente se cumplen cada día.

Mas, si ésto sucede en relación con la simple materia, tan imperfecta en sí misma, qué no diremos acerca del espíritu, dotado de una

naturaleza sustancialmente superior. Su esencia consiste precisamente en ser una realidad intrínsecamente independiente de la materia. Si ésta tiene partes, que pueden por lo tanto disgregarse y hacer que perezca el compuesto mismo, muy por el contrario, aquél es simple, uno e indivisible, y en consecuencia no sujeto a la muerte. La inmortalidad es su propiedad esencial.

Por otra parte, se escucha en el mundo un clamor incesante y universal, que busca la verdad, la justicia y la perfección. Los placeres no colman esa ansia, ni las riquezas la satisfacen, ni los honores la aquietan. Son las facultades del alma a manera de fauces hambrientas que no han de saciarse sino con la adquisición de la verdad infinita y la posesión del sumo bien, que no se encuentra sino en Dios; mientras tanto el corazón del hombre está inquieto hasta que no descanse en El.

Afortunadamente este grito de la humana naturaleza, esta urgencia del alma se ven satisfechos plenamente con la enseñanza de la revelación divina. Leed las páginas de la Escritura Santa, comenzando por los libros del Viejo Testamento. Allí se nos enseña que el Señor Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, dándole un soplo de vida inmortal, un espíritu que de alguna manera reflejase la perfección y la eternidad divinas. El hombre, según el pensamiento de Dios, fue formado no sólo para ser gobernador y rey del universo, sino señaladamente para ser destinatario de intereses ultraterrenos. Ser hijo de Dios es su misión inmortal, a semejanza del Unigénito que desde toda la eternidad habita en el entendimiento del Padre. Pero el hombre delinquirió y quedó por su pecado sujeto a la ley de la muerte. La misericordia de Dios, empero, no se resolvió a perder la obra que con singular complacencia había realizado, y entonces envió a su propio Hijo a la tierra, el cual, al hacerse hombre se constituyó en sujeto capaz de sufrir y padecer, y siendo Dios, pudo satisfacer con sobrado merecimiento a la justicia divina ofendida, alcanzar el perdón de la culpa y recuperar con él los bienes de que la humanidad había quedado desheredada. Es cierto que en la vida presente se sigue luchando y padeciendo, pero desde entonces se abrió de nuevo para el hombre la esperanza de una eternidad colmada de insospechadas riquezas. Esta es la lección que continuamente repite Jesucristo en el Evangelio. En cada página del libro sagrado se nos presenta esta consoladora lección. "El Reino de los Cielos" denominó El a su propia Iglesia, dándonos a entender con ello que esta sociedad visible que El fundó sobre la tierra para santificar a los hombres, ha de tener cabal perfeccionamiento en una eternidad bienaventurada. "En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones, decía en cierta ocasión a sus apóstoles; de otra manera, yo os lo hubiera advertido desde el principio" (Juan, 14, 2). "Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que se os ha preparado desde el principio del mundo" (Mat. 25, 34), será el llamamiento con que el Divino Juez invitará a todos los que cumplieron su ley en este valle de pecado. "En verdad que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso" (Luc. 23,43), exclamó el Señor desde la cruz otorgando al pecador arrepentido el perdón de sus culpas y abriéndole para siempre

Apoyados, pues, en esta verdad sobrenatural, nuestra piedad filial nos permite descubrir entre el innumerable cortejo de sacerdotes y levitas, el alma bendita de nuestro bienamado Rector, tan pródigamente dotada en lo humano, y ahora iluminada por la luz beatífica, cómo contempla extasiada la Verdad Infinita, y cómo se goza en misterioso deliquio de amor en la posesión del Sumo Bien. La luz de nuestros astros es negra noche ante los resplandores de ese sol divino. Las almas por él iluminadas ya no padecen ignorancia, ni soportan dudas, ni toleran vacilaciones. Allí conocen con la sabiduría de Dios y se inundan en la beatitud misma del Altísimo; al conocer y contemplar a la Divina Esencia, siguen contemplando y conociendo también la tierra con sus seres queridos que en ella permanecen aún; mas no padecen por causa de esos sufrimientos que advierten, porque, al decir del filósofo, la "eternidad es la posesión perfecta y simultánea de una vida interminable", sino que a la manera como Dios conoce sin experimentar pena, pero ese conocimiento suyo se convierte en compasión y misericordia, así también las almas del cielo, al ver las miserias del mundo, ya no pueden ser presa de dolor, mas esa ciencia se trueca en ruego encendido, en constante súplica ante el Padre de las misericordias. Cerremos por un momento los ojos del cuerpo y abramos con ansia beatífica los del alma, y veremos con infinito consuelo que ahora mismo somos objeto de la mirada tierna y compasiva de quien en la tierra fue pastor y maestro. Cómo hemos de sentirnos entonces confortados, plenos de esperanza, al saber que él nos acompaña, nos vigila y ruega siempre por nosotros. Su colegio, sus familiares, sus alumnos antiguos y nuevos, sus amigos, sus colaboradores, todos somos ahora meta de su predilección. ¿Y habéis imaginado el encuentro de su alma con su Reina y Madre, con aquella adorable Bordadita, a quién amó encendidamente sobre la tierra? Cómo serán las ternísimas miradas que se cruzan; las súplicas anhelantes del hijo y la solicitud cariñosa de la Madre; qué no se dirán en íntimo coloquio. Allí Cristo repetirá eternamente a María: "¡He ahí a tu hijo; y a éste le dirá: He ahí a tu madre"; y ambos abrigarán la perenne ilusión de ayudar y salvar a sus hijos de la tierra!!! "Consolamini in verbis istis" decía el Apóstol San Pablo a los fieles de Tesalónica (5, 19), al hablarles de la esperanza de la resurrección gloriosa. Consolémonos también nosotros con la bienaventurada presencia de este nuevo ángel de la guarda que ahora tenemos en el cielo y que al dirigir nuestros pasos en esta vida, tanta responsabilidad espera de nuestra parte. ¿No es verdad, hermanos míos del Rosario, que con su muerte no lo perdimos del todo, antes por el contrario, lo hemos ganado para siempre?



las puertas del cielo. Estas y otras muchas sentencias de consolación pronunciaron los labios divinos de Cristo, suficientes para convencer-nos de que existe una vida ultraterrena de eterna felicidad; mas no resisto al deseo de proponeros un pasaje evangélico, quizá un tanto desconocido para vosotros, pero que por lo mismo puede llamar aún más vuestra atención. Nos cuenta el Evangelio de San Marcos (12, 18 ss.) que en cierta ocasión se le acercó al Maestro un grupo de Saduceos para tentarle. Estos judíos, de creencias un tanto extravagantes, observaban algunos preceptos de la ley de Moisés, mas rechazaban torpemente el dogma de la resurrección de los muertos. Para confundir al Señor, le propusieron la siguiente objeción: "Maestro, le dijeron: Moisés dejó escrito en la ley que si un hombre muere sin dejar descendencia, su hermano ha de desposarse con la viuda. Sucedió, pues que, hubo en cierta ocasión siete hermanos, el mayor de los cuales, habiendo tomado por esposa a cierta judía, murió sin dejar sucesión. El segundo hermano se casó entonces con ella, pero falleció también sin hijos; y lo propio aconteció a los restantes; hasta que finalmente murió también la viuda. Si es que existe la resurrección de los muertos, ¿con cuál de ellos ha de resultar casada dicha mujer, puesto que legítimamente fue esposa de todos? Entonces el Señor les respondió con divina sencillez: "Cómo andáis errados al no comprender las Escrituras y la virtud de Dios. Cuando los hombres resuciten, no tomarán esposas, sino que serán como los ángeles del cielo. ¿No habéis leído en los libros de Moisés que Dios se llama a Sí mismo el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Pues el Señor no es Dios de muertos sino de vivos".

Dentro de breves instantes oiréis las siguientes palabras en el prefacio de la Misa de los difuntos: "La vida, Señor, para tus hijos no se acaba sino que se muda en otra mejor, y una vez disuelta la morada de la tierra, se alcanza una habitación en los Cielos".

Ha dispuesto Nuestro Señor que el hombre tenga dos etapas en su existencia: la de la tierra, que es de prueba, de trabajo y también de merecimientos; y la del cielo, que es de descanso, de felicidad y de recompensa. El dogma bendito de la Comunión de los Santos es no sólo una verdad de fe revelada, que hemos de profesar bajo grave obligación, sino también un consuelo infinito para el alma. Según él, hay una real comunicación de bienes espirituales entre los diferentes miembros de una sola Iglesia; hay una unión sobrenatural en este hogar de las almas, donde Dios es el único Padre y los hombres, hermanos entre sí. Los de acá abajo sufrimos y rogamos; los de allá arriba, nuestros hermanos mayores, gozan de Dios, pero al propio tiempo oyen nuestras súplicas e interceden sin cesar por nosotros.

Os invito ahora a transportaros en espíritu ante el acatamiento de Dios, con humildad y veneración. La fe nos muestra una multitud de bienaventurados que rodean su trono; dicha inefable los penetra y los inunda. El oído humano no oyó nunca, ni el ojo vio jamás la recompensa que Dios tiene preparada a sus hijos. El esfuerzo de la inteligencia jamás podrá descubrir siquiera vagamente la sobrenatural hermosura del Reino de los Cielos.

HOMENAJE A MONSEÑOR JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Discurso del doctor Jorge Echeverri Herrera en el
Sepelio de Monseñor José Vicente Castro Silva.

Este noble maestro de la virtud y la sapiencia que acaba de trasponer el umbral de la muerte fue quizás el último patricio nuestro que aplicó el esplendor de sus talentos a la conquista plena de la sabiduría. Su expiración traza, con afecto, una línea divisoria entre un modo de pensar con linaje, que era el suyo, y otro estilo dañoso e insalubre que viene del contorno del pensamiento nuevo.

La frágil estructura de su cuerpo yacente y silencioso fue el estuche de un alma pura y diáfana consagrada a Dios con unción, con arrebató, con piedad y con mística y éxtasis. Esa mudez imperturbable que le ha impuesto su muerte, contrasta con la sonoridad del verbo que era en él principio, que nimba nuestras aulas y que continuará constelando el destino del Colegio.

Gallarda personalidad la del ínclito maestro, en la que se conjugaban lo natural y lo sorprendente, el fondo y la forma, la capacidad y el genio, el temple y el humor, la complexión y la fina manera, la voluntad exigente y la comprensión más que paterna. Sugería esas banderas marineras rígidas en su mástil, pero abiertas al viento, fiadoras de la nave, mesenas de sus hombres, justas aquí, pero desplegadas al ámbito infinito.

La conmoción que produce su partida no permite expresar en este instante lo que ella significa. El desabrigo en que nos deja a todos los que tuvimos ocasión de seguir sus lecciones omniscientes, apenas autorizará con el tránsito del tiempo la medición del peso de su ausencia. Pesadumbre que será mitigada solamente, como él lo habría querido, cuando un hombre vecino de su alma, próximo a su carácter y a su sabiduría, garantice la marcha continuada del Claustro sobre el claro sendero que le dejó en legado.

Porque aquellos atributos de que hicimos mención, como dones de la personalidad del maestro, revelan la calidad cimera que le sirvió de plinto; fue un hombre. Un hombre que entendió la cultura como universo inagotable, como horizonte nunca recortado al amaño subjetivo, como estado abierto a los más profundos escrutinios de la mente, sin trasunto político o sofís-

tico, y cuyo corazón, como lo proclama el Obispo de Hipona, estaba permanentemente inquieto hasta tanto lograra descansar en la verdad.

A ese factor se ha debido el destello viejo y nuevo del Colegio, y como es misión de este proyectarse en los tiempos venturos con la misma apostura e idéntico valor tradicionales, que-remos los antiguos y los actuales alumnos del Rosario que el relevo de guarda se efectúe con el mayor hierático respeto a la memoria del cruzado insigne que estamos despidiendo.

Su obra, en verdad, está plasmada en esta Universidad. Vigilante por siglos del discurrir patriótico. Por aquí ha corrido el efluvio de la historia; por aquí han transitado los mejores varones de Colombia; el hilo de los tiempos ha tejido aquí los minutos estelares de nuestra república; aquí se originó nuestra cultura, nuestro carácter, nuestra bizarria; aquí se confeccionó la bandera de nuestra soberanía. Aquí se forjó por primera vez el orgullo de vivir para servir.

Monseñor Castro Silva depuró aún más la fascinante tradición del Claustro. Como era la quintaesencia de las más puras tradiciones ideales, realmente personificaba el prestigio ambicionable para el colegio, no solo en el marco nacional sino allende las fronteras. Ese celo de siempre porque la jerarquía esté representada en un alto valor de la moral y de la inteligencia exige nuevamente un examen riguroso del sucesor acorde con el silente símbolo que nos vigila en Cristo.

Porque él es el espíritu y lo fue a todo trance. Defendía los principios, la esencia, la substancia, el raciocinio, la moral, la conciencia, la potencia, las dotes y los dones de la persona humana. Esta prevalecía, a su juicio, como soplo de Dios, sobre la heterodoxia arbitraria, sobre el materialismo, sobre el positivismo, sobre el existencialismo incrédulo; en fin, sobre todas las tesis y las cosas que se ha ideado el hombre en su extravío de Dios.

Humanista de la mejor estirpe, contrastaba esbeltamente con los simuladores de cultura que hoy hormiguean y exceden. La bella y fina prosa que nos dejó en sus páginas, siempre será una mágica y alucinante fuerza centrípeta hacia el refinamiento. Su claro discurrir por la prosodia, por la gramática, por la filosofía, por la historia, por la crítica, por el embeleso del arte, apenas si admite paralelo en su magistral y profundo dominio teologal y canónico. Parecía la compactación de dos bloques de mármol en donde resplandecieran San Pablo y Goethe, alternativamente.

La maravillosa curiosidad de su mente lo condujo al aprendizaje consciente de las más variadas lenguas. Para él no había misterio en los acontecimientos de la Grecia Antigua, ni en el tránsito del paganismo al cristianismo, ni en las parábolas de la historia romana, ni en las culturas del Islam, o de Egipto o de la India.

No quiere decir esto, sin embargo, que su mirada inquisidora se embriagase tan solo en las profundidades del pretérito. El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario da testimonio de su preocupación casi obsesiva por los temas que atañen a la vida moderna: la economía, las especializaciones jurídicas, la medicina, la administración, las finanzas, por ejemplo. Personificó en cierto modo "El Prólogo del Quijote", pero pudo decir igualmente con Cervantes que "el hombre es hijo de sus propias obras".

¿Cómo no hablar del sacerdote, del apóstol, del medianero entre la juventud y los secretos más hondos que él dominaba religiosamente? Porque dentro de su vasta y polifacética misión fue la del sacerdocio, sin lugar a dudas, la de mayor excelsitud. Esa tarea supone entre otras cosas liberar al hombre de los tremendos riesgos que afronta la cara al infinito y en medio del poder que el infinito esconde. Una vida de ascetismo del espíritu, que discurrió entre el Claustro y la Catedral, más allá de la vida, en profesión constante de conciencia, en medio de la naturaleza colmada de Dios, tiene que iluminar para siempre a sus discípulos, a sus amigos, al plantel que él enalteció como ninguno, a los niños y a los adolescentes que lo oyeron, a sus compañeros de desvelo y de luchas y a la Iglesia Católica de la que fue su Príncipe.

Ilustrísimo Rector, Monseñor José Vicente Castro Silva: Esta luctuosa y mustia comparecencia de vuestros hijos rosaristas a la última cita con vuestra figura venerable constituye el trance más arduo que se nos haya señalado. Desconcertados ante el pensamiento de Platón, quien definía la muerte como "el hecho de que el cuerpo distanciado del alma se halla reducido a sí mismo y el alma divorciada del cuerpo está en sí misma", añoramos con turbación y angustia la hermosa unidad físico-espiritual que se ha roto, la palabra elocuente y persuasiva, la frente coronada por su propio destello, la mano amable y fuerte que muchas veces colocasteis en nuestro corazón como el broquel de Calatrava, los penetrantes ojos paternales que hablaban en silencio.

Pero como al decir de la Escritura, "el amor es más fuerte que la muerte", sabemos Ilustrísimo señor Rector que en el periplo que habías emprendido, esa luz será nuestra guía y verterá sobre todos vuestros fieles soldados la abundancia generosa que deparasteis en vuestro tránsito terreno.

Que el Creador a quien disteis todos vuestros momentos, brinde a vuestra alma su asistencia sin término. Y que, para mayor inmensidad y gloria, os reserve sitio de resplandores a la diestra de su divina Madre, Nuestra Señora del Rosario, quien cubrirá con su manto bordadito vuestro sereno cuerpo en su oratorio.

ASOCIACION DE UNIVERSIDADES

Palabras del doctor Jaime Sanín Echeverri en el homenaje póstumo de Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

De vez en cuando el huracán, el incendio, el terremoto o la inundación no se detienen ante el portalón universitario, sino que arrasan, derruyen y malogran los libros amados, las traslúcidas probetas, los muros con sus pinturas venerables. Días aciagos, pero no tanto como éste en que la cima de los valores humanos calla para siempre su voz, que resonaba alta y segura entre las arcadas, y deja paso solamente a los ecos innumerables. Monseñor Castro se retira de la Rectoría del Rosario para ocupar un nicho entre los símbolos. Sigue enseñando desde allí. Desde la imprenta alumbrarán sus oraciones maestras y sus ensayos acabados. Estamos sepultando con él ese arte de la oratoria —la profana y la sagrada— que tanto sirvió a su pueblo, difunta ya por falta de cultores. Se reconstruyen con rapidez los muros. Se adquieren nuevos libros y laboratorios. Aun los cuadros se restauran. ¿En la catástrofe de la fuga definitiva del talento, quién desde la cátedra descenderá limpio a los abismos filosóficos penetrando a la vez en el más hondo recinto de las almas jóvenes, no como ahora para abandonarlas en una angustia insoluble, sino para acompañarlas con duraderas soluciones? En la cátedra sagrada, caídos Carrasquilla y Cortés y aun demolidos los púlpitos, ¿quién traerá hasta nosotros los trenos del Profeta vivos, la serenidad de los evangelistas, la seguridad de Saulo, el terror de Juan, y en toda su plenitud el amor de Nuestro Señor? ¿Quién revivirá con palabras mejor que cinces la estampa verdadera de los epónimos?

Hay en la personalidad y en la trayectoria de Castro Silva una dimensión, la Patria, en la que no le conozco par ni segundo entre nuestros educadores. Los textos lapidarios que hacen de este patio el santuario más logrado de Colombia, ni una palabra altisonante, ni una en que el prosaísmo desdiga del motivo o del mármol. No sé si en las Américas de tantas novedades pueda encontrarse un conjunto tan poblado de armonía literaria sobre las paredes como éste que enmarcará su tumba.

Retrato de su alma que todavía jugueteaba ayer en los ojos brillantes, serenos y profundos de su ancianidad, en cada uno de sus lentos pasos solemnes, en su ademán y continente de majestad tan simple y en la sonoridad de su parla docta, estelada de reminiscencias de héroes, pensadores y santos. Los genios disfrutaban de tal intimidad de comunicación como no se logra sino en amistad muy cercana desde la niñez hasta la longevidad, que esto de la sabiduría amorosa, como el esplendor de la ceiba, no se consigue antes de ochenta años luz desde la eternidad hasta el afecto.

Para quienes pensamos en la tiranía del tiempo y el espacio no son sino otros medios dados al hombre para liberarse de tales cadenas que así lo limitan y oprimen, fácil es retirar una piedra antigua para dar campo a la armazón corporal que permaneció asociada noblemente, vaso del espíritu, a uno de los más altos y profundos espíritus de Colombia. Si queremos buenos cimientos para nuestra universidad, tenemos que estar reconstruyéndola día a día sobre la osamenta de nuestros caros muertos. Y no esta mal suponer que un espectro paternal vagará dulcemente entre los crepúsculos por los pasillos ya silenciosos, revisará entre la penumbra si todo ha quedado en su puesto, si su Colegio Mayor continúa fiel a la memoria de Fray Cristóbal de Torres y si aún es el hogar de Colombia que la atempera con luces nuevas de antiguos maderos fragantes. Estas plantas de la universidad hundidas en las cenizas de los mayores no es vendarle los ojos ante los problemas del día y mucho menos ante los del porvenir en la clara lejanía de los astros, pues solo el dón poético y el profético pueden iluminarlo. Así el Rosario de los últimos años, guiado por un anciano, tiene flores de nueva simiente. Lo que Monseñor Castro recibió, joya colonial de consumada factura, es ya ebullición de múltiples disciplinas contemporáneas, comunidad de sabios, la enseñanza de Calatrava en la solapa, perforando en los más amplios campos del sér y del saber, y expectativa de que, con tan hondas raíces, habrá en los renuevos el verdor y la firmeza que duran y no la fronda inútil que el primer viento derriba.

Quede aquí un Monseñor Castro Silva orante ante La Boradita, nuevo ornamento que esmalte su capilla. Y cuando las angustias de la universidad nos atormenten con la incógnita de si estamos o no realizando nuestra misión, lleguémosnos aquí los estudiantes viejos y jóvenes a dialogar con el espíritu tutelar y hallaremos en su recuerdo la respuesta parálita de quienes obraron bien sin queja, sin ruido, sin premio visible.



Archivo
Histórico

HOMENAJE DE LA COLEGIATURA

Quien cree en mí, aun cuando muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre.

San Juan (Capítulo 11, Versículos 25 y 26).

La muerte como realidad impostergable arranca al hombre del mundo de la vida; traza una línea infranqueable entre lo divino y lo humano, deja en nuestro ánimo una sensación de impotencia. Es el destino inexorable que no obstante el esfuerzo del hombre por cambiarlo, por rehuirlo, por aplazarlo; siempre termina por privarlo de su hálito vital, obligando a cumplir su parábola.

Mi voz trémula trata de expresar el sentimiento de mis compañeros estudiantes y a la vez sirve para rendir el homenaje póstumo a quien fiel a la definición de este Colegio "Ilustró a la República con sus grandes letras y fue en todo el dechado del Culto Divino y de las buenas costumbres".

El concepto de la grandeza del hombre ofrece ángulos disímiles de apreciación; él puede ser grande por sus obras, grande por sus conocimientos o grande por haber podido vislumbrar lo eterno. En Monseñor JOSE VICENTE CASTRO SILVA se conjugaron la diligencia y el cuidado del artífice, la versatilidad del letrado y la profundidad del Santo; por esto, su figura tendrá perfiles históricos que en vez de extinguirse se acrecentarán con los años por la perspectiva que ofrecerá su personalidad.

Es verdadero motivo de pensar para las generaciones jóvenes el no haber podido dialogar con el Ilustre Rector CASTRO SILVA. La edad inclemente no vaciló un solo momento en hacer mella sobre su hidalga figura; nos privó de sus enseñanzas en la cátedra; sucumbió la oratoria sagrada. "Solo la muerte se quedó callada".

Mario Jaramillo Mejía

HOMENAJE DE LA COLEGIATURA

El presente libro es un homenaje a la memoria de los profesores que han dedicado su vida a la enseñanza y a la formación de los jóvenes de esta ciudad.

La memoria de los profesores es un patrimonio que debemos cuidar y preservar. Su labor es fundamental para el desarrollo de la sociedad y la formación de los jóvenes.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los profesores que han dedicado su vida a la enseñanza y a la formación de los jóvenes de esta ciudad.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los profesores que han dedicado su vida a la enseñanza y a la formación de los jóvenes de esta ciudad.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los profesores que han dedicado su vida a la enseñanza y a la formación de los jóvenes de esta ciudad.

Maria Inés García

OTRO NOMBRE AL ALUMNADO

El presente libro es un homenaje a la memoria de los profesores que han dedicado su vida a la enseñanza y a la formación de los jóvenes de esta ciudad.

La memoria de los profesores es un patrimonio que debemos cuidar y preservar. Su labor es fundamental para el desarrollo de la sociedad y la formación de los jóvenes.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los profesores que han dedicado su vida a la enseñanza y a la formación de los jóvenes de esta ciudad.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los profesores que han dedicado su vida a la enseñanza y a la formación de los jóvenes de esta ciudad.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los profesores que han dedicado su vida a la enseñanza y a la formación de los jóvenes de esta ciudad.

Maria Inés García

SEMBLANZA DE UN GRAN RECTOR

Por **Eliécer Suárez Forero**

Cuando en el luctuoso anochecer del 28 de Marzo de este año, ya memorable en los anales rosaristas, recibimos la infausta noticia de que Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector insigne del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario por más de siete lustros, acababa de fallecer en su casa familiar, sentimos la tremenda impresión de orfandad de quien ve extinguirse la luz que iluminó los mejores años de su existencia.

Vinculados al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario por más de treinta cinco años, primero como estudiantes y después como modestos colaboradores de su gran obra educativa, tuvimos la feliz oportunidad de estar muy cerca del Ilustre Rector y de haber gozado de su amistad y confianza, tan generosas como inmerecidas. Ello nos permitió conocer aspectos conmovedoramente humanos de su egregia personalidad, quizá desconocidos para quienes sólo pudieron reconocerlo como figura cimera de la cultura patria.

Dos años hacía que Monseñor Castro Silva se había posesionado de la Rectoría del Colegio Mayor, cuando ingresamos a los severos claustros rosaristas como estudiantes de bachillerato. La impresión que causaba en nuestras almas juveniles la excelsa figura del Maestro era imborrable. Nuestra timidez inicial pronto desaparecía ante la subyugadora personalidad del Rector, mezcla de imperio y de bondad, de sabiduría y persuasión, que engrandecía el ambiente de los claustros seculares y despertaba el deseo, ante el estímulo de sus observaciones y consejos, de llegar a ser en el futuro "varones insignes" ilustradores de la República, como lo pedía el Fundador.

Intimamente convencido de la misión histórica del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Monseñor Castro Silva, cuyo generoso espíritu vibraba con los altos ideales de la patria, sabía infundir en sus alumnos una profunda veneración por sus gloriosas tradiciones y una firme convicción de la grave responsabilidad que les correspondía como sucesores de muchas generaciones de ilustres rosaristas.

Nunca podremos olvidar aquellas magníficas conferencias que solía hacernos al comenzar el año lectivo, en el ambiente aco-

gedor de la Capilla del Colegio, después del tradicional rezo del rosario a las seis de la tarde, dándonos a conocer al través del texto original el sabio sentido de las Constituciones de nuestro Claustro, dictadas por el propio Fundador, y las circunstancias históricas en que tuvo lugar la fundación de este magno santuario de la cultura nacional, haciendo patente la genial clarividencia del Arzobispo Fray Cristóbal de Torres.

Sabido es que como Profesor y Maestro Monseñor Castro Silva arrebatava la admiración de cuantos tenían la fortuna de escucharlo. Su vasta erudición de humanista, su espléndida imaginación pronta para esclarecer el recóndito sentido de las ideas trascendentales y amenizar la exposición, la magia de su palabra que sabía recorrer toda la escala de las expresiones idiomáticas, el diálogo vivaz con los alumnos, hacían de las lecciones que dictaba, ya fuera en la cátedra de Metafísica, en el último año de Bachillerato, o en las de Filosofía del Derecho y Sociología en la Facultad de Jurisprudencia, un panorama maravilloso de la inteligencia que por su amenidad anulaba la fatiga y por la profundidad de la doctrina abría al espíritu dilatados horizontes.

Monseñor sabía plegarse con genial presteza, sin perder su señorío, al nivel de sus interlocutores, así fueran tímidos estudiantes o gentes incultas, o se tratara de personajes de la más encumbrada jerarquía social e intelectual. Nuestros asombrados ojos de estudiantes vieron desfilar por los claustros rosaristas destacadas personalidades, ministros, diplomáticos, académicos, parlamentarios, magistrados, que iban en busca del trato y conversación diserta del filósofo, del educador, del teólogo y del humanista. Puede decirse que al rededor de su prestante figura se convocó por largos años la república de las letras colombianas. Monseñor desempeñó ese principado de la inteligencia con exquisita naturalidad y elegante sencillez, propia de los espíritus selectos.

Callamos, por muy sabidas, sus excelsas cualidades de orador académico y sagrado y la asombrosa facilidad de sus elocuentes improvisaciones en las que se conjugaban la maravillosa fluidez de la palabra con la profundidad de las ideas. Por la misma razón no hemos de referirnos en este lugar al magnífico escritor que por la riqueza y elegancia de su estilo, no obstante la brevedad de su obra publicada, ocupa puesto de honor en las páginas de la literatura hispanoamericana.

En su trato íntimo y privado se manifestaba con la bondad y gentileza propias de su estirpe de gran señor. La agudeza de sus observaciones, la anécdota chispeante, el interés que sabía darle aun a los temas triviales, la cita oportuna que reforzaba un argumento, la viva relación de sitios y personas que había conocido dentro y fuera del país, eran un deleite para quienes lo rodeaban, siempre ansiosos de escucharle. Alma sensible y

generosa, jamás negó el consejo o el estímulo, el servicio oportuno o el pan mismo, a los que en hora de angustia o desaliento acudieron a su noble corazón.

La grandeza del Colegio encomendado a su prolongada rectoría fue pasión de su vida. Testigos de ese afán sin pausa ni medida hemos sido al través de treinta y cinco años. Justo es reconocer que durante el rectorado de Monseñor Castro Silva el histórico Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario alcanzó grandes progresos, tanto en el orden académico y educativo como en el orden material. En este último aspecto se cuentan: la restauración artística del claustro histórico y de su bella Capilla con todos los detalles de su magnífica arquitectura original; la magna construcción de los claustros de educación primaria y del Bachillerato en Chapinero, con todos los adelantos que exige la técnica moderna en edificaciones de esta índole, más su hermosa Capilla, de líneas severas y elegantes; la adquisición de terrenos, en sitio ventajoso, para futuros ensanches de las facultades y demás centros académicos; finalmente, la dotación de obras modernas para las Bibliotecas de los diversos claustros y la instalación de laboratorios electrónicos para facilitar el aprendizaje de idiomas extranjeros. Y en lo intelectual y académico, la ampliación de la Facultad de Jurisprudencia con Institutos Anexos de Especialización en varias ramas del derecho contemporáneo; la creación de las Facultades de Economía, de Administración Privada, de Contaduría y, especialmente, la feliz restauración de la Facultad de Medicina, programada por el Fundador y desaparecida hacía muchos años, que en su nueva etapa goza ya de merecido prestigio; y aún debemos agregar la Instalación de los Departamentos de Humanidades e Idiomas en los estudios superiores y la organización de los estudios elementales, base del Bachillerato, donde se preparan desde la más temprana edad los futuros rosaristas. Ciertamente es que para llevar a feliz término obra de tales proporciones el Ilustre Rector contó con la eficaz colaboración de eminentes rosaristas, especialmente los señores Consiliarios y Vicerrectores que lo acompañaron en su mandato, pero nadie podría justamente negar que fue Monseñor Castro Silva el alma y el estímulo de la magna empresa.

Al lado de la tumba del vidente Fundador el Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, bajo el amparo de la divina patrona del Claustro la Virgen del Rosario, en el ambiente augusto de nuestra amada Capilla, a la sombra gloriosa del pabellón de la República y del estandarte de Calatrava, emblema del Colegio, reposan hoy los despojos mortales del Rector Insigne, cuya personalidad excepcional aprestó la histórica grandeza de los claustros rosaristas. Y estamos seguros de que ni el mármol ni el bronce, que la gratitud de la patria dedique a su memoria, han de durar más que su fecunda obra educativa en el campo de la cultura colombiana.

NOTAS DE LA REDACCION

I

Este Homenaje

Ha medida que van desapareciendo los grandes valores que trazaron la ruta cultural y humana a generaciones que de ellos recibieron la enseñanza y la ética para el abrupto camino de la vida, sentimos cómo se encoge lo formativo y esencial de la Patria colombiana. La muerte inevitable de un coloso de la inteligencia, y, además, adocrinador de la juventud, va dejando vacíos que nadie colmará en la historia de un pueblo que, por su juventud, tanto necesita de maestros que sean ellos mismos vivas lecciones de dignidad en la conducta, como también próceres de su propio itinerario, muchas veces señalado por una forzada y viril soledad creadora.

De ahí que rendirles el debido homenaje cuando ya no pueden darnos nada más de su cosecha intelectual, paralizados para siempre los instrumentos de su enseñanza, es apenas acercarnos a su ejemplo para que caiga sobre nuestras manos algo de su resplandor. Por esta razón ha querido el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario consagrar este número de su Revista a honrar la ilustre memoria de Monseñor José Vicente Castro Silva, paradigma de varones ejemplares, forjador de grandes ideales, conductor insuperable de la juventud, soldado de Cristo y humanista que nos ha legado una obra perdurable que aspiramos a recoger en dos volúmenes para que sirva de guía para las nuevas generaciones, en un tiempo crepuscular, amargo y sin felicidad. La patria conmovida y agradecida rindió un testimonio de agradecimiento al ilustre Rector de este Claustro, ya que es la única manera de hacer patente y honroso su ejemplo.

II

Monseñor Castro Silva y la Educación

Para Monseñor Castro Silva la educación era la base fundamental de la redención del pueblo colombiano. A ella dedicó lo mejor de su inteligencia. Su nobleza, paciencia, mecenazgo en este sentido son algo que deslumbran. Sus potencias creadoras las orientó hacia esta tarea. Porque sin educación una nación es apenas algo gaseoso, informe, sin defensa frente a los arduos problemas que la circundan y hostigan. El primer maestro fue Jesucristo, acostumbraba a decir. Con lo cual quería significar que de él descende la luz, la verdadera claridad de la

conciencia y del alma. Educar requiere paciencia, amor, nobleza ejemplar. Por eso mismo Goethe decía "que sólo se aprende de aquél a quien se ama". Y Monseñor Castro Silva supo captarse el amor de muchas generaciones que pasaron por los claustros rosaristas y bebieron su ejemplo. El supo ser "maestro", porque como él mismo escribió a propósito de un egregio gramático "el maestro es aquel hombre que sabe redimirse de los inevitables defectos de la mortalidad" para buscar cimas ideales e temporales. Educar es crear. Vivir en razón de espíritus jóvenes, sembrar la buena semilla.

Y esta tarea de sembrador la cumplió el Ilustre Rector en forma extensa e intensa. Los rosaristas diseminados por el vasto territorio colombiano, pero que sorbieron el agua viva de su lección hermosa, así lo han reconocido en millares de mensajes ocasionados por su muerte.

III

Dante y Bolívar en la Pluma de Monseñor Castro Silva

El ilustre humanista en su madurez intelectual se inclinó sobre dos figuras de vida atormentada que ha producido la humanidad. La una europea, y la otra ibero-americana. Dante y Bolívar. Examinó con lucidez intelectual y bajo apasionantes aspectos estas dos vidas ejemplares, atormentadas, creadoras y golpeadas por los infortunios y las acerbias incomprensiones de sus tiempos históricos. Quiere Monseñor Castro Silva explicar la figura y la creación literaria del gran florentino a quien muestra como una especie de creador de un "tercer mundo", donde habita el verdadero cristianismo y la universalidad tremante de nuevas, pavorosas y universales experiencias. El poeta florentino sintió por Beatriz amores de hermana, esposa y madre. Una aureola mística rodea su evanescente silueta, gótica flecha hacia el infinito. La gigantesca figura de Dante y los personajes de su Comedia le merecieron un análisis exhaustivo, del cual mana un torrente de enseñanzas tan útiles en este tiempo en el cual, por obra de un anarquismo mental y moral, se ha apoderado de la juventud un nihilismo estéril, un horrendo vacío sin Dios.

Bolívar, el pámpilo caraqueño, fue otro de los grandes amores del ilustre prelado. Su parábola vital, sus batallas por la libertad, su genio, las intuiciones de su ojo nublado de apóstol, su final vencimiento, el acíbar que le dimos a beber como la cicuta de Sócrates, el griego, la formidable concepción panamericana del iluminado de Venezuela, su gloria, sus caídas y derrotas, sus victorias y laureles, sus furores y sus amores, su testificación de un mundo nuevo, todo está en páginas de Monseñor Castro Silva, quien, con pluma ejemplar alumbró su vida. Dos figuras ejemplares, éstas, que Monseñor Castro Silva honró con su hondo trabajo mental y con su conocimiento profundo de los tiempos en que actuaron y murieron.

*Ensayos en torno del
Ilustre Rector*



MEDIOEVO Y RENACIMIENTO EN MONSEÑOR CASTRO SILVA

En Monseñor José Vicente Castro Silva, cuyos despojos mortales entregamos el sábado en la tarde a la tierra, se pierde una dimensión de la cultura colombiana, una forma de vida energética y humana, que bien podría servirnos para meditar acerca de la confluencia del hombre de la Edad Media y aquel otro del Renacimiento. Porque en muy pocos americanos se han dado cita tan diversos valores, que se entrecruzan en el subsuelo desde el cual asciende la torre de una vida y empieza a darnos una dimensión nueva del hombre como medida de las cosas. La Edad Media no fue, como creen algunos, una noche de obscuridades, lóbrega cárcel del pensamiento. Tampoco como lo escriben otros, es apenas un monasterio desértico, salmodiante por el diligente abejorro de frayles que entonaban cánticos en latín depurado o se afanaban por recoger vocablos, enredados en los bejucos táctiles de la semántica. Concepciones falsas, nacidas de análisis vacuos, sin pie en la sedienta realidad.

Precisamente Monseñor Castro Silva aceptaba la Edad Media como el punto de partida del hombre en su profunda humanidad. Allí en aquella edad apostrofada, se encuentra la esencia de la existencia, el quehacer espiritual del hombre. Las bases espirituales del Renacimiento las hallamos en la Edad Media. Y precisamente cuando se pervirtieron sus esencias, el Renacimiento derivó en un paganismo risueño, alegría de las formas, morbideces, desnudos nacarinos, pinceles y letras que nos entregaron el mundo jocundo, plástico, pero sin la intemperalidad que exige lo espiritual, cuando nos deshacemos de las cosas en torno y de nuestra propia forma carnal, para la extinción definitiva. Monseñor Castro Silva entendía muy claramente el fenómeno y en su vida y en sus afanes intelectuales está siempre presente Dios, final horizonte del creyente. Es cierto que hubiera brillado con luz propia en el Renacimiento, pero sin olvidar la formidable herencia medieval y convirtiendo su humanismo en cátedra viva, activa, docente.

Precisamente cuando el humanismo entra en el callejón sin salida de las contradicciones y el escepticismo mórbido crece destruyendo los pilares de la fe, empieza también su crepúsculo vespertino, perdiéndose definitivamente en la noche.



Monseñor Castro Silva nunca perdió de vista el mundo de Dios. Era su centro, su eje, su razón ética. Todo lo demás es bello, pero corruptible, hermoso en la mañana y ceniza en la tarde. Como la rosa y la belleza de las mujeres, cantadas por Ronsard. Es preciso, por tanto, no perder nunca en nuestro avatar cotidiano, la lección intelectual y moral de Monseñor Castro Silva. Para quien no había discrepancia fundamental entre la Edad Media y el Renacimiento. Ciclos que cumplieron una formación normativa, cada uno con su propio acontecer. La fe que levanta catedrales góticas, delirio del barroco y la liberación de las formas para alcanzar su madurez, libres de ataduras.

Monseñor Castro Silva no se perdió en el laberinto encantado. Ni creía que el triunfo de la forma o los avances de la ciencia y la tecnología implicaran la muerte de Dios como lo predicaban los escépticos, aquéllos que carecen de verdades en las cuales anclar, llevados por una duda lacerante, que no les permite encontrar el camino perdido de la fe. La gloria y la fama, grasos racimos opulentos del Renacimiento, nada valen ante Dios. Es preciso vigilar bien al hombre interior, al que está encuevado y fosco en el fondo de nuestra vida. Por eso, Monseñor Castro Silva tuvo un sentido claro, rotundo, afirmativo de su propio YO, que viene a ser una enseñanza, una vigilia, ya que el enemigo interior es el único que cuenta "Contra malicia, milicia", predica Gracián.

Ejemplar, por tanto, el discurso humanísimo de este sacerdote de Cristo que no apostató, ni creía que se sirve a Dios dándole libertinaje a la creencia, a la disciplina, a la misma liturgia. Dios no es una moda, un concepto, un juego sin riesgo. Encarna una tipología, una cordillera de valores. Por tanto, pretender modernizar el servicio que se merece, en nombre de pueriles conceptos formales, es perder el rigor lógico, emblandecer la fe, situarse en una postura cómoda, regalona, con la inminente corrupción a que se vio abocado el Renacimiento cuando olvidó a Dios y tuvo terror a la muerte.

Para quienes hemos penetrado en los libros de Monseñor Castro Silva, resulta admirable contemplar el fenómeno espiritual de este creador de formas literarias, pero antes que todo devoto de Cristo y sillar austero de su doctrina. Lo vemos ahí, plantado en mitad del camino de la inteligencia, confesando a Cristo. Removiendo raíces griegas y latinas, levantando bloques marmóreos, pero sin olvidar nunca que todo se transforma, pero siempre sujeto a Dios, el primer creador de formas y dones. Los recovecos de la conciencia son insondables. Pero atemperan el sabor de los jocundos parrales, las embriagueces exquisitas, la tentadora desnudez. Que solamente es pura cuando es inocente, según predicaba Bernanos.

Monseñor José Vicente Castro Silva es la síntesis afortunada del Medioevo y del Renacimiento. Ni negó a Dios, ni fla-

geló el espíritu, pero tampoco rehusó conocer el Renacimiento y pesar sus esencias. En esta hora de miseria moral, de inútil rastreo de la condición humana", el prelado que enterramos bajo un cielo de plomo y al lento sonar de remotas campanas, fue un ejemplo de la fe activa, del amor engrandecido, de su encendida voz guiadora para muchas generaciones colombianas. Su largo sueño es para nosotros un motivo de reflexión, en el valor último del hombre. Nadie mejor que Jorge Echeverri Herrera, en su admirable discurso ante los despojos mortales comprendió estos conceptos nuestros al afirmar que en Monseñor Castro Silva se dieron cita San Pablo, el predicador y Goethe, el humanista.

Columna De XENIUS
"La República"



MONSEÑOR JOSE VICENTE CASTRO SILVA, RECTOR MAGNIFICO O LA TRADICION PROPULSORA

Por Jorge Patiño Linares

Debatíase Colombia al alborear el siglo en la pira de odios, idealismos, intereses, y zozobras de la última guerra civil declarada, y resonaba aún el eco de los clarines de Palonegro, cuando cierto mocito bogotano, harto despabilado para sus quince años, de cuna hidalga y formación tradicionalista y católica, malcontento tal vez con la quietud de las recién abiertas aulas Lasallistas, pero atraído en todo caso por el brillo y la gloria de las armas, y estimulado por el ansia moceril de las aventuras, se presentó como recluta a los cuarteles del Gobierno en la capital, decidido a tomar plaza de soldado. No valieron de momento para disuadirlo las admoniciones ni los halagos de los aterrados parientes, y los jefes de la guarnición optaron por incorporarlo a desgana, ya que en el blando y refinado ambiente de donde provenía no era el más a propósito para sacar del voluntario, sin tardanza, un combatiente que sobrelleva bien las rudezas de la milicia y los azares de las campañas. Para el muchacho, que tenía bien aprendido y entreveía que de la suerte de la guerra dependía en mucho la de la religión de sus mayores, participar en la contienda significaba algo así como marchar a la cruzada. Se le destinó a uno de los cuerpos acantonados en la plaza de San Agustín, y a servicios de poco riesgo. No larga fue su permanencia en la milicia, sin embargo; así que no alcanzó a participar en escaramuzas siquiera.

Iniciábase apenas en la vida castrense cuando se precipitó el complejo y discutido golpe cuartelario, hechura de civiles como todos los que en Colombia han sido, aunque éste con notable preponderancia de las casacas —sobre las guerreras— del 31 de Julio de 1900. La unidad en que formaba el novel recluta, si es que no estaba ya comprometida de antemano, no demoró en tomar partido por los conjurados, y entonces el chico tuvo que ayudar a endomingados señores de sombrero de copa —Miguel Abadía Méndez, entre ellos— a mover con sus propias manos pesadas piezas de artillería, emplazándolas de suerte que pudieran emplearse contra el remiso y legitimista cuartel frontero o contra las unidades del cuerpo de policía, cuya decisión traía más que

inquietos a los directores del golpe; directores que, dicho sea en su elogio, dieron la cara y expusieron el bulto, y no se limitaron a disponer movimientos, cuyo riesgo recayera tan solo sobre las unidades de tropa, inocentonas e indeliberantes. Al cerrar la noche ya todo se había resuelto sin efusión de sangre y con fortuna para los conspiradores, y lo único que faltaba era dar con el paradero del Vicepresidente Marroquín, quien muy marrullero se había ocultado de todos para poder presentarse más tarde, pasado el peligro y ante los hechos cumplidos, como salvador y garante de la legalidad, a construir el nuevo gobierno. Conocido que fue el acordado gabinete, eligióse al imberbe recluta para ser ordenanza de uno de los nuevos Ministros, y este, que era un hombrón macizo, de estampa bronca y ceño adusto aunque pulido en sus modales y cultísimo, puso en sus manos recado de escribir un farol baraticho y velas de sebo, ordenándole que subiera a un destartado coche de punto, en el que sigilosamente enrumbaron hacia el entonces muy apartado Chapinero. La mitad del camino llevarían recorrido, cuando el Ministro dispuso detener el carruaje y estacionarlo a un lado del solitario camellón. Allí pasaron varias horas mientras el personaje que era nadie menos que el doctor Carlos Martínez Silva, redactaba precipitadamente a la lumbre de un farol que sostenía el Ordenanza la que había de ser famosa "Circular a los Ministros Diplomáticos de Colombia", explicativa de la evolución política que acababa de consumarse.

De esto corrieron treinta años; con todo lo que en treinta años pudo suceder. Se trataba ahora de elegir ocupante para el sillón que había honrado Carlos Martínez Silva en la Academia Colombiana, vacante por la muerte del patricio desde Febrero de 1903. El soldadito del farol fue el escogido: era ya él lumbrera de la iglesia y de la patria, tan docto en letras humanas como en las divinas, según dictamen de don Antonio Gómez Restrepo, y acababa de suceder a Monseñor Rafael María Carrasquilla en la rectoría del Muy Ilustre Real y Mayor Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que también había servido antes, breve pero decisivamente, el doctor Martínez Silva. No era otro que Monseñor José Vicente Castro Silva; el mismo ilustre varón que agobiado más que por los años por la sabiduría, la virtud, el patriotismo y la grandeza, acaba de fallecer, para dolor acerbo de la familia Rosarista y consternación de todo el país, para ir a recibir del Padre de las luces, la gloria de quienes, como dijo San Pablo, pelearon la buena batalla y guardaron la fe, en lid a la que supo dar elegancia y lucimiento insuperables, Gloria que ya, por lustros, venía iluminándolo como el vislumbre de la que es eternal.

Enraiza el ancestro de este acabado humanista —que tanto como ahora hubiese brillado en los días del renacimiento— en las breñas de Santander; y por la sangre materna debió de llegarle el milagroso elixir que encendió la lucidez de su mente, que fue en él a la par piélago y quilla, fuerza y donaire, faro y abismo, frescura y combustión, tersura y borrasca. No es disparatado pensar que algún remoto cromosoma secretó la esencia que por ramas diversas de un tronco común hizo eclosión en José Asunción Silva como delicadeza, elegancia y sensibilidad

refinadísima; apuntó en la elación mística y en el apostolado del jesuita Silva Baños, y se manifestó en el adalid a quién Monseñor sirvió una noche de Ordenanza, como hondura, extensión y solidez de pensamiento, y como reciedumbre e integridad en el criterio.

Indagar en qué consistió su grandeza, sería plantear inadecuadamente el análisis de su obra: mejor convendría ver en qué no descolló y cuándo y en qué aspecto fue su obra menos sobresaliente y fecunda. Verlo, tratarlo, oírlo era bastante para que la admiración enseñoreara al observador: tal era el fascinante y caleidoscópico espectáculo de su inteligencia. Teólogo, jurista, académico, esteta, filósofo, consumado orador, canonista, asceta, pedagogo, lingüista, polígrafo, maestro, en suma, de virtudes, de ciencia y de elegancia. Ora en el púlpito, ya en el estado de las corporaciones doctas, lo mismo en las conversaciones de tono menor que en sus inolvidables exposiciones de catedrático —durante los cuales desdeñaba la cátedra para hacerse peripatético— surtían su voz, su mirada y su ademán irisados chorros de convicción y sapiencia.

Tanto llegó a encumbrarse que no parece simple coincidencia el que su desaparición ocurriera en el día que también quebró los remos siderales el primero de los astronautas.

Señor en todo, y por supuesto, de sí mismo; con un alma renacentista y un agudizado sentido de la estética, cuyos cánones no le reservaron secreto; no hallaba sosiego en lo mediano y buscó en todo la superación, persiguiendo la plenitud consumada de los arquetipos. Formado y educado en centros de la más alta civilización, adoptó el equilibrio y la proporción como pautas de su vivir, y por eso le fue dado hacer de su existencia una auténtica obra de arte. Severo en la doctrina, jamás se desvió de ella; ni se le pudo señalar de heterodoxo ni mereció reparo de gazmoño.

Su innata exquisitez lo libró de muchas de nuestras comunes dolencias, y la elegancia espiritual, apartándolo de los criterios de secta, la preservó de fundirse entre la masa y del llamado espíritu de cuerpo. Férvido en todo, mucha debió de ser su disciplina para señorearse y alcanzar el ritmo de la contención y la maestría de la medida. Gustaba de cernirse sobre los hombres y las cosas desde lo alto, aunque sin tomarlos de sesgo. Doctísimo teólogo, a quien la receptividad y la comprensión de lo moderno jamás desvertebró al escolástico, nunca se deslizó al dogmatismo, sin que por ello transigiera con el error. Eclesiástico de ardentísima fe, a sido siempre del innoble acantilado de Pedro, esmerábase en estrechar su comunión con el Vicario del Vaticano, sumiso y dócil a las indicaciones del infalible cayado; sin incurrir en descarríos, exageraciones, ni veleidades, ni dar de lado los deberes de sus augustos ministerio y prelación. Alumno constante de la sabiduría y conocedor como pocos de las ciencias y las letras profanas, tampoco se le pudo señalar de pecado ni como incurso en indebida profanidad.

Mente lúcida, abierta y aireada la suya, de esturación clásica y solidísima, podía darse el lujo de no acobardarse delante de conceptos o tendencias, antagónicas de su credo y de sus convicciones innobles. Por

ello, tontamente, lo reputaron tibio, inconsistente y diletante quienes ignoran que el vigor de las ideas como el de las ramas crece y se afirma con las rachas, y que si se esquivan aún los airecillos de ventolina no se podrá hacer frente con desembarazo y buen suceso al empuje de las concepciones enemigas cuando cierren como deshecha borrasca. Error análogo padecieron los que —emplazados en cualquier extremo del campo— juzgan que la tradición es estancamiento y anquilosis sin reparar en la función dinámica que le es esencial, y sospechaban y murmuraban que Monseñor la combatía y desamaba. Nadie, sin embargo, más respetuoso ni apegado a ella, ni la entendió y sirvió mejor, ni fue más conscientemente sumiso a los ordenamientos de la razón y la justicia, o a los dictámenes de la experiencia. Aristo por talento, por formación y por sangre, disponía de un acendrado sentido del deber y era un apasionado del “deber ser”; lejos de contrariarle las jerarquías le eran dilectas, y encuadraba hombres, conceptos y valores con genuino criterio de aristocracia. Afincado sólidamente en lo que la tradición es de veras, no le podía faltar valor para remover lo inútil y deshacerse de lo que por estar superado se convierte en impedimenta estorbosa, bien que sin desestimar lo que en su tiempo y hora (pese a estar ya caduco) constituyó aportación de provecho; lo mismo que para franquear las puertas de lo nuevo, acogiendo y asimilando lo que entrañara mérito, como prescindiendo sin vacilación ni tardanza de lo insustancial y nocivo, por moderno que luciese; con lo cual no solo vigorizaba lo tradicional sino que sabiamente lo hermozeaba y nutría, haciéndolo más atrayente y fecundo. Recuerdo aún el alborozo con que saludó la exaltación al pontificado supremo del sabio y prudentísimo Pacelli (a quien tanto se parecía aún en lo físico —raza de “veltro”—) porque habiéndolo tratado de cerca veía en él un trasunto de sus pensamientos y el estilo y manera que mejor concordaba con su temperamento y tendencias. Comprendió la honda significación de poner el vino viejo en odres nuevos, y pudo demostrar que el lema del escudo del Claustro que rigió no es frase vana, estereotipada por la heráldica, sino fecundísimo programa de audacia e intrepidez para cuanto signifique real adelantamiento: “Nova et Vetera”.

Pudo por eso ser simultáneamente insuperable catedrático de metafísica y sociología y destrancar puertas herrumbrosas —que gimieron con estridor de sus goznes— para ventilar lo que se tendía a enmohecer. Fue así como sosteniendo a Juan Manuel Arrubla vigorizó en el Alma Mater la enseñanza de la gramática de Bello, y no vaciló en prescindir de todo un Luis María Mora para que pudiera ser Rafael Maya el preceptista de literatura: en el revolucionario de entonces entrevistó certamente Castro Silva al clásico de hoy. Y mostró como podía convivir en solícita fraternidad el clasicismo escueto de Víctor E. Caro con la poética evenescente y novedosa de un Eduardo Carranza.

Para despecho de muchos avanzados y recelosa consternación de no pocos, fue por la Facultad de Jurisprudencia del Rosario por donde comenzaron a abrirse paso en el país las modernas tendencias del Derecho, de manera que cuando la innovadora Corte Suprema de 1936 varió el curso de las doctrinas consabidas, antes que con asombro se

recibió con entusiasmo la mudanza por las últimas promociones rosaristas. Con ser las disciplinas jurídicas las que reconocen un influjo más hondo de principios seculares y de los precedentes, por su misma naturaleza se resisten a la contención y a la parálisis. Pero a ellas la tradición, además de sillar incommovible es el eje y soporte de la dinámica institucional, como que no son las leyes concreciones insuperables sino hitos en el progresivo desarrollo de su perfeccionamiento. Fue Castro Silva quien familiarizó a los colombianos con Del Vecchio; mas como el mero aliento de la modernidad no puede avasallar lo que en justicia y en filosofía es inmutable, guardóse de ceder al empuje revolucionario, que suele destruir bastante más de lo que crea, subvertir y aniquilar el criterio del bien común y que frecuentemente mutila la cultura y detiene su desarrollo. Y lo mismo en derecho que en letras o en filosofía a través de Monseñor Castro Silva los estudiantes del Colegio del Rosario pudieron adelantarse en el pensamiento de Kant, entender y valorar a Comte y comprender a Bergson; conocieron a Marx, sin que se inficcionaran del marxismo, y estudiaron a Ferri (que hacia 1930 era lo novedoso, lo cientifista y lo moderno) sin rendirse al positivismo, que hoy, probado ya y hallado falto, resulta ideología marchita y enteca, superada por concepciones más científicas, que no por más modernas reniegan de las que los sirvieron de fuente, contra las que combatió la "Scuola Positiva" por estimarlas anticuadas. Habiendo sido como fue Carlos Lozano tan eminente rosarista no se le confió la enseñanza del Derecho Penal, que se mantuvo encomendada, por principio, a clásicos tan calificados como Luis Rueda Concha o José Antonio Montalvo. Demostró así el gran Rector una vez más, que bien entendida, la tradición es fuerza propulsora y cauce del progreso, al paso de las innovaciones desalentadas de lo revolucionario primitivizan y retrogradan.

Como suele acontecer en los espíritus en que anda la grandeza (y solo Dios es grande), tuvo Monseñor Castro Silva la nítida conciencia de su mérito y una lúcida comprensión de la responsabilidad que le aparejaba su valer. Fue por ello celoso en el mantenimiento y guarda de sus dignidades, en lo personal y en lo religioso, sin admitir demasías ni permitirse licencias que implicasen desdoro o estropeo, ni incurrir tampoco en vanidad o fatuo engreimiento; antes bien sintiéndose comprometido a mantener el sitio en que la Providencia lo puso, a rendir cuanto cabía esperarse de él y a no ser inferior a los dones de que se vio colmado cuando sus disciplinas hicieron fructificar las extraordinarias disposiciones naturales y a no mezquinar lo que en calidad y perfecciones podía ofrecer en sus escritos, en sus cátedras, en sus sermones y discursos. Guardándose de incurrir en la flaqueza de quienes no aciertan a practicar lo que predicán, no limitó a las homilías la explicación de la Parábola de los talentos y atemperó el ejercicio de sus facultades carismáticas al profundo contenido ético del apólogo divino. Y no como algunos lo pensaron, desalumbrados o envidiosos en prosecución de vano y perecedero prestigio, ni por prurito de sobresalir, más por sosegar su sensibilísima conciencia con la cumplida satisfacción del deber.

Vivió, sintió, pensó y enseñó con la humildad postrada del cristiano y con la modestia del filósofo, consciente, eso sí, como Pascal, de que no era apenas humana pequeñez sino también infinitud.

Estricto, aunque no adusto, no airaba el ceño delante de los descarrios de la incipencia; antes gustaba de sumergirlos cuando con él rozaban bajo la honda de su longanimidad, que hacía fluir no menos copiosa que la que surtía de su palabra y de su voluntad para aplacar, en quienes la padecían de veras la sed de justicia y el hambre de la perfección.

Como no fue tampoco hierática esquivez su señera singularidad. Torre de márfil y harto encumbrada fue ciertamente su habitáculo, que no perturbaba el bullicio del "mundanal ruido" ni era poderoso a conmover el tropel de los trajinantes; pero quiso que las puertas de su empinada torre se mantuviesen francas, libres de embarazo las espaciosas escaleras, y tendido de continuo el puente levadizo, que antes que para el aislamiento servía de acceso, vínculo y comunicación para quienes deseaban trasponerlo. No era su culpa que la zafiedad lo esquivara y que la ordinario se retrajera de cruzarlo. Cuán cordial era por humilde que fuese; y era de ver la cortesía y la solicitud con que el grande hombre trataba de acomodarse al grado de cultura del visitante, sin desdeñar sus inquietudes por menudas que fueran, ni resistirse a descender muchos escalones para ponerse a tono con las capacidades de quien deseaba nutrirse de su conversación y enseñanza. Era frecuente verlo recorrer y repasar los anchos corredores para explicar un punto, disipar una incertidumbre, resolver una consulta o fijar una pauta a su interlocutor, que lo mismo podía ser ilustre y docto (académicos y Ministros de Dios y del Estado eran frecuentes) que tímido estudiante de primeros años o literato novel.

Remiso, por exquisito, a cuanto significase popularidad, más bien se mostró esquivo a las ocasiones de lucimiento y jamás se prodigó. Declinó por eso las instancias del Presidente Olaya para que se encargara del Ministerio de Educación; y por eso también hay muchas gentes que desconocen todavía la identidad del escritor que afamó las líneas de Louis Carsat y Luis Soracta, que ganaron prestigio aun fuera de Colombia y que inclusive se atribuyeron a individualidades distintas, sin descubrir que se trataba simplemente de anagramáticos seudónimos tras los que Monseñor gustaba recatarse, velando la densidad y la agudeza de su sentido crítico, particularmente en materias estrictamente literarias y la brillantez y la amplitud de su ilustración.

Solo que la grandeza, justamente por serlo, no cabe holgada en todos los ámbitos, y cuando concurre manifiesta en varios la estrechura y hace las fricciones inevitables. Comprenderá así ciertas actitudes de Monseñor y las de algunos de sus eminentes contemporáneos. Más fácilmente comprensibles las de otros, alimentadas por la contraposición ideológica o la disparidad de tendencias; y explicabilísimas, desde luego, las más, por dimanar de la caterva maldiciente y malpensante de los que, hinchados de presunción, se contristan y se ven disminuidos por la superioridad ajena, que sin su culpa y, en ocasiones, muy a su pesar los lastima.

Cuando se haya aplicado el sobrecogimiento que suscita su desaparición se irá diciendo por los doctos cuánto valía y cuánto hizo en cada uno de los ramos de su saber y de su obrar. No es la congoja lo que presta más lucidez al juicio ni la urgencia favorece la enjundiosidad. Harán otros el elogio del patriota que ofició tantas veces ante el ara de la República e irán contando su amor por los descubridores, sus mártires y sus héroes, y sobre todo por el Libertador, cuyas tristezas analizó, patético; o del infortunado Sucre, delante de cuya tumba adezeó una meditación inolvidable. Y juzgarán lo que fue el letrado y el prosista y el académico que se atrevió a poner celebrados Prólogo y Epílogo al Quijote; el humanista que se adelantó en las reconditeces de Erasmo, se solazó regustando las excelencias de Dante, las hieles de Leopardi, la equilibrada serenidad de Manzoni y las ambrosías de San Luis; el educador que sin atenerse a los dictámenes de los especialistas foráneos no desdeñó complementarlos con las experiencias vernáculas de un Dámaso Zapata; o el sacerdote que mereció y acrecentó por su virtud y su ciencia las dignidades prelaticias. Anticiparé yo solamente unos apresurados esbozos de lo que significó su Rectoría en el Colegio del Rosario.

Repitiendo y aún acentuando lo que había ocurrido ya con el majestuoso Carrasquilla, llegó a compenetrarse de tal modo con el trisecular instituto que bastaba el recuerdo de sus claustros para que espontáneamente saltase a la memoria la fina y atilda figura del Rector o evocar el nombre de éste, para que al punto se insinuaran en el fondo y cobraran volumen las acendradas tradiciones; ya las pinacotecas rectorales o el Aula Mayor; ora las primorosas y devotas sedas de "La Bordadita" descoloridas por el discurrir de tantos años y de tantas plegarias; ya el embrujo de las arcadas, a cuya sombra se percibe la palpitación de lo perenne, que fluye torrentoso de los mármoles que decoran los muros con sus venerables epígrafes.

Obró sin duda la iluminación de lo alto en quienes atinaron de tal modo en la elección de quién debía reemplazar a Carrasquilla, cuya desaparición después de cuarenta años de grandioso magisterio dejó un vacío que, no sin razón, se reputaba incolmable. Arduo era el cometido de quienes tenían a su cargo la designación, no menos conturbador y grave que el que embaraza a los colegiales de hoy. Los que entonces, que para hallarlo debieron tender la vista más allá del océano, ignoraban que ocho lustros atrás, a poco de que el Bossuet colombiano vistiese la beca rectoral, vino en su busca al claustro un caballero que deseaba enseñárselo a su hijo, casi un párvulo —como David cuando lo ungió Samuel por disposición de Yaveh—, a quien llevaba de la mano. Tras inquirir por el grande hombre por oficinas, aulas y corredores, al fin dieron con él cuando, viniendo de orar, ganaba el patio por la estrecha puerta de la capilla. El sabio educador vertió toda su afectuosa mansedumbre sobre el niño, al que acarició repetidamente los cabellos y le dijo, quizá por mera broma y sin entrever el porvenir, que si era bueno y estudioso llegaría alguna vez a ser como él, Rector del Gran Colegio. El vaticinio se cumplió puntualmente en el egregio sacerdote, cuyo deceso deploramos los rosaristas todos y tienen por

aciago todos cuantos aman la cultura y la patria. Más de una vez se escuchó referir a Monseñor Castro Silva esta asombrosa anécdota cargada de mesianismo y profecía.

Castro Silva, pues, como su antecesor personificó el Colegio del Rosario, cuya docencia, ya desde los días del centenario de la independencia, desborda de los claustros y se derrama y trasciende por los campos todos de la cultura nacional. Reviviendo de continuo el enérgico y teologal espíritu del Arzobispo fundador, mantuvo y alentó casi también por cuarenta años el castizo y sagrado depósito, con pujanza proporcionada a los anhelos del teólogo burgalés, logrando mantenerlo en el sitio más encumbrado y prestigioso de la educación colombiana. Deja el magnífico Rector esculpido su nombre en los anales del Instituto al lado del de Mutis, de Torres, de Caldas y de Caicedo y Flórez, porque imprimió una huella no menos honda que la de su inmediato antecesor.

Si de éste se ha dicho con acierto que disputa a Masústegui el dictado de segundo fundador, y si la obra de Martínez Silva emparejó con la de Caldas, Barbosa tuvo auténticos restauradores que fueron de la Ilustre Alma Mater, con no menor justicia corresponde a Monseñor Castro Silva el epíteto de Redivivo Fray Cristóbal, así por la altura de su pensamiento, la ilustración pasmosa en todas las ramas del saber, su condición de orador consumado —predicador de majestades—, la dignidad sacerdotal y la excelente posición eclesiástica; cuando por su dedicación a forjar hombres de pro, "ilustradores de la República", por el empeño de asegurar para ésta tiempos más diáfanos y prósperos, por el denuedo renovador con que mantuvo el Colegio en la Primera línea del progreso científico y finalmente, sobre todo, por la habilidad y la energía que le fue menester poner en juego para preservar la autonomía del Instituto, que, sin que muchos lo supieran, vióse alguna vez bajo su Rectoría severamente amenazada. En todo ello, ciertamente, podrá reconocerse paralelo, pero no ventaja de antecesor alguno. Al impulsar vigorosamente grandes renovaciones fue recreado su Colegio, por así decirlo, cada día. Lo embelleció y lo revisió con la dignidad y decoro que hoy nos muestra. Canalizó dentro de los antiguos moldes la impetuosa corriente de lo moderno, que saludó siempre con mente y corazón abiertos, apresurándola en veces con lúcida previsión e intrepidez admirables, sin que por ello desbordara de los cauces de la más estricta ortodoxia.

Fácilmente se explica el profundo sacudimiento provocado por la muerte de un hombre que, como él mismo lo dijo de Bolívar, significó un alarde del Divino Poder. Acaso lo que sintiese mejor su luminoso discurrir por la tierra es la frase que a Monseñor se escapó un día mientras improvisaba en la cátedra sobre la figura de Goethe, frase que luego se hizo grabar en mármol como homenaje del Colegio del Rosario al "Divino Poeta" con ocasión de su centenario: "Reflejó en su vida y trasladó a sus obras la plenitud del universo".

Un alud de alabanzas sepulta ya la montaña de flores que cubrió la losa de su sepulcro, que no podía quedar sino bajo los inefables ojos

de "La Bordadita", junto a los de Fray Cristóbal de Torres y de Rafael María Carrasquilla y no cesará de hacer de él frecuentísima memoria en el decurso de las generaciones.

Pero ni la admiración que suscita su nombre, ni la gratitud de sus incontables alumnos, será bastante para colmar la oquedad de su ausencia, que es la que nos está dando la medida de lo que fue. Solo cabe desear de que el "Rector Magníficus", último de los grandes renacentistas de nuestro tiempo, dijo en ocasión memorable, en hora de honda conturbación de la Iglesia y de la Patria, para clausurar la oración fúnebre con que recibió las desterradas cenizas del Arzobispo Mosquera:

"¿Qué comience ahora la dominación de su ejemplo!"



JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Por **Alfredo Vázquez Carrizosa**

Director de "La República"

Entre los colombianos ilustres de los últimos tiempos que han descollado por su saber, su elocuencia y su patriotismo, estaba Monseñor José Vicente Castro Silva, dignísimo Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. El ilustrado sacerdote regentaba el histórico plantel desde la muerte de su eminente antecesor, Monseñor Rafael María Carrasquilla, y ocupaba la más destacada posición en la Iglesia colombiana y en las letras.

Varón eminentísimo fue Castro Silva. Quienes tuvimos la suerte de escuchar sus lecciones pudimos admirar la fácil dicción, la elocuencia, el dominio admirable de la filosofía aristotélica y tomista que explicaba como el mejor de los maestros. Aquellas lecciones le permitían administrar la docencia en una verdadera cátedra de sabiduría y continuar la tradición de Rafael María Carrasquilla, profesor inigualado y director de conciencia de generaciones que derivaron su formación cristiana, su educación y vocación para el derecho, de las horas de clase del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Hermosa tradición la de ese plantel que vio el despertar de la república civil, en cuyas aulas dialogaban José Celestino Mutis, el gaditano, profesor de ciencias y los jóvenes estudiantes de la que sería, en pocos años, al terminar el Siglo XVIII, una generación prócer. Los Camachos, Zeas, Nariños, Lozanos, Restrepos y Caldas eran discípulos de un maestro español que rompía las tinieblas de la ignorancia y le infundía el amor del cultivo de las ciencias a los mozos que por ese camino debían descubrir la libertad y los derechos del hombre y del ciudadano, al propio tiempo que la riqueza y feracidad de nuestro suelo, la variedad de nuestros climas, la altura de nuestras montañas y la posición astronómica de nuestras mesetas.

El Colegio Mayor del Rosario, como el de San Bartolomé, fueron dos hervideros de ideas nuevas, cunas de la independencia nacional. No pocos acontecimientos políticos tendrán su origen en esas aulas. En aquel claustro de Fray Cristóbal de Torres, o en el patio de San Bartolomé, a la sombra de la cúpula

de la que fuera llamada Iglesia de San Carlos, la juventud hizo proyectos de combates contra el General Melo, habló de la arrogancia marcial del General Obando, la altivez castellana de Tomás Cipriano de Mosquera, las ideas de Murillo Toro o de Rafael Núñez. Colegios fueron estos, en nuestro Siglo XIX, en el más alto sentido académico. Y foros de inquietudes y esperanzas, por añadidura.

Con Rafael María Carrasquilla, el Rosario se especializa en las humanidades. Es la mejor facultad de letras y jurisprudencia del país y, sin hipérbole, una de las más autorizadas de América. La estrechez de sus aulas no era sino una ventaja para hacer más directo el diálogo entre el maestro y sus alumnos. Con Castro Silva esa tradición se mantuvo intacta y, además, el Rosario como plantel de estudios humanísticos se complementa de nuevas facultades de economía y medicina. El Rosario, en los últimos años, se inclina hacia las nuevas ciencias sin perder la tradición antigua.

Castro Silva deja en la literatura nacional obras de una singular y rara pureza de estilo. "Prólogo y Epílogo de Don Quijote" es, para nosotros, la más original y perfecta de sus obras, donde iguala la prosa cervantina y penetra como solo han podido hacerlo los eruditos españoles, en la vida y enseñanza de don Alonso Quijano, Caballero de la Triste Figura y de los Leones, amante de Dulcinea y señor de Sancho Panza. La gracia y el estilo de la obra de Castro Silva son una de las joyas de la literatura colombiana.

La Iglesia colombiana, la Nación y los incontables rosaristas de varias generaciones se inclinarán en los próximos días ante el sepulcro de un varón egregio, eximio maestro y orador, purísimo escritor castellano. Los himnos del solemne funeral dirán las gracias a la Providencia por habernos permitido conocer a tan ilustre ciudadano.

EL COLEGIO DEL ROSARIO Y LA PATRIA

(Palabras de introducción a la lectura de las páginas escogidas de Monseñor Castro Silva en la Escuela Superior de Administración Pública).

Por Guillermo Nannetti Concha

En las grandes crisis espirituales, el hombre vuelve instintivamente los ojos al pasado y evoca los manes de sus padres. Es el momento en que recurre al patrominio cultural de la estirpe, a las calidades de la tradición familiar, para afrontar el reto del presente.

También los pueblos, en sus horas cruciales, buscan el alero de la historia.

Ese reexamen, a veces angustioso, de las tradiciones nacionales, no es simple apelación a un pasado que canceló sus cuentas con su tiempo. Por el contrario, es una invocación a lo que Bolívar llamaba el "Genio de la Nacionalidad". Es un buceo en las esencias que constituyen el propio ser histórico, y ese llamado a los próceres no inquieta tanto lo que ellos realizaron cuando lo que harían ellos —los forjadores del alma nacional— ante la circunstancia del presente.

Este sentido dinámico de la historia —que esculpe los mitos históricos en el alma de las muchedumbres— acompaña a los pueblos que son algo más que conglomerados y que se constituyen en naciones.

Para los países que hoy se califican de subdesarrollados, porque no han alcanzado altos estadios de la producción industrial, esta búsqueda del íntimo ser nacional es condición ontogénica de supervivencia.

La Revolución de las Expectativas Crecientes —signo de nuestro tiempo— sorprende a estas naciones en un período de transición de la economía agraria y pastoril a la portada de la industria. Y ante la marejada del cambio social, ante la insurgencia de los pueblos que claman por una vida mejor, trepidan las instituciones y los valores morales que constituyen el sillar y la columna, y el arco toral y la cúpula orgullosa, y el friso y el decoro de esa construcción espiritual de las generaciones que denominaron la patria.

Es el momento en que los pueblos se buscan a sí mismos; es la hora de la cita con la historia.

Porque el conflicto no puede superarse sino cuando el gobernante y el legislador; el magistrado y el sacerdote; el periodista y el político; el capitán de empresa o el obrero; el campesino o el soldado actúan dentro de una común tarea de patria; de algo que fue, que es y que será, que está presente y vigilante en el espacio y en el tiempo.

Es lo que podríamos llamar la coacción psicológica de la historia.

Para los pueblos que tienen esta conciencia de su destino, la vida pública se transforma en un vasto escenario donde los personajes —ex-celsos o minúsculos— actúan, no solo ante una opinión pública alerta, sino también ante la celosa mirada de sus muertos.

El gobernante histórico recurre al arbitrio para lograr precarios fines inmediatos.

Si la universidad aspira a ser antena al porvenir, aun en épocas como la nuestra, de "filosofía beligerante" —para emplear la expresión orteguiana— debe clavar sus raíces en la historia.

El Colegio de Nuestra Señora del Rosario es cifra de las instituciones que han contribuido a formar esa conciencia de patria, ese módulo inconfundible de la nacionalidad colombiana.

Yo evoco con gratitud y con respeto mis días de Rosarista. La austera presencia de la patria nos sobrecogía, al ingresar al Claustro, que recorriera, meditando, Camilo Torres y al contemplar, en el muro de la pétrea escalera, la "O larga y negra partida" trazada con pulso firme por Francisco José de Caldas en camino del cadalso.

Esa tradición de grandeza se afirmaba ante la efigie venerable de Monseñor Carrasquilla y se intuía la presencia de un eslabón misterioso —responsabilidad de patria y esplendor moral—, que unía a las grandes generaciones rosaristas, al acudir al secretario Carlos Lozano y Lozano, o al escuchar la voz juvenil del lector en la capilla, Alberto Lleras Camargo.

Pero solo se puede medir el significado del Rosario en la creación de la patria, por la dimensión histórica y moral de Camilo Torres, El Prócer.

Por suerte, para las nuevas promociones, ha quedado estampada la reseña de Humboldt, quien conoció al prócer granadino, cuando éste era apenas un predestinado a la Revolución.

"He conocido a Don Camilo Torres" dice Humboldt "hombre verdaderamente grande, gigante del pensamiento; domina el griego y el latín, la filosofía y la literatura clásica. Habla correctamente el francés, el inglés y el italiano y está aprendiendo el alemán, para leer los autores en sus propios idiomas. Es docto en jurisprudencia, en matemáticas y en ciencias naturales". Y lo describe como defensor de siervos y oprimidos, con una elocuencia "digna de Areópago".

En la remota Santafé andina, bajo el propicio techo del Rosario, Torres se emparejó culturalmente con las élites europeas del Iluminismo dieciochesco. Personero de una raza oprimida, a la que su palabra y su martirio ha de trocar en nación, encarna el genio de Colombia. Tres condenas de muerte ratifican la entrega de su ser y de su espíritu a la patria naciente.

He aquí la tradición dinámica de Colombia, presente ante la juventud por el carácter, por la superación intelectual, por el sentido de la justicia social, por la entrega pura a una misión de patria.

El sacrificio de los próceres y el ejemplo de los grandes rosaristas —inmanente en el Aula Mater— marca con indeleble impronta a quienes pasan por el Claustro. Es una concepción orgullosa de Colombia, a la cual debe servirse con responsabilidad, fe, honestidad y auténtico amor.

En ese espíritu de patria —que ha tenido en el Rosario su centro y su lar— se afirma el auténtico nacionalismo colombiano que inspire una actitud propia ante los hechos contemporáneos.

La creación y el mantenimiento de ese espíritu es obra común de los profesores y estudiantes. Pero es ejemplarmente, empresa rectoral.

Cuando se menciona el Externado de Colombia, o el Colegio Araújo, o la Escuela Ricaurte, se evoca simultáneamente el nombre de Pinzón Warlostón o Hinestrosa Daza o Simón Araújo o Luis Gómez Brigard.

Ahora bien: no puede mencionarse el Rosario, sin evocar los nombres del fundador, Cristóbal de Torres, o de los grandes Rectores, Nicolás Esguerra, Francisco Eustaquio Álvarez, Juan Manuel Rudas y, en los últimos tres cuartos del siglo, Rafael María Carrasquilla y José Vicente Castro Silva.

Se requería un prócer de la patria para mantener la tradición del Rosario, que según palabras de su fundador, debe ser crisol de "varones insignes, ilustradores de la República".

Fallecido Monseñor Carrasquilla, después de cuarenta años de sabia Rectoría, todos los ojos se fijaron en Monseñor Castro Silva. Y él ingresó al Rosario a continuar la obra de sus pares.

Recibió hace treinta años ese legado de grandeza y lo ha acrecido con su acervo de humanista, filósofo y maestro. Porque él, que domina las Humanidades Clásicas y señorea la Patrística, ha tenido siempre el ánimo alerta a la transformación intelectual y social de nuestro tiempo. Ha peregrinado por remotos países, buscando la verdad de esta época; ha seguido el progreso de la ciencia, ha adoctrinado sucesivas promociones de estudiantes con el espíritu abierto a la realidad presente, pero inspirado siempre en la castiza tradición rosarista de honor y de patria.

Por todo esto la juventud universitaria recibe hoy la palabra de Monseñor Castro Silva, Rector Magnífico, con el respeto que merece el hombre de Ciencias y de Letras, y con el afecto y gratitud que se deben al patriota y al maestro.

Bogotá, D. E., Julio de 1963.

UNA CLASE DE METAFÍSICA CON MONSEÑOR CASTRO SILVA

Por **Julio Gómez Gómez**
Ex-alumno Rosarista

Son las once del día en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. La campana ordena el final del recreo. Los alumnos penetran al salón de estudio. Sobre su sitial de piedra permanece el Fundador en estatua de bronce mirando hacia adelante, como si vigilara la entrada desde el centro del claustro. En medio del silencio los arcos del patio rosarista, las placas de mármol incrustadas en los muros, la secular escalera de piedra dejan oír la voz invicta del pasado.

Se anuncia la clase de metafísica que dictará en seguida el Rector. Estudiantes de la facultad de jurisprudencia, profesores y amigos también asisten. Distribuidos están en semicírculo los pupitres que ocupan los discípulos en cuyos rostros se dibujan líneas de ansiedad, porque como es sábado el tema debe ser escogido por éstos. Castro Silva es orador famosísimo, cuya asistencia a la Comedia Francesa le da un nimbo anecdótico que algunos desfiguran sin mala intención. Hay que verlo y oírlo.

Se percibe un suave aroma eclesiástico... Agil, elegante, casi solemne hace su entrada Monseñor al aula. La sotana, que encubre la mediana estatura, es de severo corte. Sobre el calzado pulido está la hebilla jerárquica que acompaña con su reflejo el ponderado paso. Se detiene ante la mesa catedrática. No ocupa la silla, ni llama a lista. En cambio, enciende el indefectible cigarrillo con delectación. Mira al auditorio en rápido escrutinio. Comienza a hablar:

"He querido que la metafísica sea en este Colegio Mayor el arte de comprender la realidad nacional. Pregunten ustedes lo que quieran acerca de esta realidad que veo aprisionada en el escepticismo colombiano, como obstáculo a la acción creadora que descuajara nuestras selvas, explotara nuestras tierras y comunicara nuestros mares... Cada uno practica a su manera la frase de Montaigne: "Yo me dejo ir tal como he venido, no combato nada..."

Todos observan al ilustre levita, como escudriñándole. Amplísima la frente. Los negros ojos de clarísima mirada parecen dirigir la or-

questación de la palabra, en perfecto ritmo con las finas manos que dibujan sobre el aire el inconfundible perfil de las imágenes. Nadie quiere interrumpirlo. Expresando su visión de la patria dijérase que es un profeta que camina sobre una cordillera. Calla de repente... Las preguntas que tenían listas los alumnos, perdidas están ahora, como débiles puntos, en la jubilosa perspectiva que el Maestro señala. Prosigue aquel silencio que sólo a él pertenece... Y continúa:

“Ahí tienen ustedes una demostración del escepticismo colombiano. Sufrimos la sed de saber lo que ignoramos, pero no confiamos en la virtud de nuestros planteamientos. Recuerden la definición que Confucio dio de sí mismo: “Soy un hombre que no se cansa de aprender ni se acobarda de enseñar”. ¡Supongan que soy como aquel que así se definió, y pregunten!”

—Un alumno. Su Señoría: explíquenos el escepticismo de que habla.

—EL RECTOR. “¡Obtener el máximo de resultados con el mínimo de energías! Esto, que es una vieja ley de economía política contra el despilfarro que el Estado suele hacer de los recursos comunes, nos ha llevado a dudar de nuestro esfuerzo —que es un gasto de energía— y a no creer en ningún resultado. Colombia es un país de potencialidades extraordinarias que ignoramos en concreto, tanto como presumimos conocer en abstracto... Dejamos a los gobiernos la tarea de buscarlo, obtenerlo y destruirlo todo... Porque algunos triunfan al socaire de la facilidad, la buscamos impacientes. Y porque otros caen vencidos ante la dificultad, la rehuímos miedosos. Unimismamos estos dos conceptos, que se excluyen, y nos sumimos en la ataraxia de los pirrónicos. Permanecemos tranquilos, sosegados o quietos. Nos negamos a intentar el desarrollo de nuestra personalidad y a contribuir como es debido al de la Nación. Nos rendimos a la excepciones y volvemos la espalda a las leyes generales de la vida. Súbitos somos del mínimo esfuerzo. Es el escepticismo colombiano...”

—Un alumno. Su Señoría: pero de esto tienen la culpa los gobiernos, que buscan otras cosas, como la persecución religiosa, por ejemplo.

—EL RECTOR. “¡Ah!”. ¡La persecución religiosa! Le contesto sin acudir a dialécticas. Mas bien le relato algo. Hace ya unos cuantos años acudió a la rectoría de este Colegio Mayor un padre de familia en solicitud de matrícula para su hijo, y me habló así: “Vengo a preguntarle si es posible que mi hijo, que tiene ribetes de libre pensador, siga sus estudios en este claustro. En otra parte le han negado el ingreso por esa circunstancia que allá estiman invencible y que relativamente se extiende a mí por ser como soy amigo de la cátedra libre”. Esto movió especialmente mi curiosidad. El solicitante era de porte muy distinguido, y su lenguaje llano me determinó a responderle sin vacilar: Este Colegio aún se rige por las constituciones de su Fundador. Muchos librepensadores, como su hijo, aquí han tenido sitio preferente. No solo no considero incompatible aquella circunstancia con la filosofía secular de la Institución Rosarista, sino que la juzgo útil para que él satisfaga libremente la necesidad metafísica que todos te-

nemos de formarnos un juicio propio de las cosas. Lo que en otra parte fue obstáculo, aquí no lo es ni lo será. Aquel padre de familia era don Alfonso López, tiempo después Presidente de la República, y su hijo, don Alfonso López Michelsen, doctor de nuestra Facultad de Jurisprudencia. Hoy tenemos un gobierno que con serenidad inocultable ejecuta las reformas del anterior, y no sé de un solo púlpito en que anide el temor. ¿Quién está haciendo, pues, la persecución religiosa de que usted ha hablado?”

—Un alumno. Su Señoría: ¿en oratoria es buena la imitación?

—EL RECTOR: “En la tierra hay pocas cosas originales. Como no estamos teorizando le contesto con una anécdota. En un pueblo de Francia las gentes sufrían el desvío más terrible en su conducta. Todas las perversiones habían asentado allí sus reales. La jerarquía eclesiástica, agotados todos los remedios, acudió a uno de sus mejores oradores para encomendarle la tarea de restaurar la virtud. El prelado subió a la sagrada cátedra en el pueblo redimible, y majestuoso inició su oración con estas palabras pronunciadas en ascendente gradación fonética: FE... FEE... FEEE..., con las cuales también terminó. Y el pueblo recorrió la fe. Varios lustros después un antiguo monaguillo, ya doctorado —que había visto el milagro— logró que lo designaran como predicador en una festividad eclesiástica del pueblo más católico de Francia. Subió al púlpito, y —en trance de imitación oratoria— concluyó su sermón con aquellas palabras inolvidables: fe... fi... fiii. Y el pueblo perdió la fe. El trágico efecto fue el resultado de un defecto de la voz...”

Y así continuaba el Rector Magnífico desarrollando los temas que le proponían sus discípulos y otros, pero especialmente los relativos a la realidad colombiana, en aquella clase de un sábado luminoso en 1941, cuando la campana anunció que había llegado la hora del mediodía. Al dejar el aula repetimos la frase de Maya en su Rosa Mecánica:

¿Qué metafísicas estoy oyendo?

ESTAMPA SECULAR

A la Memoria del Ilmo. Monseñor
JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Perfil de aristocrático vestigio,
sayal tan pulcro cual tu propia vida
y alma selecta, lámpara encendida,
ya de ciencia o virtud magno prodigio.

En ti se hizo galón el gorro frigio,
noble cruzado, sin causar herida
izaste la bandera no abatida,
de la cultura occidental prestigio.

Las centurias en claustro legendario
oirán tu enseñanza ante la historia;
y la máxima aula del Rosario

luce en rojo sillón tu testa cana:
la mitra de platino que la gloria
allí dejó para sentirse ufana.

José Antonio Castañeda Morales

LA ORATORIA DE MONSEÑOR JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Por Cecilia Hernández de Mendoza

PARTE I

(A propósito del "Prólogo del Quijote")

Monseñor Castro Silva, por más de treinta años ilustre Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, eminente prelado y maestro de juventudes, ha sido calificado como uno de los grandes oradores colombianos.

El presente estudio se ha realizado sobre el **Prólogo del Quijote y otros ensayos** (Bogotá, Imprenta Municipal, 1937). El **Prólogo del Quijote** es el discurso de recepción en la Academia Colombiana, pronunciado el 16 de Noviembre de 1934.

Este ensayo se propone destacar los rasgos principales de su estilo, así: **Términos de comparación, Fórmulas dobles, Estructura de la obra, Misterio, estructura y armonía de la cláusula, Conclusiones, El orador y el hombre.**

TERMINOS DE COMPARACION

Sea la primera vía de penetración al estilo oratorio de Monseñor José Vicente Castro Silva la de sacar a un primer plano aquellos términos de comparación de que se sirve para explicar la idea. Así puede intentarse la visión del acervo imaginativo.

El **Quijote** recata "fondos y honduras abismales" y es "corriente bulliciosa, pródiga de transparencias, engalanada con espumas de perpetuos donaires y de inacabables retozos" (pág. 4). En un mismo párrafo deja el abismo apenas apuntado mientras la corriente bulliciosa sale al paso en paisaje completo con su transparencia y sus espumas de donaires y retozos. Si el agua está en movimiento, audible y transparente, su vista se detiene en la espuma, con visión adelgazada de gracia, de blancura móvil que juega.

El **Quijote**, permanente y viviente, es "caballero andante de la tierra, donde apadrina como entre sombras, toda aventura en que andan envueltos los mortales" (pág. 7). Con lo cual es hombre de actualidad, padrino de aventuras, que son como capas.

Don Quijote "se escapa de las lindes patrias... para asistir más que nunca misterioso y enigmático a esta contienda que llamamos vida" (pág. 7). Asiste, además, a la lucha perenne como personaje de cuento de hadas, o como el Judío Errante, o como los protagonistas de aquellas novelas modernas que viven en varias épocas.

Don Quijote es un resucitado. Se levanta del sepulcro "en oyendo el clamor de la verdad que solicita defensa, de la justicia que demanda desagravio y de la desdicha inerme que pide consuelo". La voz de tres mujeres fue la causa de su resurrección.

Tan presente está don Quijote, que el autor dialoga con él: "Armado de punta en blanco, te veo salir de la huesa y correr por cuantos son los términos del mundo" (pág. 8); tras él van "las quejas que respiran los hombres" y lleva "celada de cartones, escudo mohoso y yelmo trampantojo", arreos que si ayer no lo defendieron, resplandecen hoy más que las armas de Aquiles. Aquí hay un movimiento procesional, encabezado por él, al cual siguen las quejas personificadas, quejas que son aire. Hay ambiente de magia que transforma cuanto toca.

El sexo aparece en la importancia de la obra: "la siempre renovada e inexhausta fecundidad que introduce la vida en las entrañas del texto" (pág. 9).

Un padre y un maestro se parecen a Cervantes, pues ni uno ni otro aciertan a cabalidad con el futuro del hijo o del alumno (pág. 12). Bochica ilustra la obra: "Cervantes abrió con la pluma esos raudales que anegan al hombre en la tragicomedia de la vida y que se juntaron tan apresurada y copiosamente en aquel poema de burlas y de veras, que no dieron vagar a su autor para medir la profundidad que iba colmando" (pág. 13). Donde la pluma es vara y los raudales, problemas del hombre.

Para ampliar su pensamiento, viene un paisaje: "Así se derrumban las aguas de las cuencas terrestres para formar un lago inmenso de sobreabundancia, a veces rizada por el retozo del aire, a veces centelleante con el reflejo de los cielos azules, seductora entre la guirnalda de los boscajes ribereños, fosca al paso de los nubarrones aciagos, y perpetuamente misteriosa porque debajo de esas múltiples apariencias se encubren los secretos del abismo" (pág. 13). Un paisaje concreto que define la obra, el "siempre misteriosa" invade el cuadro y los calificativos quedan impregnados: **rizada y misteriosa, centelleante y misteriosa, seductora y misteriosa, fosca y misteriosa**. A **rizada** se une el retozo del aire; a **centelleante**, el reflejo de los cielos; a **seductora**, los boscajes ribereños; a **fosca**, los nubarrones. Y el misterio del abismo al fondo, más allá de las posibilidades creadoras, llamada de lo ignoto, informa la totalidad.

El panorama interior del hombre es un campo de batalla; retrueñan sentimientos y pasiones; se perciben las "desgarraduras de la carne y el espíritu", "el contraste y alboroto de las ideas" y más en lo secreto, "las últimas delicadísimas vibraciones que tal vez embargan

y suspenden las potencias y ponen desmayo en los estambres de la vida" (pág. 14). Las referencias sensoriales, **retrueño, alboroto, desgarradura**, hacen que podamos ver fuera el campo de batalla: entonces, los combatientes en medio a los truenos y al vocerío; más allá, en lontananza, los ecos que agotan los estambres vitales. Es un paisaje con perspectivas y visto en dos planos, el último de los cuales se ve en quietud y desmayo.

Paisajes exteriores con valor de símbolo; paisajes interiores con resonancia material.

Las comparaciones reflejan estados de alma. Lo que sintió Cervantes cuando su héroe fue tratado por Avellaneda es como el sentir de Rembrandt con el destino que se dio a su Primera Ronda, o como el de un maestro que ve al discípulo en "ruines ejercicios de esos que solazan, embruteciendo", o el de quien oye una "divina frase musical traspuesta a la canción estúpida y canalla" o el de quien ve dulces prendas "profanadas por manos que ignoran el decoro y la ternura" (pág. 15). Aparecen en el discurso un artista, un educador, un hombre culto, un hombre, igualados por un sentimiento: el dolor ante el desprecio vulgar de algo intangible que ellos aman; y en esa relación enumerativa, una serie de tragedias concentradas, un apunte vivo de historias reales.

Don Quijote se arraigó "en el mundo silencioso donde la melancolía es la sombra creciente que sigue los pasos a la grandeza, donde no hay (...) sino enjambres de tácitos pensamientos, comitiva perenne de los héroes" (pág. 17). A causa de la personificación de abstractos, otro cuadro: avanza una figura humana con su sombra que se proyecta entre murmullo de abejas, comitiva a su vez de seres heroicos que se van perdiendo en lontananza (pág. 18).

La risa personificada, en impresionante repetición según las épocas, como introducción a la risa en el **Quijote**: risa mujer; mujer distinta en los tiempos; "suelta y sin rebozo" en la antigüedad; "sin alma" en la **Odisea**, compañera de los pretendientes; "transitoria y sin ecos"; immortalizada por Aristófanes y Luciano; presente en la Edad Media en "las espaciosas y ahumadas cocinas", "una nota más en el rudo concierto", muda por el temor de un "milenario fatídico y de los muchos fantasmas", "yerta e incommunicable" como "los disformes gestos de la horrible fauna"; "mansa y apacible" en el primer Renacimiento, al tiempo con la aparición de la "frágil hermosura que se encarnó en el mármol" y con las ideas eternas hechas voz en los diálogos de Marsilio; cruelmente delgada más tarde, como sarcasmo, irreverencia e ironía (pág. 18).

Una mujer, muchas mujeres, como risa, en panorama histórico de extraordinaria síntesis.

El resonar de la risa en la Edad Media lo lleva a la pintura de interiores, al rehacer "las espaciosas y ahumadas cocinas" feudales donde el vocerío, el desenfado de cazadores y de prepotentes, "tan dies-

tros en ardites como huérfanos de escrúpulos" repercutía en las cavidades de la chimenea, "hogar estrecho para los cuartos jugosos del jabalí bárbaramente empicado en las selvas y montes aledaños".

Si la risa es varias mujeres, una sola mujer es el antiguo **Cantar de gesta**: "unimismada con la historia, apegada a la realidad, avara de sus fuerzas ante los empeños quiméricos y pródiga de ellas cuando la solocitaban al rescate de la tierra natal y los lances de honra y de venganza", "de extremada sobriedad y desnuda de ornamentos y arrequives, pero muy llena de viril sensatez y de reposada energía, ajena en fin a la pasión del amor platónico, principal impulso de los caballeros andantes" (pág. 22). Lo externo de esta mujer está tan sólo en "desnuda de ornamentos y arrequives"; la descripción se sitúa en los caracteres de la psicología española.

"De telaraña" fue la consistencia de las novelas de caballerías al llegar el Renacimiento y al palidecer "los últimos resplandores de la Edad Media" (pág. 23). "La vida desgarrándose de las sobrehumanas certidumbres... sintió que entraban en esa liza terrena otras realidades, y que era menester enfrentarse con otras realidades y problemas" (págs. 23 y 24). Aquí la vida es un contendiente dispuesto a la batalla.

"Gemebundas Casandras" apellida a quienes pronosticaron el cambio, en recuerdo de la pitonisa griega.

Al describir las causas del Renacimiento nos sorprendemos ante "la hermosura antigua que saliendo de su enterramiento secular trágicamente mutilada, le traía al mundo una lección de serenidad y de mesura, más accesible y más humana que cuando resplandecía íntegra y sin pátina bajo los cielos helénicos" (pág. 24). La hermosura antigua, vista en resurrección como el Quijote, aunque mutilada.

La razón es otra mujer que "después de haberse ejercitado tenazmente en el inagotable **por qué**, empezaba ahora a divagar con ansiedad y angustia, espoleada por esta otra pregunta: **¿por qué no?**". Aquí la interrogación está tratada como cosa material; también la ansiedad y la angustia, compañeras de la razón, y la otra pregunta, como aguijón.

Recuerda a los curanderos cuando habla de los moralistas que "trataban de curar las llagas y deformaciones externas" (pág. 26), que apenas eran síntomas de la "ponzoña que destemplaba el organismo social".

Hay particular detención en la humanidad como "una masa confusa y un torbellino de existencias", como "nublado inmenso en que se suman estas vidas individuales" (pág. 32). Nublado que somete y sojuzga al hombre, que se ensancha o encoge sobre la tierra, que agobia a unas comarcas con divinas ideas o las desampara para ir a otras tierras y a otros siglos, que siembra paz o marasmo, que prodiga en una época ingenio o llueve en otras "lodo amasado con lágrimas y sangre", que se recoge "al silencio de la mudez ignara" o perturba al mundo con silencio de amenazas, que ilustra con "promesas de afianzamiento", sis-

temas, modas, intereses, para arrojarlos luego como "pavesas despreciables". Esa humanidad, nublado actuante, es, pues, antitética, dominadora, contradictoria, caprichosa, suma de hombres y diferente de ellos, semejante al Fatum pagano y poderoso.

La humanidad es también polvareda, formada por menudísimas partículas "cuyo movimiento no influye en el ir y venir de la nube entera que el viento alza, impulsa y esparce". Masa de choques atómicos cuyo movimiento no afecta la totalidad. En ella las consecuencias de los actos humanos que no pueden medirse, como no pueden medirse con los ojos las últimas vibraciones de un rayo luminoso y como no se puede percibir con el oído "la postrera remotísima onda que engendrará en el universo el tañer de una música" (pág. 33). Es también agua condensada en las "lejanías del tiempo y del espacio" que vuelve de allá como "cerrazón pujante y dominadora" que no sólo envuelve y arrebatata forzosamente a los hombres sino "les muda los entendimientos, les trueca los amores y aficiones, les quiebra las voluntades, les tuerce las fortunas, les cambia los incentivos y los agujones por sendas y caminos desusados".

El genio es un semidiós capaz de "traspasar los linderos de lo contemporáneo, de subir hasta el peligro del despeño, de amar los precipicios y pasar la raya señalada por los maestros ordinarios, de transgredir las leyes comunes de su arte, hurtarse al ordinario y vulgar modo de decir, y hacer senda y estrada por la celsitud de las cumbres o por la aspereza y dificultad de los desvíos" (pág. 35). Semidiós que rompe los tiempos, que sube y descende, que quiebra las leyes, que crea un lenguaje y un camino en las cumbres.

Sol es el entendimiento que da sombra a la persistencia en el tiempo de la figura del Caballero "hasta los últimos linderos de la historia" (pág. 39). La reminiscencia del discurso del cura de Pativilca nos pone delante de otros cuadros: el sol, el Caballero sobre Rocinante, la sombra que se pierde.

Trata la locura del Quijote como cosa que se consume en la misma hoguera de los libros (pág. 39).

La escena teatral se manifiesta cuando al hablar de la composición de la primera parte, nos muestra al personaje en ella o ausente de ella (pág. 41). Cervantes sigue a su criatura cuando va solo después de los funerales del pastor hasta la Sierra Morena. Introduce así en la obra otro personaje que es el propio autor.

Escucha una sinfonía en "los amores, cautiverios y encuentros", sinfonía de la cual el tema del Quijote es acompañamiento ocasional (pág. 42).

El fruto enjutado por las intemperies y por la "lumbre penetrante de los astros yertos" en el camino es otro cuadro que sugiere la obra como fruto, las intemperies como la suerte adversa, y los caminos como senectud (pág. 43). Se detiene en el jugo del fruto, condensado, sin acerbidad, que aquilata "sabores y perfumes" en plena madurez.

La "malicia empecatada y torticera" es contrincante del Quijote, en la segunda parte, y le engañan, no tanto su propia locura, como los "engañadores oficiosos" y la realidad que se viste de ilusión (pág. 44).

Dos personas, bondad e ingenio, se abrazan en los blasones de los maestros (pág. 45).

En la descripción de la casa de Alonso de Quijada está presente "la quietud amodorrada del pueblo", que se cuela por los muros y las maderas, que trae a la casa el silencio sutil en que se envuelven las divagaciones de la mente y las soledades del alma" (pág. 45). Los "techos y viguería descubierta" son capaces de abrigar emociones y sentimientos. La memoria del "pesebre, el hato y el corral" surge en el relincho desmayado" y en el "ladrido no muy entero" (pág. 46).

Las energías espirituales de don Quijote, hechas personas, van amorosamente al encuentro de otras: la verdad, la justicia, la rectitud, la fidelidad, el bien, el amor, la gloria (pág. 49).

La perla y el diamante aparecen en la "fábula y la bazofia" y encontradas por esas energías espirituales (pág. 49).

El ideal es persona de quien se abraza don Quijote; la certeza tiene aire equino cuando don Quijote se alza en ella sobre los estribos (pág. 49); a la adarga y a la lanza en ristre no la desvían varios seres: promesas, dádivas, sumisiones, desventuras.

"Mercancía barata", "símbolos muertos" no son las ideas para don Quijote y para quienes como él se ofrecen a su servicio.

La radioactividad se asemeja a las ideas y es así descrita: "fenómeno nacido de las fuerzas elementales que van y vienen jugando misteriosamente en el seno de la materia" (pág. 50). Esas fuerzas deben ser debidamente orientadas, como las ideas: "quien maneja incautamente el divino poderío de las ideas o el ímpetu arcano de las radiaciones lo paga con hartó dolor suyo". Presentando a un químico, explica lo que sucedió al Caballero: "habitador de un mundo donde todos los elementos se hallan naturalmente limpios y exentos de cualquier mezcla o impureza" y, llegado a esta tierra de cosas mezcladas de ingredientes extraños, se desconcierta ante las reacciones que le resultan. O a un mecánico venido a un mundo con leyes distintas de gravedad, que se empeñara en tratar el peso de los cuerpos de acuerdo con su domicilio. O a un matemático seguro de la imposibilidad de que "se amortigüe y cese el movimiento comunicado a un objeto". O a un escritor que se empeñara en hablar actualmente el lenguaje de las Siete Partidas. Así don Quijote quiso imponer en el mundo las leyes de las Caballerías.

Con las primeras lumbres que llegan a herir los ojos cansados de don Quijote" se desvanece la "llama titubeante y humosa", pero no se ahuyentan los "prestigios nocturnos". Allí viven éstos y vive la "fascinación caballeresca", hecha un hombre, Amadís, que "allí... allí... en el polvoriento lomo de un volumen tocado por los rayos del sol, resplandece como una realidad" (pág. 52).

El sol es la razón positiva, la luna la razón poética, al explicar la locura de don Quijote. El sol, "cálida refulgencia"; la luna, de lontananzas remotísimas, de las lejanías maravillosas y de las honduras y abismos inapeables", que con las constelaciones transfigura el mundo. El sol y la luna se disputan el alma del Quijote: es uno con el primero y otro con la noche: con ésta se hace extranjero donde fue ciudadano y se mueve como explorador de una **no man's land**. El sol y la luna luchan por poseerlo "como se disputaron el amor de Isolda en la perdurable tragedia wagneriana" (pág. 54).

La luna o razón poética le cambia la "herramienta mohosa" y el morrión de cartones, en "celada finísima de encaje"; le cambia el esmirriado rocín por uno más gallardo que el Bucéfalo de Alejandro. Y como el hada cambia las cosas, el caballero trueca los nombres. Llega al punto de no reconocerse a sí mismo. Esta luna —razón poética— maga, es la misma que hace que el niño cambie los "pingajos caseros" en "paños reales", la misma que hace de un vocablo el "puente ilusorio" que salva las fauces del abismo y es clave en las discordias o resortes de "pasiones exultantes". Es la misma que cambia a la mujer, síntesis que enlaza "los miembros al parecer dispersos y triviales de la epopeya cervantina".

Bajo la timidez del hidalgo, había una llama que Dulcinea no vio arder. No tuvo aquél las "blancuras que son rubor de las mejillas", pero, más que Júpiter, "que puso en el regazo de Dánae el oro de las seducciones", "enriqueció tu rusticidad con la presea de un nombre —Dulcinea— cifra y emblema de la hermosura misteriosa que en vida le dio alientos y a la hora del revés decisivo le hizo sellar con tu recuerdo la ruina final de todas sus increíbles ilusiones" (pág. 56). Aquí otro cuadro: el Quijote entregando lo mejor de sí, un nombre, símbolo de hermosura, sello de recuerdo.

Beatriz y Dulcinea, "apartadas de la realidad de esos hombres, cuya vida informabais, fuisteis para ellos inspiración y no fatalidad" (pág. 57). Compañera la una hasta la simple verdad, compañera la otra hasta la última visión.

La fascinación caballeresca es una diosa a la cual sacrifica el hidalgo la hacienda y la vida.

La idea aparece vestida de acción "para poder morar entre los hombres". El caballero, sin embargo, confundió la una con la otra.

Al explicar la idea y la acción, constitutivas de la vida, vemos a esta última vestida de diversos modos: "con el atavío espléndido de las empresas heroicas", "con las libreas pulidas de la común actividad", "con el sayo y jerga del trabajo humilde", "con el áspero cilicio de la paciencia generosa".

Imagina ante don Quijote una procesión permanente de hombres, formada por quienes abrazaron sólo la idea, por quienes avanzan con la idea y la acción, por quienes sólo tienen la acción; pero él es mártir por pretender encerrar "la idea en el molde de las armaduras caballerescas".

Al finalizar la última imprecación a don Quijote, llegan los "hilos de sabiduría incontaminada", entretejidos con "lacerias y enormes desatinos" en la trama de las aventuras: aquí, un inmenso tapiz, hecho con hilos de lacerias e hilos de sabiduría, tapiz-vestidura-mortaja de la vida y "abrigo de tu serenidad definitiva" (pág. 61).

La lanza que lleva don Quijote en el cuadro final, se transforma en la distancia: "ya va muy lejos... tan lejos que no sé si la lanza que lleva don Quijote es hierro que va a enristrarse contra los agravios de los hombres, o es saeta indicadora de nuestros destinos inmortales". Donde el espacio se hace tiempo, y la lanza-saeta apunta a la eternidad (pág. 61).

Sintetizando, hallamos los siguientes términos de comparación: abismo, corriente bulliciosa, espumas, fantasma, ciudadano del mundo, ciudadano atemporal, testigo de vida, resurrección, quejas de aire, vida que engendra, luz, energía, radio, televisión, telégrafo, aviación, hombre señalando en la esfera de la comprensión zonas henchidas de misterio, constelación de Orión, hombres del Mar Egeo, plumas, Orión, padre, maestro, Bochica, retronar, combate, alboroto, estambres, Rembrandt, maestro, hombre culto, hombre cualquiera, sombra, enjambres, telaraña, resplandores, combatientes, Casandra, curanderos, torbellino, nublado, agua, lluvia, semidiós, sol, sombra, hoguera, escena, nuevo personaje en la obra, sinfonía, fruto enjutado, jugo del fruto con sabor y perfume, silencio como cosa, pesebre, hato, corral, perla, diamante, caballo, mercancía barata, radioactividad, químico, mecánico, matemático, gramático, fascinación-Amadís, sol, luna, lontananzas, lejanías, hada, extranjero, ciudadano, maga, puente, llama, Júpiter, Dánae, estatua, procesión, idea como cosa, hilos, tapiz, vestidura, saeta, tiempo como espacio.

Dominando todas las comparaciones, una serie de abstractos como personas en que sobresalen las figuras femeninas: justicia, verdad, desdicha, risa, cantar de gesta, hermosura antigua, razón, ansiedad, angustia, malicia, locura, realidad, bondad, quietud, verdad, justicia, rectitud, fidelidad, gloria, promesas, dádivas, sumisiones, desventuras, idea, vida.

Los términos comparativos señalan, por de contado, la vasta ilustración, con referencias cultas, humanísticas, científicas. Se advierte en ellos el ánimo de escape, escape del tiempo, de la realidad circundante, con deseo de hallar lo permanentemente humano; escape del límite material, esfuerzo imaginativo por juntar lo que se ve y lo que no se ve. Ansia explicativa de agotar las comparaciones, de mostrar lo que se cree, ansia de dejar en claro que esa explicación llega hasta donde comienza el misterio. Ese deseo de escape de lo transitorio para alcanzar lo permanente se vislumbra en la figura del Quijote, fantasma, ciudadano del mundo, ciudadano de todos los tiempos, caballero andante hoy y ayer, hombre resucitado. En la personificación de abstractos, como seres vivientes de todos los tiempos domina la figura femenina a la cual imagina con determinados caracteres psicológicos, ya en distintas épocas y situaciones, ya con variados vestidos, como la vida, ya con uno solo, como la idea vestida de acción o la realidad de ilusión. La naturaleza, a su vez, es símbolo: el agua de la obra, el abismo de

la hondura interior; el aire informa las quejas; las zonas henchidas llevan misterio; la telaraña es lo fácilmente destruible; el fruto enjutado, el hombre maduro, y el jugo, su creación; la hoguera puede destruir la locura; el nublado y el torbellino son la humanidad; el sol, el entendimiento y la razón positiva; la luna, la razón poética y el hada. Símbolos son también los fenómenos de la naturaleza como la sombra y la lluvia, la una para extender en el espacio lo que permanece en el tiempo, la otra para beneficiar o aterrorizar al mundo, como humanidad. Esta doble visión característica, de hacer concreto lo abstracto, de hacer abstracto lo concreto; ese deseo de hermanar lo visible con lo invisible en un fondo de misterio, deja en el oyente la sensación de suspenso: ni lo que ve es lo que ve, ni lo que siente es lo que siente, ni lo que piensa es lo que piensa; es eso y algo más, algo más que debe ser descubierto. Es creación estética que junta y auna lo concreto, material, tangible, con lo abstracto, intangible y sumamente real. Adelante el misterio: lo eterno en que cree, pero que no puede explicar y en lo cual el hombre se pierde con las potencias en suspenso.

Ese deseo de romper barreras, de escapar hacia una permanencia atemporal de valores, no le impide permanecer en su tiempo y en su época, como se advierte en sus conocimientos de la ciencia actual y de los descubrimientos modernos y como él mismo lo dice en el absurdo de que alguien pretendiera hablar hoy el lenguaje de las *Siete Partidas* y en la imagen que da del hombre completo en el equilibrio de la idea y la acción.

Hay cosas que recuerdan otras: el ladrido y el relincho, el pesebre, el hato y el corral; o están hechas de fenómenos acústicos, como el silencio o la sinfonía, o encierran sentimientos, como los techos y la viguería.

Hay animales, hombres, profesionales o curanderos. Hay estatuas y puentes y hay seres mitológicos o legendarios, empezando por el genio, descrito como semidiós. Acerca los fenómenos de la naturaleza a los fenómenos del espíritu. Convierte la lanza en saeta, el espacio en tiempo. Por el camino de las transformaciones, transforma al mismo Cervantes de autor en cronista y de cronista en otro personaje de la novela. Hay sabores, perfumes, ondas acústicas y ondas visuales...

Todo ello, señalado así, objetivamente, indica el poder imaginativo de Monseñor Castro Silva que hace penetrar al auditorio en un mundo de magia donde toda metamorfosis es posible, donde todo ensueño tiene vida, donde toda aspiración puede concretarse: al mundo de la poesía, al tremendo poder del espíritu para crear otros seres y otros mundos.

FORMULAS DOBLES

Siendo las fórmulas dobles una constante en el estilo, se han seleccionado aquellas que mayormente se destacan: parejas de voces unidas por la conjunción *y*. Sin agotar la estadística se recogieron 178 parejas. Entre ellas hay 94 de sustantivos, 50 de adjetivos y las restantes de adverbios y verbos, con mayoría de estos últimos.

De las 178 parejas hay 94 de sinónimos y parónimos, con mayoría de éstos. En los 52 parónimos, el segundo término limita al primero. Así: Más accesible y más humana (24); íntegra y sin pátina (24); ansiedad y angustia (24); las mejores y más firmes (24); deformidades y llagas (26); morales y ascéticas (30); veo y juzgo (32); sometiendo-las y sojuzgándolas (32); cálculos e intereses (32); inaccesibles y oscuras (32); inmediatos y caseros (33); amores y aficiones (34); los incentivos y los aguijones (34); aspereza y dificultad (34); asendereados y enojosos (34); protección y sustento (36); sesuda y grave (36); desatinada e impertinente (42); inquieta y azarosa (43); empecatada y torticera (43); cortesánías y galanuras (44); techos y viguería (45); angosto y limitadísimo (47); común y vulgar (48); ruín y mezquina (48); de la rectitud y de la fidelidad (48); consciente y perentoria (49); paz armoniosa y hermosura de vida (50); limpios y exentos (50); disponer y justar (50); de extremada sobriedad y desnuda de ornamentos (22); se transtorna y descarría (50); fantasías y maravillas (23); rústica y simple (52); intriga y enredo (54); arrestos y audacias (54); sorpresas y emboscadas (54); diputó y tuvo (55); único y exclusivo (59); de cada siglo y de cada época (9); crecientes y sucesivas (9); puras y bienaventuradas (10); fija y circunscribe (11); cuya profundidad y cuya importancia (11); del alma y de la mente (13); agilidad y sutileza (13); excelsas y empinadas (14); venciendo y sojuzgando (14); estúpida y canalla (15); suelta y sin rebozo (18); transitoria y sin ecos (18); yerta e incommunicable (18); contrastes y desproporciones (18); deshecho y borrado (20).

Hay quince parejas de parónimos en que el segundo término amplía la significación del primero: maestros y señores (1); profunda y esencialmente (7); príncipes y señores (23); cuestiones y problemas (24); modas y aficiones (32); leyes y doctrinas (32); simple y profunda (35); emociones y sentimientos (45); tradicionales e inmutables (45); reposados y satisfechos (47); rústicas y humildes (48); con arrojo y valentía (52); de tomo y enjundia (4); alucinaciones y necesidades (10).

Hay veinte parejas de parónimos en que los dos vocablos están en un mismo plano significante: perspicua y ordenada (1); las glosas y comentarios (4); las críticas y las interpretaciones (4); abreviatura y jeroglífico (7); misterioso y enigmático (7); fingido y tordecillesco (8); siempre renovada e inexhausta (9); provincia y jurisdicción (10); infinitos matices y variaciones incontables (10); fórmula imperecedera y de capacidad anchísima (10); disparates y arrogancias (10); padres y maestros (12); monstruosas y pedantescas (21); truecan y desbaratan (50); fórmulas solemnes y axiomas augustos (51); sorpresas y emboscadas (54); brioso y gallardo (55); carta y fe de parentesco (57).

La mayoría de los parónimos definidores indican el deseo de claridad, de precisión; en una doble vista de cosas que se parecen, acierta con la que contrae el significado anterior, sin perder por ello su sentido. Así, en lo accesible percibe lo humano; en lo íntegro, lo que carece de manchas; en la ansiedad, la angustia; en las deformidades, las llagas... Pero si hablara de humano, sin pátina, angustia, llagas, escuetamente, quedaría faltando el concepto más amplio en donde van

situadas. Hay una razón de causalidad y de localización que lo lleva a este tipo de parejas conceptuales, además de la necesidad de desarrollo lento y pausado, tradicional en las parejas de vocablos desde la edad preclásica y a imitación latina.

Las fórmulas antitéticas son nueve: lágrimas y risas (7); de burlas y de veras (13); carne y espíritu (13); el misticismo más descarriado y la más baja sensualidad (21); aquí paz fecunda y allí letal marasmo (32); humano y sobrehumano (52); inspiran y exhalan (8); las más sutiles y las más burdas formas (23); inacabable y mortal.

No es aquí por tanto, donde se manifiesta su estilo antitético en parejas con adversativas o disyuntivas, o en proposiciones similares. En un solo grupo la idea importante ocupa el primer lugar: "paz fecunda y letal marasmo"; ello quizá por su posición desengañada.

El resto de las fórmulas hacen relación a una idea vista en dos acciones o cualidades, es decir, que los vocablos están unidos no por ellos mismos sino por el concepto que califican. Se resiste a ver una cosa escuetamente, trata de dividirla en partes. Así las espumas están hechas de "perpetuos donaires y de inacabables retozos" (4); sobre don Quijote llovieron "estacazos y pedradas" (8) de "yangüeses y follo-nes"; hay acontecimientos independientes "de la voluntad y de la conciencia". El *Quijote* refleja una serie de "sentimientos y de imágenes", de afectos y de ideas" cuya "profundidad y cuya importancia" (11) no dependen del propósito del autor. Las cocinas medievales son "espaciosas y ahumadas" y el jabalí ha sido empujado por "cazadores y preciosos y ahumados" (18). Las novelas de caballería son "monstruosas y pedantescas"; hay un género de caballería moral "frigidísimo y plúmbeo" (30). La vida es "espontánea y conservadora" y "una masa confusa y un torbellino de existencias" (32). Hay realidades que trascienden "el tiempo y el espacio" (34), que "han sido y serán" (4), "de entonces y de siempre" (10). Los cantares de gesta son "de viril sensatez y de reposada energía" (22). Don Quijote puede decirle a Cervantes "yo supe obrar y tú escribir" (39). Este llevó una "suerte adversa y lumbré penetrante" (43). Mientras la primera parte de la vida del *Ingenioso Hidalgo* fue "ordenada y simple" (47), sus potencias estaban "dormidas y desaprovechadas" (48), pero un día supo extraer de "la fábula y la bazofia" de los libros de caballería "la perla y el diamante" (48). Une "entender y sentir" (47), "moral y social" (50), "efectos y reacciones", "inteligencia y amor" (59), "justicia y caridad" (59), "lacerías y desatinos" (60), "sabores y perfumes". Ve la llama "titubeante y humosa" (52) y la frente del Hidalgo "honesta y pensativa" (56). Dulcinea une los miembros "dispersos y triviales" de la epopeya (56).

Concretando, tenemos que Monseñor Castro Silva lleva su doble visión a las fórmulas dobles unidas por la conjunción *y*, con mayoría de parónimos para dar matiz y precisión y para detenerse pausadamente en su estilo de cláusulas complejas. La mayoría de esas fórmulas son sustantivos; hay escasa manifestación de sensaciones. En ellas se comprueba la unión de abstractos y concretos.

ESTRUCTURA DE LA OBRA

La mera visión del esquema estructural indica que hay algo extraño: el tema central, don Quijote, queda al fin y muy en pequeño; la segunda parte, intérpretes, se desvía hacia un solo intérprete, Rodríguez Marín, para hacer polémica con él y valerse de ésta para tratar en amplio espacio los libros de caballerías, su historia, su exégesis, con gala de erudición. De allí, dos temas episódicos: la crítica subjetiva y la risa.

No es una estructura armónica; la gran extensión de la segunda parte, tratada en subtemas, donde no se centra la atención del oyente, parece que no va a dar cabida al caballero de la Mancha.

A primera vista se observa que no sigue las partes tradicionales de la oración: exordio, proposición, confirmación, refutación y peroración. Monseñor crea su propia estructura, un poco monstruosa, centrada en un cuerpo que no es el cuerpo, donde el tema ocupa el sitio de la peroración clásica, sin planteamiento y desarrollo y en mucha menor amplitud que los subtemas.

¿Qué importa que Rodríguez Marín recele que existan tantos Quijotes como individuos? Y ¿qué importa que no haya sido Cervantes quien acabó con los libros de caballerías? ¿Qué interés tienen estos interrogantes para el tema de la oración? En el fondo parece que esto tampoco importa a Monseñor Castro Silva. ¿Por qué entonces se ocupa tan minuciosamente de ello? Porque le permite dar muestra de su erudición sobre las novelas caballerescas, sus autores, su desarrollo, las obras que las combatieron, las que pasaron a América, las que persiguió la Inquisición, lo extraño del tema para los indios... Y le permite ser él mismo en la introducción de los episodios que realizan el núcleo central de su pensamiento: la crítica subjetiva, la risa, la vida.

Abre así la curiosidad del auditorio, el cual escucha al principio las consideraciones de la importancia de la obra y queda esperando al personaje que sólo viene al final, en genial golpe de descripción, narración y enfoque psicológico.

Toda la obra está resumida en el último capítulo y principalmente en la frase última. Esta informa la oración, está presente en cada parte. Con los episodios va el autor conteniendo el final, gozándolo con antelación. De sesenta y una páginas, cuarenta podría decirse que son introducciones. El lo reconoce: "Este largo preliminar merece excusa porque no es sino la confesión de mi flaqueza ante el empeño de mostraros lo que he creído ver en don Quijote. Por temor de desacertrar en la idea y de no saberla expresar con el decoro competente, he divagado y me he entretenido —quiera Dios que sin fastidio vuestro— por los aledaños y vecindades del asunto" (44). Algo parecido le ocurrió a Cervantes, según él dice, en la composición de la primera parte... "En resolución, es muy creíble que a Cervantes le costara algún trabajo componer esta primera parte y que al ordenar su traza le aconteciera lo mismo que cuando disponía la prefación: 'muchas veces', dice, 'tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría'. Lo cual bien puede alegarse para confirmar en pen-

samiento de Rodríguez Marín: 'así, a retazuelos y por lo que toca a la primera parte, creció el libro profano que más ha deleitado y deleita a los hombres' " (43). He dicho parecido porque si Cervantes no supo a dónde llegaría su personaje, en cambio Monseñor sí sabe a dónde va, sí conoce el final, pero no lo muestra a plena luz, dejándolo entrever en larga espera. Lo que quiere decir que la doble visión de su estilo también está aquí, cuando mira al fin y al desarrollo, cuando introduce el final en las partes.

Desde la página 4, cuando dice que el Quijote "a todos convida y a todos provoca con su opulencia", se presiente la figura que en la última página habrá de perderse en la llanura de Montiel. En la página 7, "si el Quijote vale como reseña y como sublimación, como abreviatura y jeroglífico, como símbolo y parábola de algún íntimo y universal conflicto humano", anticipamos los hilos de sabiduría con que fue hecha su mortaja. En la página 8, cuando se refiere a las alternativas que probó: "los hálitos de demencia y las querellas de amores, los homenajes burlescos, las glorias prestadas, la ruindad de los grandes, el desengaño insólito, el interés disfrazado, los comedimientos mal retribuidos, el quebranto de los nobles propósitos, la pesadumbre de la soledad, el atropello de la injusticia y el manso lamentar de los humildes", antevemos las empresas que empezarán al final cuando se pierda su figura en la llanura de Montiel; los hilos de sabiduría de su mortaja tornamos a alcanzarlos desde la página 9 por la "capacidad de prestarse a muchas interpretaciones y de reflejar o encarnar las ansiedades, los anhelos y sobresaltos peculiares de cada siglo y de cada época". En la página 11, "los alcances de la obra" llegan hasta la última frase de una espada hecha "saeta indicadora de nuestros destinos inmortales". Cuando habla de "comunicación afectuosa con los personajes de la novela y del drama, una emoción de simpatía que le haga sentir como propios los casos venturosos o desdichados que les acaecen", sutileza espiritual que permite llegar al ánimo de los mismos (13), prevemos el criterio interpretativo en la valoración de la locura del Quijote, en el último capítulo. La libertad en que Cervantes deja al lector (15) es la misma libertad con que don Quijote se entrega a su locura cuerdisima. La risa y su definición (18) adelantan la figura del hidalgo cuando se coloca los mohosos arreos y morrion simple de cartones, y cuando monta en Rocinante, caballo "esmirriado". La consideración sobre la vida (32) nos lleva a unir ese "nublado inmenso" con la figura simbólica. "Y por eso fuiste loco, ¡oh peregrino arcaico del Ideal!, a fin de que tu vida heroica fuera recapitulación de todas las vidas humanas" (60). Presentimos su salida y su llegada después de la jornada segunda, cuando se refiere a "su personalidad simbólica", tan poderosa y tan viva (37); nos acercamos a sus aventuras que seguirán el fin de la obra, cuando habla de ellas al tratar de la primera y la segunda partes del **Quijote** (39-43). De tal manera que al iniciarse el capítulo final con la descripción de la casa y cuando nos pone frente a frente del dueño, él ha estado en todas partes, no nos es desconocido; de tal manera que cuando une en los últimos párrafos la mortaja de la sabiduría con el principio de sus aventuras, podemos situar una vida y con ella "la saeta de nuestros destinos inmortales" (61).

Al centrarnos en la última parte, en la vida diaria y monótona; al contemplarlo hidalgo de villorrio; al saberlos leyendo y releyendo en las veladas silenciosas de sus cincuenta años y al seguirlo en el proceso de la locura que pretendió por causa de la razón poética obrar olvidando la razón positiva, ya ha sido la creación cervantina gozada con anticipación.

Por el mismo procedimiento de Cicerón de decir una misma cosa de distintas maneras, al ir avanzando, retrocede a lo ya dicho. Es un procedimiento de arrastre, como el avanzar de un ofidio que se contrae sobre sí para tomar nuevo impulso. Avanza y retrocede con ánimo de tener presente lo anterior. Así, cita en la página 7 la frase de Rodríguez Marín: "Mas es muy de temer que lejos de lograrlo, den al mundo tantos Quijotes diferentes como intérpretes tenga...". En la página 9 repite: "Recela Rodríguez Marín que los comentarios futuros no traduzcan las intenciones reales de Cervantes sino la opinión aislada y personal de cada intérprete". En la página 9: "Quítese a don Quijote esta capacidad de prestarse a muchas interpretaciones y de reflejar o encarnar las ansiedades, los anhelos y los sobresaltos peculiares de cada siglo y de cada época, y por el mismo caso quedará reducido a la condición de documento literario...".

Pág. 11: "Lo otro explicará este salvoconducto que tiene don Quijote para pasar de edad en edad y ser contemporáneo de todas las generaciones". Pág. 11: "Para atinar con peregrinas combinaciones de sentimientos e imágenes, de afectos y de ideas cuya profundidad y cuya importancia irán desvelándose paulatinamente a la inacabable solicitud de remotísimos lectores". Pág. 13: "Cervantes abrió con la pluma esos raudales que anegan al hombre en la tragicomedia de la vida...". Pág. 15: "Cervantes, anteviendo la muchedumbre de sentidos que habrían de buscarse y de hallarse en El Quijote, y sospechando que cada lector sucumbiría a la tentación de convertirlo en espejo de sus propias andanzas y en contrapunto de la ruindad y de la grandeza de los hombres...". Pág. 16: "Si no tuviera don Quijote muchos sentidos y no se prestara a muchas interpretaciones...". Pág. 16: "Que las gentes hallaran en su novela una mina de ideas y de imágenes inagotable...". Pág. 39: "Al enfrentarse el sol del entendimiento con el hidalgo cabalgador de Rocinante, se alargaría la sombra dominadora del gran meditabundo hasta los últimos linderos de la historia". Pág. 59: "¿Dónde están los que pueden pasar de largo ante el gran señor de los tristes, porque jamás fueron como él héroes o víctimas en esta contienda rigurosa de la idea con la acción?".

El concepto de que en el **Quijote** la humanidad se ha visto reflejada y por ello es la obra una mina de interpretaciones, va apareciendo en distintas partes hasta llegar a la interpretación del autor recreando al personaje.

Los libros de caballerías están calificados en diferentes partes: Pág. 10: "Las alucinaciones y necedades que sembraban a poder de tanta fábula mentirosa y de tanta aventura desaforada y quimérica". Pág. 10: "La sátira y parodia cervantinas han dejado de ser castigo

y escarmiento de la desenfrenada invención de los libros de caballerías, que ya no aficionan ni tientan a nadie con sus ridículas esclavitudes amorosas, ni con sus arrestos fanfarrones y pendencieros". Pág. 21: "Esas obras monstruosas y pedantescas". Pág. 21: "Por sus desenfrenadas invenciones, por su geografía fantástica y sus batallas imposibles; por sus desvarios amoratorios que oscilan entre el misticismo más descarriado y la más baja sensualidad; por su disparatado concepto del mundo y de los fines de la vida; por su abigarrada población de gigantes, enanos, encantadores, hadas, serpientes, endriagos y monstruos de todo linaje; por sus despojos y reliquias, mal zurcidos e inconexos, de todas las supersticiones del norte y del oriente". Pág. 24: "Pequeñas en su campo de acción, pueriles en sus medios, desatinadas en sus fines". Pág. 25: "Perniciosa caterva de ficciones caballerescas". Pág. 27 (definición de Alonso de Vanegas): "Sermonarios del diablo, con que en los rincones caza los ánimos de las doncellas" (siguen definiciones de otros autores). Pág. 31: "Ficciones demasiadamente profanas y hasta pecaminosas". Pág. 31: "Las portentosas quimeras que fueron pasto común y deleitable". Pág. 36: "Esa literatura mal fundada". Pág. 52: "Las monstruosidades y quimeras se multiplicaban para que crecieran y lozanearan los bríos estupendos de los héroes que se atrevían a lo humano y sobrehumano con sobra de arrojo y valentía". Pág. 54: "Los vanos retruécanos y las sutiles vaciedades y las intrincadas naderías con que Feliciano de Silva y otros aliñaron sus obras". Pág. 55: "Sentido que nunca tuvieron los hueros embolismos".

PARTE II

Doble visión de final y de medio. Contención del final regresando a ideas ya expuestas o entrando en consideraciones episódicas. Estructura inarmónica que mira al final. La fuerza expresiva de éste, de extrema sencillez, contrasta con la complejidad de la obra. Todo ello habla de un estilo barroco en el que lo clásico es la claridad de la idea y lo propiamente barroco el mostrarla en sus muchos aspectos. Esa línea tortuosa de arranque y retroceso es el esfuerzo por extraer los zumos de la idea. Los temas episódicos no son adorno sino fondos de perspectiva, marcos sucesivos de un final. Este tipo de estructura semeja una estatua, cuya elaboración se inicia en los pies, pero cuya importancia está en la cabeza pequeña, simple, armónica, con tantas posibilidades expresivas que sugiera otras tantas cabezas. ¿Por qué? Porque todo el preludio de espera para alcanzar ese final nos sorprende cuando, al llegar, comienza la vida del Quijote. Monseñor Castro Silva no gusta de finales, no gusta de rotundidades: otro panorama iluminado se abre tras la figura desdibujada; sus términos son principios de luz, caminos que se abren.

El cuerpo de la obra es una senda desviada, de desechos: es la primera emboscada. La segunda parte, **Intérpretes**, no se desarrolla en armonía: se alarga hacia un solo intérprete hasta situarse en la polémica como subtema: el pensamiento de Cervantes de acabar con las

novelas de caballerías no es lo importante de la obra sino el ser símbolo de lo humano y el prestarse a muchas interpretaciones. De ahí, la noción de crítica subjetiva, episodio de valor fundamental en la obra y secundario en la estructura. Otro episodio, la risa, es también secundario en la estructura e importantísimo para el entendimiento del Quijote. Paralela al primer subtema entra la demostración de que Cervantes no acabó con las novelas de caballerías, sigue por desechos, por desviaciones de erudición hasta llegar a otro episodio, escondido en la estructura y definitivo para la comprensión de la obra: la vida, que antecede a don Quijote, síntesis de vida humana. Por donde se ve que el cuerpo de la obra no está centrado y lo más destacado de él es como una gruta oculta, sendero sorpresivo, remanso en la subida.

No es absurdo tratar esta oratoria como oratoria de montes. Monseñor mismo tiene presentes las montañas y los despeñaderos, como si fuera ello una habitual mirada de altura y de profundidad. El abismo está en una de las definiciones de la obra: "ya parece recatar fondos y honduras abismales" (4). El poeta mira de arriba hacia abajo al señalar "en la esfera vastísima de la comprensión ciertas zonas henchidas de misterio" (11). Del monte vienen los raudales que abrió Cervantes como "se derrumban las aguas en las cuencas terrestres" (13). Hay altura en las cosas sagradas "éxcelsas y empinadas" (13). Hay visión de altura en la humanidad como "nublado inmenso en que se suman todas esas vidas individuales". Ensanchándose o encogiéndose sobre la haz de la tierra (32), "cerrazón pujante y dominadora" (34). Es típica en él la definición de genio que se atreve a "traspasar los linderos de lo contemporáneo, de subir hasta el peligro del despeño, de trascender las leyes comunes de su arte, de hurtarse al ordinario y vulgar modo de decir y hacer senda y estrada por la celsitud de las cumbres, por la aspereza y dificultad de los desvíos" (34). No lo abandona la altura ni en la descripción de la casa del Quijote, donde da importancia a la escalera, cuyos peldaños están "hechos para que al subir o al bajar se puedan hacer holgadamente muchas estaciones y pausas" (45) y a "los techos y viguería descubiertos", guardadores de emociones y sentimientos. La voz de elevación que llama da la sensación material de la subida: "libre de esa voz interior, ingrata a los hábitos reposados y satisfechos, que clama de continuo: ¡más lejos, más alto, más arriba!" (47). Mira a la altura cuando ve a don Quijote "cabalgando en el corcel alado hacia los reinos mágicos de Oberón y Titania" (52). Hay visión desde la altura cuando habla de "las lontananzas remotísimas, de las lejanías maravillosas y de las honduras y abismos inapeables que al conjuro de la luna y bajo el centelleo de las constelaciones, ensanchan y transfiguran este punto terrestre que habitamos" (53).

Imagina a don Quijote en el monte cuando se torna explorador de "una **no man's land** preñada de sorpresas y emboscadas" (54). Torna el abismo cuando el vocablo es "puente ilusorio que salvará las fauces negras de algún abismo filosófico" (56). La figura del Quijote es vista desde la cumbre en el último párrafo: "la vida va a comenzar cuando Alonso Quijano se pierda en el horizonte de esta llanura de Montiel" (61).

MISTERIO

Ligado al monte, al abismo, a la ascensión, está el misterio, ya nombrado directamente, ya sugerido. Misterio, acicate para descubrir; misterio en permanencia hasta donde el hombre no llega; misterio, inspiración artística; misterio, razón de una doble mirada que ve lo inaccesible y que, sin embargo, lucha por llegar, sabedora de que en último término sólo queda el asombro.

Don Quijote asiste "misterioso y enigmático a esta contienda que llamamos vida" (6). Este misterio tiene raíz en lo sobrenatural: "la inteligencia que en lo natural camina de descubrimiento en descubrimiento y de sorpresa en sorpresa, así como en lo sobrenatural se alimenta de crecientes y sucesivas claridades" (9).

Hay misterio en el genio que "pensando enderezar su obra a un intento bien definido y circunscrito por el tiempo y el espacio, acierta a crear la fórmula imperecedera y de capacidad anchísima" (10).

Hay misterio en el "proceso genial, independiente de la voluntad y de la conciencia del autor, que le abrió camino para atinar con peregrinas combinaciones de sentimientos e imágenes" (11) y sobre el cual la historia literaria guardará silencio. Pero el genio tiene capacidad de señalar "ciertas zonas henchidas de misterio...", encomienda una labor perpetua e "incita a multiplicar invenciones" (12).

La oscuridad es misterio: "esta medrosa e insondable oscuridad que nos circunda" (12).

El misterio está en el fondo del Quijote, y Cervantes no pudo "medir la profundidad que iba colmando", como la sobrehoz tranquila de un lago es "perpetuamente misteriosa porque debajo de estas múltiples apariencias se encubren los secretos del abismo" (12).

Hay misterio tras los sentimientos, pasiones e ideas que bullen en el ánimo, en "las últimas delicadísimas vibraciones que tal vez embargan y suspenden y ponen desmayo en los estambres de la vida" (14), a donde no se llega por técnicas ni artificios gramaticales sino por "una manera de comunicación afectuosa... una como agilidad y sutileza espirituales que le habilitan para entrarse por el ánimo de los protagonistas", simpatía despertada por la emoción de lo bello que es entonces puente de penetración espiritual. El camino de la estética, que es vida, se junta con el camino filosófico del conocimiento para palpar, pudiera decirse, el misterio que se asienta en la profundidad del alma humana, simpatía que no es simple "agudeza del pensar que no harta el ánimo" sino camino de vida total. Ese misterio reside en la "porción celeste que se encierra en el deleznable vaso de la carne" (14).

Don Quijote es "manchego misterioso" (17).

Hay misterio en la resonancia de nuestros actos que, sumados a los actos del hombre de todos los tiempos, darán "las leyes que moderan la aventura humana" (33). Seguirlos es imposible, como es im-

posible "seguir con los ojos un rayo luminoso hasta el extremo límite en que pueden parar sus vibraciones" o "la postrera remotísima onda que engendrará en el universo el tañer de una música". La humanidad vive en el misterio de la vida que la domina como "nublado inmenso"; los hombres van a él, "insensibles al ritmo providencial que la impulsa [a la humanidad], impotentes para perturbarlo e ignorantes de las normas soberanas que lo miden, y que a fuerza de ser inaccesible y oscuras llegan a parecernos fatales" (33).

El genio penetra en el misterio de la vida humana para explicarlo como belleza: traspone "los límites de la vida inmediata", pone "su blanco en este revolverse de la humanidad" (33). Así, la forma bella da lo que la razón no puede; lo bello es manifestación de pleno conocimiento. De ahí que el pensamiento sea engendrador de goce estético: donde termina el pensar, viene la imagen que explica, la forma concreta, y con ella, el goce. El pensamiento hecho contemplación deja la sensación de lo plástico. Por ello, los problemas que presenta están realizados para el último goce formal, que entraña el misterio y hasta el cual no llega la mente. De ahí también su plasticidad inacabada, su gusto por lo no terminado, su deseo de no dar finales: que la forma sea forma que sugiera otras formas, que invite a quien la ve a otros descubrimientos en zonas ocultas. Ahí el asombro sin palabras, la mayor alegría, "la suspensión de las potencias", el éxtasis vital. Hay mayor goce en la contemplación de las verdades eternas que en el tratar de explicarlas: el Todo está en el misterio, en la "Idea Pura, imperturbable, soberana".

Por eso al final del discurso hay más deleite en la iniciación de la vida caballeresca de don Quijote que en la descripción psicológica y ambiental: tras las palabras de Monseñor, hay un más allá. Misterio, goce, acicate supremo para desentrañar, éxtasis, melancolía de no llegar... Y la sabiduría como "quintaesencia del desengaño". Ese misterio de la vida de la humanidad, fuera del tiempo y del espacio, suma de actos cuyas fuerzas operan fatalmente, da a los ascéticos y místicos lecciones de "saludable desengaño y heroico desasimiento" (35). Misterio y desengaño van unidos, misterio y melancolía. Todo lo cual enmarca la frase del Quijote: "vivir muriendo" (35).

Al estudiar la factura del Quijote explica cómo el genio, al apuntar a esas zonas misteriosas, no sabe cabalmente lo que hace, está envuelto en el misterio. Cervantes tuvo una idea para realizar la obra y la obra no vale por ella. Cervantes no vio al personaje de la misma manera al principio que al fin (37): no es el mismo el que con visera de papelón provoca la risa de las mozas y el que "hechiza la fantasía y el pensamiento de infinitos lectores con la sabiduría desengañada que se le rebalsó en el alma y puso resplandores en su triste figura". A Cervantes se le salió el personaje de su propio control, hasta enfrentarse con él: "te engañaste pensando haber engendrado un personaje de esos que tienen colgada la vida del hilo de una narración, y que no pudiendo salirse de las páginas de un libro, se desvanecen al punto en que se cierra" (39). Y hasta ser su cronista: "...de manera que por luengos siglos se diga que 'yo supe obrar y tú escribir'" (39). Misterio

de la creación que obliga al autor a realizar lo que no pensó y que Monseñor explica como maestro de la crítica al seguir los distintos episodios de la factura de la primera parte, para llegar a la conclusión de Rodríguez Marín: escrita "a retazuelos" (43).

Hay misterio en el cambio de vida del hidalgo de pueblo en caballero andante. Y aunque él lo explica por unas energías "dormidas y desaprovechadas" a los cincuenta años, que no habían tenido "estimación equitativa de los hombres y del mundo" y que se soltaron repentinamente a causa de los libros de caballerías, en busca de lo absoluto y lo perfecto en un mundo de relatividades, no dice el porqué no siguió el camino oscuro de tantos otros. Ahí, otra vez, el misterio.

Hay misterio en las ideas, "prole y descendencia de lo universal, reflejo y emanación de lo absoluto" (49), y hay hondo misterio en la semejanza de los fenómenos de la materia y del espíritu, cuando compare las fuerzas ocultas "que van y vienen jugando misteriosamente en el seno de la materia" a las ideas "efluvio perceptible de lo Absoluto...". "Con estar una y la otra preñadas de energía potente y saludable, que ora engendra paz armoniosa y hermosura de vida moral y social, ora se descoge en multitud de invenciones que aunan la maravilla con la utilidad, no es sino muy cierto que quien maneja incautamente el divino poderío de las ideas o el ímpetu arcano de las radiaciones lo paga con hartazgo dolor suyo" (50). Hay misterio en la capacidad del hombre para huir del tiempo y del espacio, para vivir lo soñado como ocurrió a don Alonso en "noches amables más que el alborada", cuando huía de "la casa dormida" (recuerdo de San Juan de la Cruz) para cabalgar en el "corcel alado hacia los reinos mágicos de Oberón y Titania".

Hay misterio en el resplandecer de la fascinación caballeresca como una realidad, en un nombre tocado por los rayos del sol.

Finalmente, el misterio lunar de la razón poética, frente a la claridad de la razón positiva. "La luna, toda misterio y vaguedad", necesaria al mundo como el sol, con sus "lontananzas remotísimas", sus "honduras y abismos inapeables", que "ensanchan y transfiguran este punto terrestre que habitamos" (53-54).

El misterio de la noche y de la razón poética, creadora, se apodera del Quijote para hacerlo peregrino donde era ciudadano y explorador de secretos donde todo le era familiar. Cambia entonces las palabras, y con ellas, la realidad: el vestido, el rocín y a sí mismo, y hasta la mujer, Dulcinea, "cifra y emblema de la hermosura misteriosa que en la vida le dio alientos" (56). Allí, en Dulcinea, el misterio de la presencia espiritual, del ideal humanizado, del pensamiento que rompe las distancias e informa una existencia.

La oratoria de Monseñor Castro plantea el problema del hombre rodeado de misterio e informado por él. Trata la inteligencia de descifrarlo y va "de descubrimiento en descubrimiento", pero se detiene en lo sobrenatural, real, inexpressable e incomprensible, donde no hay descubrimiento sino "sucesivas claridades". Allí la mente no llega; su

imagen sólo puede darle el arte. Lo bello es, pues, la permanente expresión del misterio. Entre el misterio inalcanzable y la realidad, está la idea, reflejo de lo Absoluto, directriz del mundo, que aparece "vestida de acción". Hay misterios alcanzables, acicates, enigmas, que han de ser aclarados. La belleza es también expresión de estos últimos.

El valor de lo bello es el de ser símbolo en forma adecuada. Entonces, entre el pensamiento y la realidad está la belleza, que por serlo, debe abarcar todos los órdenes de la vida: moral, intelectual, sentimental.

Cuando el artista realiza una forma, expresa en ella un misterio. La vida del hombre debe realizar el misterio interior que pide perfección y armonía, elegancia como selección. Debe ser ascensión permanente, como su estilo, obra arquitectónica en escalas: no de tipo funcional y cómodo a la molicie, sino apenas para pasajero reposo y cobro de fuerzas para la subida; ansia de altura con un cuerpo sujeto a la voluntad y que llega a ser también insaciable en la persecución de la meta.

Y por ser lo bello manifestación del misterio, lo único que encarna lo impalpable, al final del Prólogo esas imágenes le sirven para unir la muerte del personaje con la vida del mismo que empieza; para unir las "lacerias y desatinos" a los hilos de "sabiduría incontaminada" y realizar con unos y otros la mortaja y el abrigo de la serenidad, hasta ponernos frente a la salida: "Una mañana, antes del día, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa del corral salió al campo". Y le sirven para que la vida, esa vida, "nublado inmenso", comience cuando se pierda en la llanura hasta no saberse si la lanza "es hierro que va a enristrarse contra los agravios de los hombres, o es saeta indicadora de nuestros destinos inmortales" (61). Donde cambia la realidad y el camino no es en el de Montiel, el espacio no es espacio sino tiempo, y la lanza se convierte en saeta que marca destinos eternos. Una frase, y la realidad se torna perennidad para expresar el misterio.

Ese misterio no se detiene, continúa en el principio de la vida y fin de la obra como un eterno interrogante en que se junta la figura del Quijote y el panorama que se abre para ser conquistado. Donde el amor a la forma bella tiene cabal expresión.

ESTRUCTURA Y ARMONIA DE LA CLAUSULA

El autor se dilata en largas cláusulas a la manera cervantina, de proposiciones contrapuestas y rítmicas como en Cicerón, de factura difícil y continuas amplificaciones. Es cláusula analítica que se va desenvolviendo lentamente con morosas detenciones, sin prisa, con deseo de explicarlo todo hasta agotar el significado.

La idea escueta no aparece en este estilo barroco en que el significativo domina al significado sin ahogarlo, antes para presentarlo de

manera nítida. Oscuro no, pero difícil en ocasiones cuando, por excesivo análisis, oculta la frase principal. Desde la primera cláusula nos damos cuenta de su estilo:

Una costumbre / abonada por el ejemplo costante de los académicos franceses, / y seguida apenas de tarde en tarde por los españoles, / pide al que llega a recibirse como miembro de número de estas doctas corporaciones / que pague y reconozca el honor que se le dispensa / con un elogio finamente acendrado de su antecesor (1).

La idea es sencilla: a quien es nombrado académico se le pide el elogio de su antecesor. El desarrollo, lento: quien pide el elogio es "una costumbre", una abstracción personificada. Esa costumbre no va sola sino ilustrada por otras nociones: el abono de los académicos franceses, su escaso cumplimiento por los españoles. La idea 'académico' va ampliada en perífrasis: "al que llega a recibirse como miembro de número de estas doctas corporaciones". Antes de llegar al elogio agrega el reconocimiento; finalmente el **elogio** no va sólo sino calificado por **fino** y **acendrado**. Son ideas con acompañamiento, como respuesta tonal, al fondo. Pero ese acompañamiento tampoco va solo: la referencia a los académicos franceses se une a la costumbre española; **pagar** va con **reconocer**. La parte más importante ocupa lugar secundario: la noción 'nuevo académico' aparece como complemento indirecto del verbo y hacia la mitad, semioculta y en perífrasis, en larga perífrasis que hace de **recibirse** una frase verbal, **llega a recibirse**, y en que **corporaciones** lleva el calificativo de **doctas**.

Puede dividirse la cláusula en seis núcleos rítmicos cuyo acento recae en **costumbre, franceses, españoles, corporaciones, dispensa, antecesor**. Un solo verbo, dos abstractos, un sustantivo, común, dos gentilicios. Tiene por tanto un ritmo sustantival, ritmo de nombres en que la acción y la calificación tienen menor importancia. El primer núcleo consta de cinco sílabas, el segundo de 22, el tercero de 17, el cuarto de 27, el quinto de 15, el sexto de 18. La cesura del segundo núcleo va en la sílaba 11; la del tercero, en la 11; la del cuarto, en la 15; la del quinto, en la 9; la del sexto, en la 11. Del corto núcleo primero, un tema que ha de desarrollarse rítmicamente, van ampliándose los núcleos hasta llegar al máximo en el cuarto, que desarrolla la idea principal. En seis núcleos hay acentos secundarios endecasílabos, donde parece que se sustenta la musicalidad.

La cláusula consta de cinco proposiciones, así:

Pide	A
llega a recibirse-	a
pague	a'
reconozca	a'
dispensa	a" ¹

¹ Las mayúsculas indican proposiciones subordinantes. Las minúsculas, subordinadas; los exponentes, orden de subordinación.

En este engranaje la primera palabra, **costumbre**, se resume en elogio finamente acendrado de su "antecesor". De donde la última proposición subordinada con su complemento circunstancial, viene a unirse al sujeto de la principal, en una especie de círculo que redondea la cláusula. Nada se ha perdido en la amplificación: el final mira al principio...

Veamos otra cláusula:

Después sobrevinieron con ritmo siempre acelerado, / en España y fuera de España, / las glosas y los comentarios, / las críticas y las interpretaciones de tomo y enjundia / que fueron revelando paulatinamente, / ora los primores y documentos lingüísticos que se archivan en el frasear de Cervantes, / ora el caudal filosófico que corre desatado por las páginas del libro / y que según sea el ánimo que lo contempla, / ya parece recatar fondos y honduras abismales, / ya semeja corriente bulliciosa, / pródiga de transparencias, / engalanada con espumas de perpetuos donaires y de inacabables retozos (4).

Repite aquí la idea de la página tercera en que habla de los comentaristas del texto y del espíritu de la obra. Cumple con ese volver sobre lo dicho a que hemos hecho referencia. Inicia la cláusula con un adverbio de tiempo que la une a la anterior. Ello tipifica también su estilo, de textura sintáctica vasta y entrelazada, que no se resigna a terminar sino que continúa en otras cláusulas. De ahí la cantidad de proposiciones independientes iniciadas por "después", "lo cierto", "que tales", "y lo es", "en efecto", "y convendréis también", "ninguna de sus alternativas", "lo otro", "de esa manera", "a esto lo llaman", "lo que así vale", "ninguno lo entendió", que pueden considerarse puentes tendidos hacia atrás. Este tipo de cláusulas complejas, como la estructura de la obra, demoran el final que informa el pensamiento. Es decir que en **sobrevinieron** están presentes las "honduras abismales" y las "espumas de perpetuos donaires". Para llegar allá pasa por las nociones de lugar de los comentaristas, tipos de comentarios, y se detiene en uno de ellos y en la obra como abismo y agua.

La doble visión característica se ve en las parejas "en España y fuera de España", "las glosas y los comentarios", "las críticas y las interpretaciones", "de tomo y enjundia", "ora los primores y documentos...", "ora el caudal filosófico", "ya parece recatar", "ya semeja corriente", "de perpetuos donaires y de inacabables retozos".

La estructura sería:

A
a
a' -a'
a"
a''' a'''.

Hay una principal y una subordinada de la cual penden dos, una que se desprende, de la cual penden otras dos. Es una perfecta arquitectura.

Hay un cambio sorpresivo en la comparación final, pues viene definiendo; hay un cambio sorpresivo en la diversa manera de orden de las parejas proposicionales: "ora los primores y documentos lingüísticos que se archivan en el frasear de Cervantes, ora el caudal filosófico que corre desatado por las páginas del libro", en que el sujeto compuesto "primores y documentos" no corresponde al sujeto simple calificado "caudal filosófico"; "se archivan en el frasear de Cervantes" tampoco corresponde a "que corre desatado por las páginas del libro", en donde ocupa el mismo lugar un complemento circunstancial y un abjetivo verbal, un complemento adjetivo y un complemento circunstancial, para terminar el último en un complemento adjetivo.

En las parejas "ya parece recatar fondos y honduras abismales", "ya semeja corriente bulliciosa pródiga de transparencias, engalanada con espumas de perpetuos donaires y de inacabables retozos", la frase verbal no corresponde al verbo con complemento directo, y mientras se corresponden los dos complementos directos que siguen, el de la segunda proposición se alarga en otro calificado por una pareja. Así, aunque la estructura es armónica, el autor cambia la ordenación y, al sorprender, despierta la atención. Por otra parte, si el principio mira al fin, el clímax de la cláusula no ocupa lugar principal: reside en "el caudal filosófico que corre desatado" y en "los fondos y honduras abismales" cuya resonancia llega hasta las espumas. La cláusula es otro círculo cerrado: el principio mira al fin, el fin se demora, la parte principal, oculta, resuena a lo último. Es claramente cláusula ascensional; el comienzo, la base, no tiene la importancia del término de comparación, al cual llega después de una serie de comparaciones que envuelven lo principal. La cumbre, **espumas**, se vuelve al principio, pero indica un nuevo camino. Es un estilo de insatisfacción en que el pensamiento necesita ser repetido en análisis y exposición incansables.

Encontramos doce núcleos rítmicos, cuyos acentos van en **acelerando**: **España, comentarios, enjundia, paulatinamente, Cervantes, libro, contempla, abismales, bulliciosa, transparencia, retozos**. Siete sustantivos, tres adjetivos, un verbo, un adverbio. Comprobamos el ritmo sustantival, de nombres, pero de nombres de acción, abstractos; sólo hay un sustantivo concreto, y dos nombres propios. El primer núcleo lleva 16 sílabas; el segundo, 9; el tercero, 9; el cuarto, 17; el quinto, 13; el sexto, 22; el séptimo, 23; el octavo, 18; el noveno, 16; el décimo, 11; el undécimo, 7; el duodécimo, 25. Como en la analizada anteriormente, el ritmo es impar y la musicalidad la llevan los acentos secundarios, así: en el primero, la sílaba 6; en el segundo, la 3; en el cuarto, la 10; en el quinto, la 6; en el sexto, la 13; en el séptimo, la 7; en el octavo, la 7; en el noveno, la 7; en el décimo, la 6; en el duodécimo, la 8. El ritmo interno se sostiene entre seis; siete y ocho. Los núcleos son amplios y variados, se repiten, breves, en las enumeraciones; los otros son de gran aliento con un máximo de 25 sílabas.

El cursus es grave: **retozos**.

Ejemplo tercero:

Y convendréis también / en que, mirado así, / se escapa el ingenioso hidalgo de las lindes patrias, / donde fue asunto de sabias glosas y de entrañable regocijo, / para asistir, más que nunca misterioso y enigmático, / a esta contienda que apellidamos vida (8).

La estructura:

A
a
a'-
a'.

Los núcleos rítmicos son seis: 7, 7, 10, 19, 16, 12.

Acentos rítmicos llevan también, así, patrias, regocijo, enigmático, vida.

Como en las cláusulas anteriores, hay más núcleos rítmicos que proposiciones, lo cual confirma su estilo sustantival, más cantidad de nociones de cosas que de acciones, cuya explicación va ampliando en movimiento lento.

Esta cláusula es también una llamada a la anterior y a su vez va a ser continuada por otra. La proposición principal es el enlace; la subordinada de primer grado repite la idea de la anterior; la primera subordinada de segundo grado repite también algo ya dicho sobre los comentaristas; el "asistir misterioso y enigmático" es otra forma de lo expuesto en "apadrina como entre sombras"; "esta contienda que apellidamos vida" entraña el pensamiento de "apadrina como entre sombras toda aventura en que anden envueltos los mortales". Pero, expresando lo dicho en otra forma, lo amplía: "apadrinar entre sombras", sí, pero "misterioso y enigmático"; "la aventura de los mortales" está clara en "esta contienda que apellidamos vida". Es el estilo de ofidio, que se vuelve sobre sí, pero avanza o define al hacerlo.

Don Quijote escapa de las lindes patrias; en un instante dado ese escapar del espacio se torna en escapar del tiempo. Si sale de España será para vivir en otras naciones; pero sale, además, para vivir todos los tiempos, en la misma vida del hombre. Al regresar para sintetizar lo dicho, trae a la cláusula la noción de vida que ha de continuar adelante.

La idea central sería: don Quijote está presente en la vida de la humanidad. Trata al hidalgo como persona viviente, trayéndolo presente al discurso: al llegar al final ese individuo se universaliza, deja de ser un hombre en determinado tiempo y espacio, para cubrir todos los tiempos. Es una presentación fantasmal y misteriosa, tal como el estilo.

Por lo demás, la noción de vida como lucha y contienda está varias veces expresa, principalmente como lucha interior. La cláusula está realizada, como las demás, con una voz cantante y su acompañamiento, así:

(Voz cantante) y convendréis también
(acompañamiento) en que mirado así
(voz cantante) se escapa el ingenioso hidalgo de las lindes patrias
(acompañamiento) donde fue objeto de sabias glosas y de entrañable regocijo.
(voz cantante) para asistir más que nunca
(acompañamiento) misterioso y enigmático
(voz cantante) a esta contienda
(acompañamiento) que apellidamos vida.

Hay, pues, un primo y un segundo, un segundo que va subrayando y ampliando la noción dada. La doble visión del estilo se refleja aun aquí, donde hace que un mismo núcleo rítmico se quiebre en dos voces.

Otra vez se presenta una constante: ninguna idea sola, siempre acompañada, adornada, particularmente realzada. Marco, engaste de piedra preciosa, tratamiento respetuoso. El sentido del adorno como expresión de algo interior, de lo interior que debe mostrarse, debe salir. Exprimir las posibilidades de una idea, repetirla en distintas formas, señalar sus matices, mirarla bajo diversos ángulos, ampliar su presentación hasta el agotamiento. Todo ello nos da un significante mayor que el significado, en que el adorno envuelve la idea, no para ahogarla sino para mejor mostrarla; estilo de acertijo que impulsa a buscarla donde está, como él dice, "pura, imperturbable, soberana".

Ejemplo cuarto:

¡Oh buen Caballero! / De nada sirvió que tu engendrador se empeñara en sepultar tus huesos cansados para que no hicieran tercera jornada y salida nueva; / bueno es eso para que ningún escritor fingido y tordecillesco se atreva a menearlos en obsequio a los burladores de oficio, / mas no para estorbar que te levantes en oyendo el clamor de la verdad que solicita defensa, / de la justicia que demanda desagravio / y de la desdicha inerme que pide consuelo (8).

La idea principal, "mas no para estorbar que te levantes", no ocupa lugar importante; sus complementos la continúan al final, como un eco.

La estructura:

A
a
a'
B
b'
b''
b''' -b''' -b'''.

En seis núcleos rítmicos hallamos nueve proposiciones; es, por tanto, una cláusula de gran aliento. Ocurre algo distinto a lo ya visto de más núcleos rítmicos que proposiciones.

El número de sílabas es de 6, 39, 39, 29, 13, 14.

Llevan el acento **caballero, nueva, oficio, defensa, desagravio, consuelo**.

Otra vez, los sustantivos abstractos dominando. Tiene tendencia a nombrarlo todo, pero a nombrar principalmente aquello que no puede verse; a concretar en un nombre acciones, cualidades, sentimientos... Todo, porque esa facultad humana de denominación "salva las negras fauces de algún abismo filosófico".

La musicalidad va sobre la letra **e: e-e-i-e-a-e-**. Pero el ritmo interior, donde hemos visto que reside la armonía, lo lleva la letra **a**.

Partiendo de un núcleo pequeño de invocación, en diálogo directo con don Quijote y esforzándose por continuar trayéndolo vivo al discurso, viene un segundo núcleo de tres proposiciones a dos voces; núcleo que repite la idea de que uno es el propósito del autor y otro el valor de la obra; de nada sirvió que el autor sepultara a su héroe: el espíritu, parece decir, no se sepulta. Da al Quijote la forma de fantasma, de resucitado, en el núcleo cuarto que encierra la idea principal. Las causas de esa resurrección son los clamores de la verdad, la injusticia y la desdicha. Con lo cual don Quijote, protector, aparece como una especie de apóstol laico. Si verdad y justicia aparecen con necesidad de ser defendidas, la desdicha, en cambio, y no la felicidad, lo llama: como si, no existiendo ésta en el mundo, sólo pueda pedirse consuelo al dolor. La felicidad no necesita defensa porque no existe... Es el desengaño.

El ritmo de ascenso fatigante sintetiza ideas anteriores; va siendo más lento cuando penetra al meollo de la cláusula, cuyos ecos la terminan. La doble visión está en el tercer núcleo, "bueno es eso para que", contrapuesto a la adversativa "mas no para estorbar". La proposición principal "de nada sirvió" muestra un aspecto frecuente en la oración: la frase negativa, que nos lleva casi siempre a una afirmación.

Esta cláusula, y las ya vistas, muy complejas, guardan completa unidad y jamás se adelgazan tanto que hagan olvidar el punto de partida; no se encuentran subordinaciones de más de cuarto grado.

La invocación "Oh buen caballero" va unida a la frase final, "la desdicha humana que pide consuelo"; el principio vuelve a mirar al fin, pero ese fin implica el levantarse don Quijote de la tumba al escuchar los clamores.

Ejemplo quinto (compara el sentimiento de Cervantes ante el **Quijote** de Avellaneda con sentimientos similares):

Como pudo sentir Rembrandt el primer destino que se dio a la Ronda Nocturna; como puede llorar un maestro la suerte infausta que condena las capacidades indecibles y ya razonablemente entrevistas de un discípulo, a emplearse en ruines ejercicios de esos que solazan, embruteciendo; como puede sufrir el que oye una divina frase musical arrancada del conjunto que informa y traspuesta a la canción estúpida y canalla; como puede lamentarse el que ve dulces prendas, recordatorio sacro de antiguas emociones, profanadas por manos que ignoran el decoro y la ternura.

Esta larga enumeración comparativa inicia una cláusula sumamente compleja. La comparación es definidora en su estilo. Es una cláusula de subordinadas, iniciadas por la comparación y el verbo **poder** en frase verbal:

- 1) a-a'
- 2) a-a'-a"
- 3) a-a'-
- 4) a-a'-.

Tomemos el primer núcleo rítmico:

a-a': Consta de veintidós sílabas. Pero lleva subnúcleos muy breves: "Como pudo / sentir Rembrandt / el primer destino / que se dio a la Ronda / Nocturna" (4-4-6-3). El acento va en **u-e-i-o-u**.

Tomemos el tercer núcleo:

a-a': "Como puede / sufrir el que oye / una divina / frase musical / arrancada / del conjunto que informa / y traspuesta / a la canción estúpida / y canalla" (4-5-5-6-4-7-4-7-4). Van acentuadas **e-o-i-a-a-o-e-u-a**.

Esta musicalidad interior indica el esfuerzo por destacar cada vocablo en un gran conjunto; para que no se pierda ninguna noción.

La enumeración comparativa manifiesta su doble visión en antítesis: "divina frase musical", "canción estúpida y canalla"; ejercicios que "solazan, embruteciendo". Manifiesta también el arte de situar vocablos rudos, en tal forma que suenen apropiadamente: **embruteciendo, estúpida, canalla**.

Según Quintiliano, "se habla como se vive". Tal se ve en el estilo de Monseñor Castro Silva. En la enumeración citada está la sensibilidad personal de quien contempla el fracaso de quien ama, de quien ve despreciar sus tesoros; el afecto del maestro al discípulo, el afecto a los recuerdos simbólicos, el respeto a los valores estéticos, todo está en él, en su mente hacia lo alto que reacciona indignada ante la vulgaridad.

Monseñor habla como vive, y vive en generosidad, con abierta compasión hacia la natural flaqueza humana, pero situada en camino ideal de perfección formal, símbolo de perfección de espíritu.

Esta presentación de ideas acompañadas, esa presentación semi-oculta de lo más importante, el eco resonante, la minuciosidad rítmica, su sentido musical, ese difícil arte de su oratoria, responde a la majestad de una presencia impecable que se oculta discretamente para atender, con sobra de gentileza, las necesidades ajenas; presencia que se va mostrando lentamente en llamadas al interlocutor, en doble visión de abrir caminos y de crear con ellos.

Pero se hace más clara la noción de hablar como se vive cuando, sin atención al hilo del discurso y sin tener presente su abrumadora

erudición, se desborda él solo, en plena libertad. Allí, en lo episódico, en la crítica subjetiva, en la risa, en la vida, en la razón poética. Como sexto ejemplo citemos algo referente a la última:

Razón sublimadora de las realidades circunstantes, razón que apunta en el niño cuando, por la virtud de un nombre, cambia las cañas en bridones y los pingajos caseros en paños reales y en diademas enojadas; razón que, más tarde, hará de un nombre y de un vocablo el puente ilusorio que salvará las fauces negras de algún abismo filosófico, la clave de discordias infaustas o el resorte de pasiones exultantes; razón que obró finalmente el trueque y mudanza de la mujer que tal vez fue necesaria para enlazar en una síntesis suprema de entendimiento amoroso y de idealismo apasionado, los miembros al parecer dispersos y triviales de la epopeya cervantina (56).

Por duplicación del vocablo inicial **razón**, se va elevando gradativamente. Define primero "sublimadora de realidades circunstantes"; luego, la razón poética en el niño y su capacidad de transformación; la razón en el hombre; la razón en el Quijote hacia la mujer y la explicación de esa mudanza femenina en la obra: enlazar en síntesis de entendimiento amoroso y de idealismo apasionado los miembros de la epopeya. De lo que la razón poética hace en general pasa a lo que hace en cada edad y en el Ingenioso Hidalgo con Dulcinea. Con ese platonismo suyo de fe en la existencia y preexistencia de la idea, no es el niño quien transforma con su razón, ni el hombre, sino aquella la que obra. Y, digámoslo ya, su estilo de nombres abstractos que en gama inmensa cubren la obra, es estilo que da vida a esas ideas para que existan **per se**, se encarnen en el hombre y lo tomen como su instrumento.

La sublimación de la realidad circunstante se realiza por medio de nombres que cambian pingajos en paños reales, que aclaran los problemas más hondos, que dan la paz, que impulsan la pasión, que trueca la mujer hasta hacer de ella el enlace de las partes de la obra por entendimiento de amor e idealismo apasionado.

La razón poética es esencialmente creación de nombres que obedecen a imágenes o a ideas: signo del poder intelectual para hacer mundos nuevos, para decir en un sonido lo tantas veces indecible. Esta definición comparativa indica el sentido de una vida para la cual la existencia se justifica por la facultad de nombrar, de nombrar creando, de hablar una lengua personal en el descubrimiento de voces, en la invención de las mismas, fuente suprema de pensamiento y de belleza. Vida para la cual pensar no harta el ánimo, pero sí lo harta el hallazgo de un vocablo que sublima las realidades, el gozo de realizar el pensamiento en sonido, tras el cual se levanta la idea pura, imperturbable, soberana. Vida capaz de buscar incansablemente en las raíces lexicográficas y vida riquísima que para cada matiz ideal encuentra una palabra. De ahí la variedad de su vocabulario que le permite señalar "zonas henchidas de misterio". Y que le permite, situado en esa razón sublimadora, detenerse absorto ante la naturaleza y ante la

forma bella con una emoción perturbante y muda que de la sensación llega al misterio. Aguzados sus sentidos de finísima sensibilidad, siguen las líneas impalpables que se pierden, como se pierden las volutas de humo, en la inaccesible profundidad de la materia, en la inaccesible profundidad del espíritu.

Quien cambió un día las "cañas en bridones", quien halló el puente ilusorio para "las negras fauces de un abismo", puede encontrar en un nombre la unidad aparentemente dispersa de una vida. Y ahí, una existencia cuyo centro no está en la tierra, cuya razón de ser va Más Allá, como la saeta del Quijote, hacia la Eternidad.

CONCLUSIONES

La oratoria de Monseñor José Vicente Castro Silva es oratoria de suspenso, en dos sentidos: elevación y continuidad. Al escucharlo, el ánimo tiende a subir, con mirada libre y confianza en sus posibilidades; siente deseos de continuar por las sendas que él abre.

Suspenso vertical, suspenso horizontal. En el suspenso de verticalidad ascendente se pierde en el misterio, donde la fe suple la imposibilidad de entendimiento; en el suspenso horizontal, el oído y la mente quieren escuchar más... Como el final es perspectiva, el oyente se vuelve sobre sí para continuar indagando.

Su oratoria satisface, pues nada satisface tanto al hombre como la comprensión de sus grandezas y miserias. Y es oratoria humana, me atrevería a afirmar, por su sentido estético de fusión entre lo concreto, visible, audible y aun gustable, con lo abstracto, invisible, permanente y real.

Es oratoria de asombro. A la originalidad de la visión, a los cambios de orden proposicional, a las antítesis, a la originalidad comparativa, responde el asombro de quien oye. Cuando se cree seguir mentalmente un camino, el orador, en rápido viraje, vuelve a otra parte no esperada.

Hay en ella un fondo rítmico que domina largas cláusulas y que va envolviendo al auditorio hasta los finales de cursos perfecto.

No fue hecha para el vulgo, pero el vulgo la sigue sin entender, acaso invalido por la música y la imagen, unidas a una sensación de grandeza.

Produce paz. Las sorpresas, los caminos, los temas episódicos, despiertan pero no violentan, aclaran problemas y alegran el ánimo.

Oratoria analítica en que el período se desenvuelve lentamente, a base de variantes temáticas y musicales, cuyas partes son independientes, pero están en unidad. Ni tropical, ni exagerada, es como caudaloso río, lento en su avance, con esquifes, islas y arroyuelos, lagos y paisajes diversos. Allí las palabras rudas hábilmente situadas, las evocaciones cultas, los arcaísmos, los neologismos, los paisajes de fondo como

términos comparativos. Allí los sustantivos abstractos metidos en la vida obrando y moviéndose dentro de lo sensible, en un supremo esfuerzo por "poner el corazón en un plato" como diría el Quijote.

Domina el afán explicativo. Situado en un punto, lo mira y contempla en todos sus aspectos, va y viene de él, se aleja y regresa para darle perspectiva. Y a ese punto, la teoría, el juicio, el paisaje, el recuerdo, la emoción, como una reminiscencia de Proust, para dejarlo en aquel sitio y volver desde distintos ángulos.

Ese afán de explicación hace que no sitúe palabras ni ideas solas y escuetas; todas van calificadas, todas quieren ser definidas. A veces, por tanto situar y definir se dificulta el sentido total.

Hace pensar y sentir; mientras hace pensar despierta sensaciones; mientras presenta imágenes sensibles, despierta ideas; junta la forma al pensamiento en síntesis magnífica. Va abriendo lentamente caminos ascensionales y mientras sube, recoge y reúne lo antes recorrido. Oratoria de monte, con zonas escarpadas, con valles, con flores, que de pronto sube violentamente; de pronto se detiene en contemplación; ya parece perder la vía central; ya vuelve a ella enriquecida con otros encuentros.

Oratoria de sugerencias, de no rotundidades, de "acaso", "quizás", "pienso yo". Jamás dogmática, presenta la evidencia rodeada de luz.

La palabra es casi forma en esta oratoria de suspenso; la palabra está tratada como cosa sumamente digna, que por ser signo de pensamiento merece respeto particular, y está considerada con todas sus sugerencias y todas sus resonancias.

Maneja inmenso caudal de voces, como un maestro.

A medida que se eleva, el panorama se va haciendo más amplio: nada se pierde de cuanto ha recorrido, hasta alcanzar la cumbre con carga de tesoros. El río se va anchando hasta perderse en algo superior a él e imposible de sujetar en la palabra.

Oratoria barroca en que el adorno aparente es racional, oratoria que sigue una línea simplicísima de corte clásico, a la cual enmarca en pensamientos hondos, en visiones originales, en teorías filosóficas, estéticas o históricas, que solas podrían hacer un volumen.

Monseñor Castro Silva no quiere finales que significan muerte; y así como las rosas no están en su escritorio por no verlas marchitarse, así su oratoria no finaliza para no dar sensación de desaparecimiento. Dentro de la oratoria hay melancolía y desengaño; hay una angustia suave, un deseo de no ver lo que claramente se ve del tiempo que pasa... Ese fondo de angustia produce paz, produce optimismo, da fe en la vida y en las posibilidades individuales.

EL ORADOR Y EL HOMBRE

Amo la emoción de dirigirme al público, dice Monseñor; indefinible emoción de observar el poder de la palabra: allí unos ojos que se

elevan, unas lágrimas apenas asomadas, un comentario silencioso, una mirada, un gesto... es una emoción que me levanta, que me anima a seguir, a crear, casi a ser una voz.

Y es que el estilo de Monseñor, como el de todo gran orador, necesita de la voz y de la figura que lo integra, en su presencia, en su expresión, en su tonalidad fónica, en su acción. El hombre en ella es el instrumento de una idea, según el criterio de Cicerón y Quintiliano. Cuando en la catedral de Bogotá el público, conmovido y suspenso, estalló en aplausos escuchando su oración a Bolívar en 1930, cuando ese mismo público asiste tumultuosamente para oírlo, embargado y silencioso, con ánimo de manifestar exteriormente el anhelo de elevación que sólo termina en el misterio, puede comprenderse el tremendo poder de la oratoria.

Una presencia elegantísima de prelado francés, ágiles movimientos y rápidos que subrayan, sugieren o despiertan; las manos largas que se adelgazan en todos los matices, la amplia frente y la añorante mirada, la capa rectoral que ondea, la voz poderosa y clara que ora llena el recinto, ora adquiere modalidades finísimas, hablan una y otra vez robustamente, de una personalidad inconfundible.

Ni creo exagerar cuando afirmo con quienes alguna vez le han escuchado, que Monseñor Castro Silva orador es una obra de arte. Desde la figura exquisita y la exquisita delicadeza en que la acción se torna transparente, hasta el tono bajo y firme en que la rotundidad del período queda resonando en templos y salones y en el Aula Máxima del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en medio a la ilustre galería de Rectores.

Ver el pensamiento y la palabra en movimiento es el arte del actor, dice él. Y tal se propone. Cuando habla se transforma: es un actor que representa un papel, sinceramente; y, por esos contrastes de su psiquismo y de su estilo, nunca es más igual a sí, nunca se da más plenamente.

Porque este estilo suyo personal y en apariencia objetivo es fiel retrato de su autor. El fondo sencillísimo, clásico y la apariencia complicada, barroca; el fondo melancólico y el efecto abierto, generoso y grato; el fondo misterioso y la apariencia clara, analítica, hablan de una doble visión que entraña lucha en melancólica armonía. Su sencilla vida personal y la elegante presentación en público; su amor a la soledad y el marco respetuoso en una perspectiva de siglos; su presentación majestuosa y el dominio de los auditorios, cuando el cuerpo transmite el espíritu, y el hombre recatado y silencioso, escribiendo en su biblioteca lo que nadie ha de saber. Hay doble visión en dos aspectos de su personalidad que persigue ansiosamente la sabiduría y entiende su vacuidad; que se aterra ante el dolor y en él vive; que aspira a la mansedumbre y en ocasiones se exalta con ira; que persigue y predica una serenidad que no encuentra; que desmontando lo más simple, encuentra lo más complejo, mientras en un detalle ve la totalidad, y que tiene el desengaño cristiano como compañero.

Esta doble visión la explica en **Los dos humanismos** (págs. 304-305): "la invencible atracción que ejerce el 'abismo interior' sobre toda inteligencia, y unas veces la pone en condición de explorar los senos y reconditeces del espíritu y del corazón, otras la deja como en suspenso, acechando perpetuamente las energías misteriosas que nos mueven".

Doble visión de estilo que se muestra en uniones de dos vocablos, de dos complementos, de dos proposiciones, semejantes o en contraste; doble visión de pensamiento actuante que se detiene sorprendido y en desmayo ante la inmensidad y ante lo eterno. Doble visión de totalidad y de detalle, de sensación e idea en que no cabe ni lo mediocre ni lo vulgar. En vida y obra Monseñor Castro Silva no se rebaja, ni tolera el mal gusto, ni las historias diarias, ni la medianía política, ni la intriga, ni la pasión mediocre. Su sentido estético de estilo es su sentido estético de vida en la cual la belleza preside los actos morales: halla racional y justo el criterio griego que iguala lo bello con lo bueno, entendiendo por bello el magisterio evangélico.

Si del orador se desprende un hálito de grandeza, también del hombre. No se hicieron para él la confianza excesiva, ni el descuido personal, y prefiere el hábito desarrapado del menesteroso a la pequeña mancha en el vestido, y prefiere el no ser al ser a medias.

No tolera las vidas desgobernadas en que no obra la libertad dirigida, pues así como el orador va dominando una melodía, el hombre debe ser señor de sí mismo en perpetua y libre escogencia de caminos. Ahí su magisterio de hombre, de orador y de artista; no de **magister** sino de suave señalador de rutas; no de imposición sino de comprensión; no de dogmatismos, sino de caminos abiertos: en él antes el místico del amor que el asceta del temor, antes el poder creador del espíritu que la ruptura violenta de la personalidad.

Entiende la labor del magisterio con la frase de San Gregorio Magno: **ars artium**, y con el pensamiento de San Juan Crisóstomo: sin cincelar la piedra para labrar la estatua es tan meritorio, cuánto más será tallar un hombre. La tarea del maestro, dice, es la de hacer hombres perfectos, elegantes, capaces de elegir según la etimología latina. El canon de la elegibilidad lo encuentra en el Evangelio. Su escuela en la dirección de espíritus es escuela que no se aprende, nacida con él, que consiste en comprender a cada uno y en dar a cada uno lo que necesita para alcanzar la perfección.

Por eso su tarea como maestro, como orador y como artista consiste en la alegría de poder transformar algo bueno en mejor; en la seguridad de que de allí emana la perfección personal, como dice el refrán latino: **docendo docemur**.

La explicación detenida, propia del maestro, es en el estilo y en la vida razón de la contención clásica. Otra antítesis barroca. En el diálogo habitual, hay ampliación, cortesía, maneras gentiles, que están **enmarcando** algo, conteniendo algo. Porque él es medida, olvido de sí y

frente al interlocutor piensa en la manera de servirle, en el papel que debe representar; el marco personal en este caso, es una forma de ocultarse discretamente.

Tal acontece con su labor literaria. Unos pocos libros: **Prólogo del Quijote y otros ensayos**, Monseñor Rafael María Carrasquilla, orador **sagrado** (Bogotá, Editorial Centro, 1939), **Epílogo de don Quijote** (Bogotá, Editorial Centro, 1939), **Elogio de don Gonzalo Jiménez de Quesada** (Bogotá, Editorial Centro, 1938) y el tomo **Sermones y Discursos** (Bogotá, Editorial Minerva 1935), lo mismo que algunos otros escritos en la **Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario**, comprenden su bibliografía. Pero en su biblioteca, oculta al público y a las miradas extrañas, existe la obra completa de uno de los fecundos escritores. Lo publicado es la fachada, la muestra y el adorno: la verdadera, íntima y personalísima creación existe allí donde nadie llega y para nadie fue escrita. En ella, lo oculto, lo misterioso, lo secreto; en ella, como en el final de sus oraciones, está la razón de una vida, la fe que la informa, la línea finísima y simple que la integra.

En la media tinta borrosa de las seis de la tarde y en un pueblo tendido al frío de la Sabana de Bogotá, la voz de las campanas anunciaba el Rosario. En la capilla, casi vacía y semioscura, un niño rezaba la oración vespertina. Entonó luego el presbítero P'mentel y Vargas la antifona y respondió la voz desafinada del cantor. Una final incensación: el sacerdote arregló la capa sobre sus hombros, salió por la puerta de la sacristía, acompañado por los monaguillos. El niño lo miraba; al ocultarse, la oscuridad tras él, el misterio...

El niño con ojos asombrados se preguntaba: Allí, ¿**uf** más? ¿qué seguirá? Tras aquel hombre una puerta se abría al infinito. El niño, en silencio trataba de seguir la sombra, una sombra a lo Eterno.

Se reveló entonces su verdadera vocación, su carrera profesional.

Hoy Monseñor José Vicente Castro Silva recuerda emocionadamente aquel instante.



El jueves 27 de Marzo de 1968 hacia las 6 de la tarde falleció en Bogotá el Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor José Vicente Castro Silva, Protonotario Apostólico ad instar participantium, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y Arcediano de la Catedral Primada.

Había nacido en Bogotá el 1º de Marzo de 1885 y fueron sus padres don Vicente Castro Amado y doña Eufrosina Silva. Hizo sus estudios con los Hermanos de las Escuelas Cristianas y luego en el Seminario Conciliar en donde los terminó con gran lucimiento en 1905. Como aún no tenía edad para recibir la ordenación sacerdotal, fue enviado a Roma al Colegio Pío Latino Americano y en la Universidad Gregoriana estudio de nuevo la Teología. Fue ordenado Presbítero en San Juan de Letrán el Sábado Santo de 1908 (18 de Abril) por el Cardenal Pedro Respighi, Vicario de Su Santidad Pío X. La Universidad Gregoriana le otorgó la licenciatura en Filosofía y el doctorado en Derecho el 14 de Julio de 1908.

Para principios del año siguiente ya se encontraba en la capital y fue nombrado Capellán de los Talleres de S. Vicente. Poco después fue nombrado Capellán del Orfelinato del Niño Jesús de Praga que dirigían las Hermanas de la Presentación.

Siendo Profesor en el Seminario fue nombrado Vicerrector del mismo el 25 de Octubre de 1912; cargo en que trabajó con notoria consagración y no pequeño éxito para perfeccionar en lo posible la formación espiritual, intelectual y aún material de los futuros sacerdotes. Como Vicerrector estuvo hasta terminar el curso de 1916.

Cuando en 1913 se celebró el Primer Congreso Eucarístico Nacional fue nombrado Secretario General el Presbítero Castro Silva y puede decirse que a su trabajo y consagración se debió en gran parte el buen suceso de tan magno acontecimiento. Después se imprimió, bajo su dirección un libro, ilustrado, en el que se narran los diversos actos del Congreso.

En 1917 trabajó en el periódico "La República" y desde Agosto de 1919 hasta Junio de 1920 fue codirector de "El Catolicismo".

Fue nombrado Canónigo de la Catedral por Bula de la Dataría Apostólica el 16 de Diciembre de 1921 y tomó posesión el 25 de Febrero del año siguiente. Ascendió a la dignidad de Tesorero por nombramiento pontificio de 17 de Octubre de 1931 y se posesionó el 17 de Diciembre. Nombrado Arcediano el 1º de Diciembre de 1938 entró a desempeñar el cargo el 12 de Febrero de 1939.



A la muerte de Monseñor Carrasquilla fue elegido Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el 14 de Junio de 1930, puesto que ejerció sin interrupción, por repetidas reelecciones trienales hasta el día de su fallecimiento.

La Santa Sede lo nombró Protonotario Apostólico ad instar participatium el 9 de Junio de 1937 y le fueron impuestas las insignias, por el Arzobispo Monseñor Ismael Perdomo, el 12 de Septiembre siguiente.

Monseñor Castro Silva a través de su meritoria existencia escribió varios libros y muchísimos artículos aparecidos en diversos periódicos y revistas (en especial la "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario"), a veces con el seudónimo Luis Soracta.

Entre los libros que publicó podemos enumerar los siguientes:

1.—"Nociones de Derecho Eclesiástico" (en colaboración con José Alejandro Bermúdez), Bogotá 1919, 467 páginas.

2.—"Prólogo de Don Quijote" y la "Tristeza de Bolívar" (Bogotá, Imprenta de la Luz, 1936).

Segunda edición, aumentada con otros discursos, ediciones del Concejo, 1937.

3.—"Monseñor Carrasquilla Orador Sagrado" (Edit. Centro, 1939).

4.—Discursos y Sermones "Biblioteca Aldeana, Selección Samper Ortega", volumen 77-1937.

Entre sus artículos históricos merecen recordarse:

1.—"Erección del Arzobispo de Santafé en el Nuevo Reino de Granada" ("El Hogar Católico", 15 de Diciembre de 1912).

2.—"Para la Historia de la Veracruz" ("El Hogar Católico", 16 de Noviembre de 1912).

3.—"Del Gobierno Eclesiástico de Santafé de Bogotá" (un estudio de cerca de cien páginas) "Boletín de Historia y Antigüedades", Julio a Septiembre de 1963.

Como obra literaria con fondo histórico aparecieron en "Santafé y Bogotá" (1924-1925) "El Guardián de la Recoleta", "Las Tres Viejas" y "Bohica Hijo de la Atlántida".

En "El Nuevo Tiempo", 1923 aparecieron varios artículos sobre Renán, para aclarar algunos puntos a escritos del señor Cornelio Hispano (Ismael López).

Brilló Monseñor Castro Silva en forma especial en el género de la oratoria y sobre todo en el de la oratoria sagrada. A una sorprendente facilidad de palabra, se unían en él la corrección de estilo, la elegancia de la dicción, la elevación del pensamiento, la viveza de la acción y el entusiasmo, que salidos de lo más íntimo de su alma cauti-

vaba maravillosamente a los oyentes, llegando el caso en que el auditorio, dominado por la emoción, aun dentro del recinto de la Catedral, prorrumiera en aplausos.

Muchos sermones predicó en diversos templos de Bogotá y siempre con notable provecho de las almas. Pero, sobre todo, es digna de particular mención su predicación a los seminaristas de Bogotá, cuando dirigía los ejercicios espirituales como preparación a la recepción a las Sagradas Ordenes. Durante muchos años, los alumnos del Seminario tuvieron la fortuna de aprender de labios de Monseñor Castro a apreciar el sacerdocio en su verdadera grandeza y a penetrar más y más en el conocimiento de Jesucristo, sus meditaciones sobre el Evangelio llenas de piadosa unción y sus admirables comentarios sobre el Pontifical dejaron en sus discípulos huella tan profunda que ni el trascurso de los años, ni las vicisitudes de la vida, ni los tremendos cambios porque ha pasado el mundo actual, ha logrado borrarla.

Como orador uno de los géneros en que sobresalió Monseñor Castro, fue en el difícil de la oración fúnebre. Entre las más famosas que pronunció merecieron recordarse:

1.—El del Ilustrísimo Señor Vicente Arbeláez en el Cementerio de su nacimiento ("La Iglesia", Diciembre 1922).

2.—Del mismo Señor Arbeláez, en la colocación del busto en la Plaza de Chapinero ("El Mensajero del Corazón de Jesús", Agosto de 1926).

3.—Del Libertador, pronunciado en la Catedral en el Centenario de su Muerte. ("Revista del Colegio del Rosario", Febrero de 1931).

4.—Del Arzobispo Mosquera con ocasión del traslado de sus restos y de su entierro en la Catedral de Bogotá ("Revista del Colegio del Rosario", Marzo de 1936).

5.—De don Gonzalo Jiménez de Quesada, con ocasión del centenario de la fundación de Bogotá ("Revista del Colegio del Rosario", Agosto de 1938).

6.—Del Papa Pío XI, predicada en la Catedral de Bogotá en las honras fúnebres por el Pontífice (17 de Febrero de 1939. No ha sido publicada).

Muchos son también los discursos académicos. Basta citar, a manera de ejemplo el "Prólogo de Don Quijote", pronunciado cuando fue recibido como miembro de número de la Academia de la Lengua (16 de Noviembre de 1934).

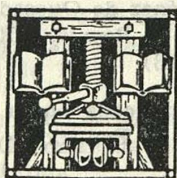
Dueño de una exquisita biblioteca, que conocía perfectamente y dotado de una admirable memoria, para ilustrar sus oraciones sabía escoger las citas más oportunas, tomándolas ya de la literatura cristiana, ya de la clásica griega y latina.

Como aventajado latinista cultivó el difícil arte de la epigrafía y compuso inscripciones, como la del Seminario de Bogotá o la de la Iglesia en el cerro de Guadalupe, que son modelos de concisión y elegancia.

Tanto en el Seminario en sus inolvidables lecciones de Teología Dogmática como en el Colegio del Rosario en donde fue Profesor por más de medio siglo, fue un verdadero maestro que ejerció influjo perdurable en las mentes y en las voluntades de los alumnos. Como Rector del Colegio del Rosario supo conservarle la noble tradición de sus antecesores, al mismo tiempo que le dio vigoroso impulso con la apertura de nuevas facultades, y la restauración del Claustro y la Capilla de la Bordadita. Con la muerte de Monseñor Castro el Capítulo pierde, además de su Arcediano, a un insigne benefactor. De su propio peculio arregló él la Capilla del Santo Cristo; costó las piedras preciosas que se pusieron en la custodia de filigrana de la Catedral, regaló diversos utensilios para la celebración de la Semana Santa y varios objetos de valor para el culto.

Con Monseñor Castro Silva la Iglesia no sólo pierde un hombre de esclarecido talento, dotado de extraordinarias prendas naturales, de noble porte y de altísima distinción, sino, lo que más, a un digno y virtuoso sacerdote, cuya vida intachable debe servir de ejemplo a los sacerdotes y a los fieles.

El, desde el cielo, como lo esperamos, interceda por la Arquidiócesis y por la Catedral de Bogotá que tanto amó.



Bogotá, D. E., Marzo 23 de 1949

Señores:

Decanos, Catedráticos, Directores de Estudios y demás dignatarios del Consejo Mayor de Nuestra Señora del Rosario y sus Facultades.

M. S. D.

Distinguidos señores:

Al conocer hoy el fallecimiento del Doctor Pedro Silva, gloria de la Iglesia Colombiana y claro y altísimo exponente de la enseñanza, Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del querido plantel, ha querido expresar a ustedes y por su digno intermedio a todos los miembros de la institución de nuestra más honda y respetuosa condolencia.

Esta experiencia, en una breve vida, merece la honra de que sea inscrito en la conmemoración del centenario de la Independencia y noble recordatorio de la personalidad del doctor Silva, Rector del querido plantel, ha querido expresar a ustedes y por su digno intermedio a todos los miembros de la institución de nuestra más honda y respetuosa condolencia.

Nuestra unidad silenciosa, en lugar de duelo, es un estímulo para el grupo de educador, docente y orador sagrado, en homenaje a un hombre que contribuyó a la cultura y a la ciencia de Colombia, a la Presidencia de las 10 Asociaciones Franciscanas de Padres de Familia del País y a los 17 de Exalumnos y las Cooperadoras Franciscanas y a personas y entidades amigas.

Con el ruego de hacer conocer de la familia del agusto Rector desaparecido los sentimientos de condolencia de esta institución de estudios.

Muy respetuosamente,

ASOCIACION DE PADRES DE FAMILIA DEL COLEGIO SAN JOSE

Esperanza Alfaro,

Presidenta

Luis E. Uribe, Secretario

Academias y Sociedades

Bogotá, D. E., Marzo 29 de 1968

Señores

Decanos, Catedráticos, Directores de Estudios y demás dignatarios del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y sus Facultades,

E. S. D.

Distiguídos señores:

Al conocer hoy el fallecimiento del Ilustre varón, gloria de la Iglesia Colombiana y claro y altísimo exponente de la inteligencia, Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del preclaro plantel, hacemos llegar a ustedes y por su digno intermedio a todos los alumnos, la expresión de nuestra más honda y evidente condolencia.

Sería imposible, en una breve nota escrita bajo la angustia que nos inspira la desaparición del eximio hijo de Colombia y sabio conductor de juventudes, intentar —para constancia conmovida destinada a nuestros afiliados— alguna biografía de quien diera brillo a uno de los primeros claustros de América, lo cual haremos ante nuestra Asamblea General, correspondiente al mes de Abril próximo. Pero sí anhelamos que todos ustedes acepten la íntima solidaridad con que sentimos esta irreparable pérdida para la Patria.

Nuestra entidad colocará, en lugar destacado, un retrato del grande educador, canonista y orador sagrado, en ceremonia que comunicará oportunamente a ustedes y a la cual invitará, también, a los Presidentes de las 16 Asociaciones Franciscanas de Padres de Familia del País y a las 17 de Exalumnas, a los Cooperadores Franciscanos y a personas y entidades amigas.

Con el ruego de hacer conocer de la familia del eximio Rector desaparecido los sentimientos de nuestra entidad, nos suscribimos de ustedes,

muy respetuosamente,

ASOCIACION DE PADRES DE FAMILIA DEL COLEGIO SAN JOSE

Hernando Alfonso,
Presidente

Luis F. Uricoechea,
Secretario

Junio 3 de 1968

Señor Rector

COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, D. E.

Apreciado Señor Rector:

Me permito comunicar a usted que en la última sesión de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica se aprobó por unanimidad la siguiente proposición:

"La ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA ECLESIASTICA se asocia al duelo de la Iglesia y de la Patria con motivo del sensible fallecimiento del Ilustrísimo Señor Doctor José Vicente Castro Silva, dignísimo sucesor de Monseñor Rafael María Carrasquilla en el Rectorado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, ilustre en humanas y divinas ciencias, moderador de inteligencias y de espíritus a través de su larga permanencia en el Rectorado del Rosario.

Comuníquese al Señor Vicerrector del Ilustre Claustro y a través de él a sus familiares y deudos".

Aprovechando esta oportunidad quedo de Ud. atento seguro servidor.

Juan de Dios Giraldo S.
Secretario

RESOLUCION

LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DE VENEZUELA

CONSIDERANDO:

Que el pasado 28 de Marzo falleció en la ciudad de Bogotá el Ilustrísimo Monseñor José Vicente Castro Silva;

CONSIDERANDO:

Que el extinto sacerdote alcanzó notable prestigio en la oratoria sagrada y en las letras de Colombia y prestó servicios eminentes a la Iglesia y a la fraterna Sociedad Bolivariana de su Patria;

CONSIDERANDO:

Que su nombre queda unido en forma perdurable al bolivarianismo continental, como también a las ennoblecedoras ejecutorias culturales del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, del cual fue Rector Magnífico hasta su muerte,

ACUERDA:

1º—Declarar motivo de profunda pena para esta Sociedad el fallecimiento de Monseñor José Vicente Castro Silva.

2º—Enviar copia del Presente Acuerdo a la Sociedad Bolivariana de Colombia y, por el digno intermedio de ésta, expresar el pésame a los deudos del meritísimo Prelado.

Dado, firmado y sellado en el Salón de Sesiones de la Junta Directiva, en Caracas a los ocho días del mes de Abril de mil novecientos sesenta y ocho.

Luis Villalba-Villalba
Presidente (Fdo.)

J. A. Escalona-Escalo
Secretario General (Fdo.)

Hay un sello de la Presidencia de la S. B. de V.

Es fiel copia.

Luis M. Hidalgo Dueñas
Secretario General

RESOLUCIONES

RESOLUCION NUMERO 1

(Abril 23 de 1968)

LA JUNTA DIRECTIVA DEL HOSPITAL INFANTIL "LORENCITA VILLEGAS DE SANTOS"

en uso de sus atribuciones estatutarias, y

CONSIDERANDO:

Que Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario acaba de fallecer;

RESUELVE:

Hacer llegar a sus deudos, a la Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y, en general, a todo el Claustro sus expresiones de la más sentida condolencia.

Comuníquese y cúmplase.

Dada en Bogotá, D. E., a los 23 días del mes de Abril de 1968.

El Presidente,
Camilo Sáenz Obregón

El Secretario,
Arturo González Escobar

SEMBRADOR DE IDEAS Y CULTIVADOR DE REALIDADES

Por Monseñor Guillermo Castro Silva

(Traducción del autor)

En el mundo de hoy, el hombre se encuentra en una situación de profunda crisis. La ciencia, que ha sido su gran aliado, le ha mostrado que el universo es un vasto y frío espacio, donde no hay lugar para el alma. La filosofía, que ha sido su gran guía, le ha mostrado que la vida es un absurdo, donde no hay sentido para el ser humano. La religión, que ha sido su gran refugio, le ha mostrado que Dios es un ser invisible, donde no hay nada que pueda ser tocado o sentido. El hombre se encuentra, por lo tanto, en una situación de profunda crisis, donde no sabe qué hacer ni qué pensar.

En esta situación, el hombre necesita un nuevo camino, un nuevo camino que le permita encontrar el sentido de su vida, que le permita encontrar el sentido de su existencia. Este nuevo camino debe ser un camino que sea accesible a todos, un camino que sea sencillo, un camino que sea claro. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de fe, un camino de esperanza, un camino de amor. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de vida, un camino de paz, un camino de felicidad. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de verdad, un camino de justicia, un camino de libertad. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de vida, un camino de paz, un camino de felicidad. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de verdad, un camino de justicia, un camino de libertad.

En el mundo de hoy, el hombre necesita un nuevo camino, un nuevo camino que le permita encontrar el sentido de su vida, que le permita encontrar el sentido de su existencia. Este nuevo camino debe ser un camino que sea accesible a todos, un camino que sea sencillo, un camino que sea claro. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de fe, un camino de esperanza, un camino de amor. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de vida, un camino de paz, un camino de felicidad. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de verdad, un camino de justicia, un camino de libertad. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de vida, un camino de paz, un camino de felicidad. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de verdad, un camino de justicia, un camino de libertad.

En el mundo de hoy, el hombre necesita un nuevo camino, un nuevo camino que le permita encontrar el sentido de su vida, que le permita encontrar el sentido de su existencia. Este nuevo camino debe ser un camino que sea accesible a todos, un camino que sea sencillo, un camino que sea claro. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de fe, un camino de esperanza, un camino de amor. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de vida, un camino de paz, un camino de felicidad. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de verdad, un camino de justicia, un camino de libertad. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de vida, un camino de paz, un camino de felicidad. Este nuevo camino debe ser un camino que sea un camino de verdad, un camino de justicia, un camino de libertad.

*Aproximaciones a
Monseñor Castro Silva*



SEMRADOR DE IDEAS Y CULTIVADOR DE REALIDADES

Por Néstor Guillermo Cruz C.

(Tomado del Periódico "Rosarista")

"Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano y era todo su espíritu un inmenso joyel".

"Mire mijito: yo le agradezco en el alma su gentileza, pero elija más bien un profesor y escriba algo sobre él, de mí no hay duda que valga la pena escribir". Las anteriores fueron las palabras textuales de Monseñor José Vicente Castro Silva cuando le solicitamos nos diese datos para la elaboración de este artículo. Palabras sencillas, rebosantes de ternura y de una gran humanidad. Los grandes son humildes y Monseñor Castro Silva es humilde.

El 14 de Julio de 1930 los Consiliarios del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario toman 287 años de labor, de héroes y de glorias y los depositan en manos de un joven sacerdote, el cual como Rector del Colegio debía conservar esta línea ascendente que señala en ininterrumpido progreso de la institución desde 1653, fecha de su fundación, hasta Monseñor Rafael María Carrasquilla al cual debía reemplazar y hacer honor.

Continuar una obra que ha sido llevada por maestros y sabios, es tarea de doctos y eruditos; y Monseñor Castro Silva era eso: un docto y erudito sacerdote. "Monseñor Carrasquilla personificó las ideas filosóficas y con su vocación docente y claridad de su inteligencia, la hizo llegar metódicamente a sus discípulos como lemas de la vida. Monseñor Castro Silva buscó lo eternamente nuevo sin olvidar lo antiguo. No ha tratado de infundir en su auditorio la enseñanza tradicional, encerrando su inteligencia dentro de cánones sagrados; antes bien, fascinado por el devenir de la vida humana, le ha demostrado a la juventud el horizonte y el camino, el fin y el medio".

Monseñor Castro Silva es ante todo un maestro: a la par de las simples teorías catedráticas va enseñando a los alumnos a independizar su pensamiento: "Aprender a pensar uno por sí mismo... educarse para justipreciar las opiniones corrientes antes de adoptarlas o de re-

chazarlas..., habituarse a buscar los que es verdadero, y no rendirse al apasionamiento deslumbrado y egregio..., saber demorar la adhesión de la mente mientras se examina si tiene fundamentos o no los tiene.

Sin emplear el pedante vocabulario parlanchinesco, sus frases son todas de una sabiduría, que es imposible que al escucharlas o leerlas alguna vez, no se le graben a uno en la memoria, como talladas en roca virgen.

"Tan desatinado es el torpe alarde de no someterse a nada ni a nadie como la miserable simpleza de rendirse a todo y de creerle a todos".

Una preocupación de Monseñor Castro Silva ha sido siempre la presentación decorosa y elegante del Colegio. "Restauró el claustro y lo ensanchó, lo primero para hacerlo más auténtico, más fiel a su expresión a una idea selecta y lo segundo para acrecentar el molde patricio, forjador de nuevas generaciones..."

El Colegio del Rosario ha tenido el privilegio, en su milagrosa estabilidad, de escuchar en casi un siglo los dos oradores sagrados y académicos de los tiempos y ambos han sido sus rectores. El uno denso y sobrio, el otro brillante y fino, pero ambos se han confundido con la INSTITUCION procera, nutriéndose con ella y ella con su egregia estirpe intelectual, agradeciéndose así mutuamente".

Pero hoy la potente y sabia voz del gran orador que hacía retumbar los recintos sagrados y académicos y que absorbía totalmente la atención de su auditorio, se ha menguado; las energías de ese joven sacerdote que hace 34 años tomara en sus manos la dirección de este Colegio Mayor, las han disminuido. Y digo "ha menguado" y "han disminuido" porque solamente, y en virtud de su grandeza, han pasado a formar parte de hombres que con su voz se han convertido en paladines de la libertad y dignidad humanas, y con sus fuerzas dirigieron, dirigen y dirigirán los intereses políticos y económicos de la Nación Colombiana.

Presentamos hoy en el "ROSARISTA" estas rústicas líneas sobre Monseñor José Vicente Castro Silva, como una muestra de cariño y reverencia a su persona; sin pretender levantar un monumento (que bien se lo merece, pero que es una tarea superior a nuestra capacidad), al muy Ilustre Señor Rector de este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Los monumentos no se hacen de arcilla sino de duro bronce.

UN INSIGNE HUMANISTA Y MAESTRO

(Tomado de la Revista "Nuevo Boyacá")

Para NUEVO BOYACA y especialmente para su director, el fallecimiento de Monseñor JOSE VICENTE CASTRO SILVA constituye motivo de honda pena y de sincera congoja.

Discípulos de él —beneficiarios inmediatos de su sabiduría de maestro en la cátedra y su honrosa amistad en frecuentes diálogos— pudimos apreciar de cerca sus excelsas virtudes y las excepcionales calidades de su eminente talento.

Maestro de juventudes, erudito en las más variadas ciencias, insigne humanista, egregio orador sagrado, fue la suya una vida realmente ilustre.

Su meritisima existencia deja una huella imborrable en la República. Enaltecó las letras colombianas con su docta pluma de escritor denso y profundo, con hermoso estilo, y fue paradigma insuperable de orador sagrado, el más grande que haya conocido el país desde Monseñor Carrasquilla y Cortés Lee.

Con su dolorosa desaparición que enlutó a la cultura colombiana, perdió el país uno de los mayores valores espirituales de su historia. En particular, para aquellos colombianos de varias generaciones que tuvimos el privilegio de ser discípulos suyos, la muerte del Rector magnífico del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, constituye pérdida irreparable. Siempre tendremos de él la memoria del más ilustre personaje que hayamos conocido en nuestra juventud.

En el sepelio de Monseñor Castro Silva —impresionante demostración de duelo colectivo— distinguidos colombianos hicieron su elogio póstumo; entre ellos el maestro Darío Echandía, quién dijo, entre otras cosas: "Sacerdote católico, humanista esclarecido, maestro ejemplar. Esta última egregia calidad es la que da a su figura un carácter más neto y penetrante, un sello más peculiar y diferenciado. El nombre y la obra de maestro, son los que han llevado sus alabanzas dondequiera y producido este movimiento espontáneo de duelo nacional."

chazarlas..., habituarse a buscar los que es verdadero, y no rendirse al apasionamiento deslumbrado y egregio..., saber demorar la adhesión de la mente mientras se examina si tiene fundamentos o no los tiene.

Sin emplear el pedante vocabulario parlanchinesco, sus frases son todas de una sabiduría, que es imposible que al escucharlas o leerlas alguna vez, no se le graben a uno en la memoria, como talladas en roca virgen.

"Tan desatinado es el torpe alarde de no someterse a nada ni a nadie como la miserable simpleza de rendirse a todo y de creerle a todos".

Una preocupación de Monseñor Castro Silva ha sido siempre la presentación decorosa y elegante del Colegio. "Restauró el claustro y lo ensanchó, lo primero para hacerlo más auténtico, más fiel a su expresión a una idea selecta y lo segundo para acrecentar el molde patricio, forjador de nuevas generaciones..."

El Colegio del Rosario ha tenido el privilegio, en su milagrosa estabilidad, de escuchar en casi un siglo los dos oradores sagrados y académicos de los tiempos y ambos han sido sus rectores. El uno denso y sobrio, el otro brillante y fino, pero ambos se han confundido con la INSTITUCION procera, nutriéndose con ella y ella con su egregia estirpe intelectual, agradeciéndose así mutuamente".

Pero hoy la potente y sabia voz del gran orador que hacía retumbar los recintos sagrados y académicos y que absorbía totalmente la atención de su auditorio, se ha menguado; las energías de ese joven sacerdote que hace 34 años tomara en sus manos la dirección de este Colegio Mayor, las han disminuido. Y digo "ha menguado" y "han disminuido" porque solamente, y en virtud de su grandeza, han pasado a formar parte de hombres que con su voz se han convertido en paladines de la libertad y dignidad humanas, y con sus fuerzas dirigieron, dirigen y dirigirán los intereses políticos y económicos de la Nación Colombiana.

Presentamos hoy en el "ROSARISTA" estas rústicas líneas sobre Monseñor José Vicente Castro Silva, como una muestra de cariño y reverencia a su persona; sin pretender levantar un monumento (que bien se lo merece, pero que es una tarea superior a nuestra capacidad), al muy Ilustre Señor Rector de este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Los monumentos no se hacen de arcilla sino de duro bronce.

"La vida de Monseñor Castro Silva, en la que tuvo de brillante, fecundo y significativo, se encasilló ligada indisolublemente a la vida y a la acción del Colegio del Rosario. Constatamos esta afirmación de la importancia como símbolo y aglutinadora de la cultura colombiana."

Este llamado a recordar en su totalidad a uno de los más grandes maestros de la cultura colombiana, se encasilló ligada indisolublemente a la vida y a la acción del Colegio del Rosario. Constatamos esta afirmación de la importancia como símbolo y aglutinadora de la cultura colombiana."

UN INSIGNE HUMANISTA Y MAESTRO

(Tomado de la Revista "Nuevo Boyacá")

Para NUEVO BOYACA y especialmente para su director, el fallecimiento de Monseñor JOSE VICENTE CASTRO SILVA constituye motivo de honda pena y de sincera congoja.

Discípulos de él —beneficiarios inmediatos de su sabiduría de maestro en la cátedra y su honrosa amistad en frecuentes diálogos— pudimos apreciar de cerca sus excelsas virtudes y las excepcionales calidades de su eminente talento.

Maestro de juventudes, erudito en las más variadas ciencias, insigne humanista, egregio orador sagrado, fue la suya una vida realmente ilustre.

Su meritísima existencia deja una huella imborrable en la República. Enalteció las letras colombianas con su docta pluma de escritor denso y profundo, con hermoso estilo, y fue paradigma insuperable de orador sagrado, el más grande que haya conocido el país desde Monseñor Carrasquilla y Cortés Lee.

Con su dolorosa desaparición que enlutó a la cultura colombiana, perdió el país uno de los mayores valores espirituales de su historia. En particular, para aquellos colombianos de varias generaciones que tuvimos el privilegio de ser discípulos suyos, la muerte del Rector magnífico del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, constituye pérdida irreparable. Siempre tendremos de él la memoria del más ilustre personaje que hayamos conocido en nuestra juventud.

En el sepelio de Monseñor Castro Silva —impresionante demostración de duelo colectivo— distinguidos colombianos hicieron su elogio póstumo; entre ellos el maestro Darío Echandía, quién dijo, entre otras cosas: "Sacerdote católico, humanista esclarecido, maestro ejemplar. Esta última egregia calidad es la que da a su figura un carácter más neto y penetrante, un sello más peculiar y diferenciado. El nombre y la obra de maestro, son los que han llevado sus alabanzas dondequiera y producido este movimiento espontáneo de duelo nacional."

"La vida de Monseñor Castro Silva, en lo que tuvo de brillante, fecundo y significativo, se encontró ligada íntimamente a la vida y a la acción del Colegio del Rosario. Consideraba esta fábrica de la inteligencia como símbolo y apretado resumen de la entera epopeya de la nación colombiana.

"Fue llamado a suceder en su rectoría a uno de los más señeros espíritus que haya decorado estos claustros venerados, Monseñor Rafael María Carrasquilla, restaurador de la creación secular del Arzobispo Cristóbal de Torres, ejemplar sobresaliente de sabiduría y elocuencia, servidor infatigable y abnegado de las juventudes amantes del saber, en quien se cumplió fielmente la sentencia evangélica: "El que quiera colocarse por encima de los demás que se dedique a servirles".

Sensible, como el que más, a las inquietantes contradicciones de su tiempo, los principios superiores que dirigieron su intelecto y ordenaron su pensamiento, le permitieron orientarse seguramente y mantuvieron incólume la claridad de su visión del mundo, la confianza en el progreso espiritual y material del hombre, y la firme voluntad, decidida y operante de servir a la justicia y a la libertad".

"Esto dio a su inteligencia, asentada sólidamente sobre convicciones discursivas, una luminosa y acogedora amplitud de criterio que le permitió recibir, para asimilarlas y armonizarlas, todas las concepciones que la investigación científica de nuestro tiempo ha venido aportando copiosamente al acervo del patrimonio espiritual del hombre. Esta singular capacidad que poseyó, en grado eminente Monseñor Castro Silva para captar los novísimos avances de las ciencias, para vaciarlos dentro de los moldes sobre que reposaban aquellas tradiciones—formas esenciales de una cultura milenaria— hizo de este pensador lúcido y preclaro maestro, como un símbolo de la revolución que en nuestro tiempo parece haber modificado sustancialmente el ritmo progresivo del pensamiento humano".

UN COLOMBIANO ILUSTRE

Por el doctor **José Angel Fernández Baena**

(Tomado del "Diario del Caribe")

Con la muerte acaecida recientemente de Monseñor José Vicente Castro Silva, en la capital de la República, pierde la iglesia y la cultura colombianas un esclarecido exponente de relevantes prendas intelectuales que conquistó, por la reciedumbre de su personalidad agrega e inconfundible, y la amplitud de sus múltiples conocimientos en diversos campos de la ciencia, con los cuales dejó huellas imborrables, que lo llevaron a alcanzar el elevado título de "Maestro", con el máximo sentido y los atributos de esta palabra consagratoria.

La centenaria Institución que es el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario encontró en Monseñor José Vicente Castro Silva el eficiente impulsador y organizador constructivo de la obra brillante que dejó su antecesor Monseñor Rafael María Carrasquilla, que actuó hasta el año de su muerte en 1930, al frente de la rectoría de ese meritorio Colegio universitario de altos estudios, que ha ocupado puesto de avanzada desde sus inicios hasta la época presente.

Como Rector de gran visión del magno e histórico claustro, que es el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Monseñor Castro Silva adelantó las gestiones pertinentes para la creación de una nueva Facultad de Medicina, de elevada categoría científica, con la efectiva colaboración de la meritoria Sociedad de Cirugía de Bogotá y la conocida institución asistencial que es el Hospital San José; y gracias a su decidido empeño y a las claras orientaciones de su privilegiado talento, vio colmada una de las primordiales aspiraciones de su mente, con la moderna fundación de una Facultad de Medicina, que es hoy honra y ejemplo de superación, como que lleva la suprema inspiración de su espíritu blasonado y la categoría intelectual de su desaparecido fundador.

Desde el año de 1909 que ocupó inicialmente la cátedra docente en el Colegio del Rosario, Monseñor Castro Silva tuvo un ascenso vertiginoso en diversos campos de la actividad intelectual, los cuales conquistó por la vastedad de sus conocimientos, especialmente humanísticos, sus sobresalientes calidades de escritor, su reconocida jerarquía moral, su meritoria actividad docente, que lo llevaron a ocupar un

puesto de alta preeminencia, reconocido en el plano nacional e internacional, y que por esos insignes méritos, el gobierno de nuestro país lo honró con la Gran Cruz de Boyacá, la Orden de Santander y la Orden del Libertador.

El Ilustre Señor Rector del Colegio del Rosario no fue solamente un constante paladín de la inteligencia, por su erudición, sino que en el campo religioso su actuación fue destacada y múltiple, como uno de los oradores sagrados de mayor envergadura, que dejó huellas impecederas por el vigor de sus ideas y pensamientos, que fueron afortunadamente condensación de su constante trajinar mental como escritor refinado, educador de larga travesía, y expositor de estilo y elevado y contundente.

El país, especialmente la Colombia intelectual, ha perdido con la desaparición de Monseñor Castro Silva, una atrayente y recia personalidad, que se manifestó ampliamente en el decurso de su vida meritória con sus numerosos escritos, discursos, ensayos, y obras didácticas y de derecho, en los cuales dejó huellas clarísimas de su estilo castísimo y vigoroso de la fecundidad de su cerebro, robustecido por variadas lecturas y estudios permanentes, que iluminaron su mente creadora, y le dieron la admiración y el aprecio de cuantos lo conocieron para mejor gloria de las letras patrias.

Queremos en estas cortas líneas dejar consignada nuestra personal devoción por el insigne desaparecido, quien cumplió en su vida terrena una vasta labor de auténtico patriotismo y de verdadero cruzado en el campo religioso; por lo que quedó su nombre como ejemplo preclaro para la juventud estudiosa, a quien supo orientar en forma permanente como un maestro consumado y un colombiano ilustre.

Estas últimas agregias calidades de su personalidad le granjearon un gran sentimiento de afecto y de admiración dondequiera, y producido ese vasto y espontáneo movimiento de duelo nacional que ha causado su dolorosa muerte, y que queremos comparar con el apagamiento de una luminaria que alumbraba hasta ayer el horizonte intelectual de la patria.

Desde el año de 1909 que ocupó inicialmente la cátedra de doctrina en el Colegio del Rosario, Monseñor Castro Silva tuvo un amplio y activo rol en diversos campos de la actividad intelectual, en cuanto a la enseñanza por la variedad de sus conocimientos, especialmente humanísticos, literarios, y representativos calidades de escritor, su reconocida personalidad en la actividad docente que lo llevaron a ocupar un

BIOGRAFIA

CASTRO SILVA, JOSÉ VICENTE.—Nació en Bogotá, marzo 17, 1884. Estudios Primarios, Escuela de los Hermanos Cristianos. Una Escuela Secundaria, San Fernando, Cundinamarca, Bogotá, 1903. Colegio Pro Lector, Bogotá, 1904. Recibió la Ordenación Sacerdotal en San Juan de Letrán, Roma, 1908; recibió la Ordenación Episcopal en San Juan de Letrán, Roma, 1910. Asignatura de Literatura Cultural, Universidad Gregoriana, Roma, 1910. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1911. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1912. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1913. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1914. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1915. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1916. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1917. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1918. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1919. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1920. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1921. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1922. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1923. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1924. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1925. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1926. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1927. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1928. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1929. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1930. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1931. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1932. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1933. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1934. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1935. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1936. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1937. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1938. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1939. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1940. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1941. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1942. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1943. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1944. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1945. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1946. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1947. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1948. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1949. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1950. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1951. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1952. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1953. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1954. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1955. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1956. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1957. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1958. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1959. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1960. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1961. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1962. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1963. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1964. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1965. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1966. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1967. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1968. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1969. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1970. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1971. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1972. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1973. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1974. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1975. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1976. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1977. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1978. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1979. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1980. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1981. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1982. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1983. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1984. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1985. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1986. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1987. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1988. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1989. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1990. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1991. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1992. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1993. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1994. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1995. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1996. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1997. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1998. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 1999. Asignatura de Teología Sagrada, Universidad Gregoriana, Roma, 2000.

Condolencias



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

AVISOS DE PRENSA

BIOGRAFIA

CASTRO SILVA, JOSE VICENTE.—Eclesiástico. Doctor en Derecho. Licenciado en Filosofía. Nació, Bogotá, Marzo 1º, 1885. Estudios Primarios, Escuela de los Hermanos Cristianos 1889. Estudios Secundarios, Seminario Conciliar, Bogotá 1901-5, Colegio Pío Latino, Roma hasta 1908; recibió la Ordenación Sacerdotal en San Juan de Letrán, Roma; complementó su formación cultural, Universidad Gregoriana, Roma; Doctorado en Derecho Canónico. Ha sido: Profesor de Castellano y Librería, Seminario Conciliar, Bogotá 1901; Profesor de Filosofía del Derecho y del Derecho Canónico, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, 1909-36; Secretario del Primer Congreso Eucarístico, Bogotá, 1913; Vicerrector, Seminario Conciliar, Bogotá, 1913-17; Capellán del Orfelinato del Niño Jesús de Praga; Director del Catolicismo 1919-20; Canónico 6º del Capítulo Metropolitano, 1922; Canónico IV del mismo 1925; Canónico IV del mismo, 1926; Canónico III, 1927; Canónico II, 1928; Canónico I, 1930; Tesorero del mismo Capítulo, 1924; Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario desde 1930; Protonotario Apostólico, 1937; Arcediano designado por la Santa Sede, 1938; Archidiacono de la Basílica Primada Colombiana, 1944; Profesor de Metafísica y Sociología del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Autor de "Nociones del Derecho Canónico", en colaboración con Monseñor JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ, "Derecho Eclesiástico", "Prólogo de Don Quijote", presentado a la Academia de la Lengua; "MONSEÑOR CARRASQUILLA", "Orador Sagrado"; "Epílogo de Don Quijote"; "Discursos y Ensayos". Miembro de la Academia de Ciencias y Educación; Academia Española de la Lengua; Academia Colombiana de la Lengua; Academia de Historia, Caracas; Academia Colombiana de Jurisprudencia; Sociedad Bolivariana Colombiana; Sociedad Bolivariana, Quito; del Instituto Sanmartiniano. Condecoraciones: Orden de Santander; La Gran Cruz de Boyacá y Orden del Libertador. Países visitados: Italia, Francia, Estados Unidos. Residencia: Carrera 15 N° 37-50. Teléfono 458-623, Bogotá.

BIOGRAPHY

- FUNERARIA: SAN IGNACIO.

RESIDENCIA: Carrera 15 N° 37-50.

CAMARA ARDIENTE: Aula Máxima del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

EXEQUIAS: Día sábado a las 12 M. en la Iglesia de San Ignacio.
INHUMACION: Capilla de "La Bordadita".

ORDEN DEL CEREMONIAL PARA EL FUNERAL DEL MUY ILUSTRE SEÑOR JOSE VICENTE CASTRO SILVA, RECTOR DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Día 30 de Marzo

Los despojos del Señor Rector serán mantenidos en Cámara Ardiente en el Aula Máxima del Claustro hasta las 11:30 horas del día sábado 30 de Marzo de 1968. Hará Guardia de Honor el Cuerpo de Colegiales y los Antiguos Alumnos del Colegio.

11:30 horas Los despojos mortales del Señor Rector serán llevados por la carrera 6ª con dirección Sur hasta la Iglesia de San Ignacio (calle 10, carrera 6ª).

12:00 hora Exequias en la Basílica Privada - Iglesia de San Ignacio.

12:45 horas Conducción de los despojos mortales desde la Basílica Privada hasta el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, tomando la carrera 7ª hacia el Norte, subiendo por la calle 14 para entrar por la Puerta Mayor.

El catafalco será cargado en hombros por los colegiales, antiguos y actuales alumnos.

13:15 horas ORACIONES FUNEBRES

ORDEN DE ELOCUCION

Por el alumno	Sr. Mario Jaramillo Colegial Mayor
Por el exalumno	Dr. Jorge Echeverri
Por la Asociación de Universidades	Dr. Jaime Sanín Echeverri
Por el Colegio Mayor	Dr. Juan Rafael Bravo Dr. Antonio Rocha A. (CONSILIATURA) Dr. Darío Echandía

15:00 horas Entierro de los despojos del Señor Rector en la Capilla de "La Bordadita" (contigua al Claustro). Al lado del evangelio en la nave central.

RESOLUCIONES

Bogotá, D. E., 29 de Marzo de 1968.

Señores

Consiliatura y Claustro del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario
La Ciudad.

Me complace transcribirles la siguiente proposición aprobada unánimemente por la Sala Plena de esta Corporación, en su sesión de fecha de ayer: "La Corte Suprema de Justicia,

CONSIDERANDO:

Que acaba de fallecer, en esta ciudad el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Doctor JOSE VICENTE CASTRO SILVA, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario;

Que este insigne sacerdote fue varón excepcional por el alto vuelo de su inteligencia, por las nobles virtudes de su corazón, por la universalidad de sus conocimientos, por el esplendor de su palabra y por su amor a la sabiduría y a las ciencias;

Que Monseñor CASTRO SILVA consagró su vida al cultivo de las letras, que ilustró con sus oraciones gratulatorias y con magistrales ensayos, como "El Prólogo de Don Quijote" y "La Tristeza de Bolívar";

Que el núcleo constelar de su fecunda existencia fue el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en cuyo servicio catedrático y rectoral murió dejando obra perdurable que compromete la gratitud ciudadana;

Que durante treinta y ocho años regentó con admirable celo apostólico el Claustro de Fray Cristóbal de Torres, y en ese lapso educó a numerosas generaciones, que dan hoy lustre a la República en todos los campos del saber; y

Que es deber de las Corporaciones Públicas exaltar el nombre de quienes han servido a la Nación,

RESUELVE:

Asociarse al duelo nacional que, con motivo de la muerte del Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor JOSE VICENTE CASTRO SILVA, enluta las banderas de la Patria y de la Iglesia y el Escudo de Calatrava, y rendir homenaje a su memoria. Designar a los Honorables Ma-

gistrados, Doctores Samuel Barrientos Restrepo, Edmundo Harker Pu-
yana, Antonio Moreno Mosquera y Guillermo Ospina Fernández, para
que representen a esta Corporación en las Honras Fúnebres que han
de celebrarse por el descanso de su alma. Señalar su vida y su obra a
la consideración de las generaciones presentes y venideras, como dig-
nas de ser imitadas. En nota de estilo se enviará copia de esta reso-
lución a la Consiliatura y Claustro del Colegio Mayor de Nuestra Se-
ñora del Rosario, a la Curia Primada de Bogotá y a los parientes del
extinto.

Publíquese en la Gaceta Judicial y en la prensa de esta ciudad".

De Uds. atento y seguro servidor. (Fdo.)

Eduardo Fernández Botero, Presidente de la Corte.

El Consejo Directivo de la Facultad de Medicina del Colegio Ma-
yor de Nuestra Señora del Rosario, ante el doloroso fallecimiento del
Señor Rector del Claustro Mayor, Ilustrísimo Monseñor JOSE VIVENTE
CASTRO SILVA.

RESUELVE:

Primero.—Deplorar la desaparición de tan eminente varón, acon-
tecimiento que enluta a la Universidad, a la Iglesia y a las Letras Co-
lombianas.

Segundo.—Señalar la fecha de su muerte como especialmente luctu-
osa para esta Facultad, de la cual fue principal gestor y creador.

Tercero.—Exaltar las virtudes de quien fuera ilustre pensador y
humanista que iluminó por muchos años con las luces de su sabiduría
al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, desde la Rectoría y
la Cátedra.

Cuarto.—Presentar la fructífera obra del Ilustre desaparecido como
ejemplo para el país en general, en particular, para la Juventud Estu-
diosa de Colombia.

Quinto.—Hacer llegar a los familiares del insigne patricio y a las
Directivas del Claustro Mayor la expresión de la más sentida condo-
lencia de parte de cada uno de los miembros de este Consejo.

Dada en Bogotá, D. E., a 1º de Abril de 1968.

Fdo. **Arecio Peñaloza Rosas**, M. D., Secretario.

PRELACIONES

1º—a) Colegiales.

2º—a) Expresidentes.

b) Conciliarios, Rector Encargado, Familiares.

3º— Ministros del Despacho, Jerarquías Eclesiásticas y Cuerpo Di-
plomático.

- 4º— Corte Suprema de Justicia. Consejo de Estado.
- 5º— Parlamento.
- 6º— Fuerzas Militares.
- 7º— Academia y Rectores Universitarios.
- 8º— Comunidades Religiosas.
- 9º— Universidades.
- 10.— Particulares en General.
- 11.— Alumnado Comunidad Rosarista.

ACUERDO Nº 01. MARZO 29

El Tribunal de lo Contencioso Administrativo del Tolima,

CONSIDERANDO:

Que en el día de ayer falleció en la ciudad de Bogotá el Ilustrísimo
y Reverendísimo Señor Doctor José Vicente Castro Silva, Rector Mag-
nífico del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, varón ejem-
plar de excelsas virtudes, dignatario eclesiástico, eminente orador sagra-
do, autor y profesor de derecho, honra y gloria de la sociedad y del
Clero de la República,

ACUERDA:

Lamentar con profundo pesar el fallecimiento del muy ilustre Se-
ñor Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario Doctor
José Vicente Castro Silva y rendir a su memoria el tributo de venera-
ción, admiración y respeto a que tiene derecho por sus grandes méritos.
En nota oficial envíense sendas copias de este Acuerdo a la Honorable
Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y a la
familia del distinguido Sacerdote.

Dada en el Salón de sesiones del Tribunal Administrativo del To-
lima, a los veintinueve días del mes de Marzo de mil novecientos se-
senta y ocho.

El Presidente, **Hernán Cardoso Durán**; el Vicepresidente, **Rafael Ta-
fur Galvis**; el Secretario, **Luis Eduardo Nieto**.

ASOCIACION COLOMBIANA DE UNIVERSIDADES

Fondo Universitario Nacional

ACUERDO NUMERO 35 DE 1965

(Abril 5)

Por el cual se asocia a un duelo El Comité Administrativo, Organo
Permanente del Consejo Nacional de Rectores de la Asociación Colom-
biana de Universidades y del Fondo Universitario Nacional.

En uso de sus atribuciones legales y estatutarias, y

CONSIDERANDO:

Que el día 28 de Marzo de 1968 falleció en Bogotá Monseñor José
Vicente Castro Silva, eminente educador, dignidad de la Iglesia Colom-

biana, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundador de la Asociación Colombiana de Universidades y en el momento de su deceso miembro del Consejo Nacional de Rectores de la Institución,

ACUERDA:

Artículo Primero.—Asociarse al duelo que el fallecimiento del muy Ilustre Monseñor José Vicente Castro Silva constituye para el país y en particular para el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y la Universidad Colombiana.

Artículo Segundo.—Expresar a la familia del Ilustre desaparecido y al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario la solidaridad de la Institución con motivo del fallecimiento de tan eminente universitario.

Artículo Tercero.—Enviar una copia del presente Acuerdo a la familia de Monseñor José Vicente Castro Silva y al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Comuníquese. Dada en Bogotá, D. E., a cinco (5) de Abril de 1968.

César Ordóñez Quintero, Presidente; Uladislao González Andrade, Secretario.

El Consejo Directivo de la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,

CONSIDERANDO:

Que ha fallecido Monseñor José Vicente Castro Silva, Ilustre Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, profesor del Claustro por cerca de sesenta años, su Rector Magnífico desde 1930 y Patrono de la Asociación de Antiguos Alumnos,

RESUELVE:

Primero.—Registrar con la más profunda pena el fallecimiento del Ilustre Rector de nuestro venerado Claustro.

Segundo.—Exaltar las eximias virtudes de Monseñor Castro Silva, sacerdote ejemplar insigne e insuperable maestro de varias generaciones de Rosaristas.

Tercero.—Invitar a los antiguos alumnos del Colegio a rendirle filial y emocionado homenaje de admiración, gratitud y afecto con motivo de sus exequias que se celebrarán mañana sábado 30 de Marzo, a las 12 M., en la Iglesia de San Ignacio, y de su posterior sepultura en la Capilla del Colegio.

Cuarto.—Nombrar una comisión de discípulos de Monseñor Castro Silva que, en acuerdo con el Rector y la Consiliatura del Colegio, proyecte la construcción de un monumento que perpetúe el homenaje de los Rosaristas al Ilustre Rector.

Comuníquese al Rector y a la Consiliatura y Publíquese.

Jorge Echeverri Herrera, Presidente; Ernesto Villamizar Cajiao, Secretario.

RESOLUCION NUMERO 176 DE 1968

(Marzo 29)

Por la cual se lamenta la muerte de Monseñor José Vicente Castro Silva. El Director de la Asociación Colombiana de Universidades y del Fondo Universitario Nacional,

CONSIDERANDO:

Que el día 28 de Marzo de 1968 falleció en su nativa Bogotá Monseñor José Vicente Castro Silva, eminente prosista, pensador, docente y dignidad de la Iglesia, Rector muchos lustros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, uno de los fundadores de la Asociación Colombiana de Universidades y el más antiguo de los rectores,

RESUELVE:

Señalar como efemérides luctuosa para la Universidad Colombiana la del deceso de quien mayor lustre le dio, por mayor lapso y en el más antiguo y noble de sus Claustros, el Rector José Vicente Castro Silva. Copia de la presente Resolución se enviará a su familia y a la Honorable Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Dada en Bogotá, D. E., a los veintinueve (29) días del mes de Marzo de mil novecientos sesenta y ocho (1968).

Jaime Sanín Echeverri, Director; Uladislao González Andrade, Secretario General.

P E S A M E S

Encontrándome ausente acabo de informarme irreparable pérdida Monseñor José Vicente Castro Silva. Unome a ustedes común pena y pido Altísimo sigamos adelante trayectoria y glorias señaló Monseñor en la dirección del Claustro. Respetuoso saludo Fdo. Francisco Luis Arango.

No PS-021. Ruégoles aceptar mis sinceras frases condolencia por el fallecimiento del Ilustre Prelado José Vicente Castro Silva Rector Magnífico de esa Institución Docente. Fdo. Juan Oropesa, Embajador de Venezuela.

Como antiguos Rosaristas unimosnos profunda pena aflige hoy ese Claustro con la desaparición de quien con tanto brillo y decoro prosiguiera la ilustre tradición científica y literaria de ese Colegio Mayor, Hernando Molina Exmagistrado del Tribunal y Colegial. Cristóbal García Colegial Magistrado, Alfonso López Michelsen Gobernador, Luis Roberto García Secretario de Gobierno, Alvaro Pupo Secretario de Desarrollo, Alvaro Araújo Noguera Jefe de la Oficina Administrativa.

Conmovidos ante desaparición Monseñor Castro Silva elevamos oraciones su descanso. Fdos. Juan Burgos. Sra.

Enlutóse Patria, Claustro y nuestros corazones ante pérdida irreparable Rector Magnífico Bordadita, une nuestros espíritus solitarios en el dolor. Fdos. Moisés y Rafael Baquero Correal.

Nombre Universidad Cauca, mío propio expresoles sincera condolencia por sensible fallecimiento Ilustre Rector Castro Silva. Atentos saludos. Fdo. Henry Simmonds Pardo Rector Unicauca.

Con ustedes inclinámonos reverentes señal gratitud ante despojos mortales Ilustre Prelado Excelso Educador Monseñor Castro Silva por su vida ejemplar, meritoria labor llevó feliz término beneficio juventudes colombianas, Dios sabrá premiarlo sentándolo su diestra, respetuosamente. Fdos. Francisco Moya, Familia.

En nombre de la Asociación Colombiana de Universidades y del Fondo Universitario Nacional expreso a Su Señoría y por su digno conducto a la Honorable Consiliatura, a las directivas y al Claustro de Profesores y Alumnos la más sentida condolencia por la muerte del Ilustrísimo Monseñor José Vicente Castro Silva eminente jerarca de la Iglesia Católica Colombiana y Rector de ese Nobilísimo Colegio. La Asociación Colombiana de Universidades y El Fondo Universitario Nacional se asocian al duelo patrio que representa para los anales culturales y académicos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario la desaparición de su Eminente Rector. Como miembro que fue Monseñor José Vicente Castro Silva del Consejo Nacional de Rectores la Institución recordará siempre sus altísimas dotes de educador y hombre de letras y hace suyo el duelo que embarga a la Universidad Colombiana. Respetuosamente Fdo. Jaime Sanín Echeverri, Director.

Como exalumno hágame presente duelo Rosarista. Fdo. Federico Pérez, bachiller del 44.

Profundamente conmovidos desaparición SS. Ilustrísima Monseñor Castro Silva, favor recibir nuestra sincera expresión condolencia. Fdos. Tomás Caballero, Carmen de Caballero, Vicente Caballero Corvacho.

Nombres directivos, profesores, alumnos y mío propio envío esa Institución expresiones de condolencia por el fallecimiento de su digno Rector Monseñor Castro Silva. Atte. Fdo. Juan F. Villarreal, Rector UIS.

La Mesa Directiva del Concejo Municipal de Montería interpretando los sentimientos de la corporación y de la ciudadanía les expresa su

profundo pesar por la desaparición de Monseñor José Vicente Castro Silva Rector Magnífico del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, cuyas luces alumbraron el suelo patrio hoy privado de quien levantó varias generaciones de colombianos para que sirvieran lealmente a su patria. Fdos. Eugenio Giraldo Presidente; Reinerio Toscano Fonseca, Primer Vicepresidente; Joaquín Chisays F. Segundo Vicepresidente; Joaquín Gómez Villadiego, Secretario.

Rector, directivas, profesores, alumnos, administradores Unitolima se permiten manifestar muy sinceramente su condolencia a ese venerable Claustro por desaparición eximia figura de la intelectualidad colombiana, Rector Magnífico de esa Institución Monseñor José Vicente Castro Silva. Respetuosamente, Fdo. Augusto Saavedra Robles, Secretario General Unitolima.

Expreso mi más sentida condolencia por muerte Eminente Educador de juventudes. Fdo. Familia Robayo Piñeros.

Me inclino reverente ante la tumba de mi inolvidable maestro. Fdo. José Manuel Uribe Elejalde.

Unome fervoroso clamor eterno descanso, alma eximio maestro. Fdo. Adolfo Ramírez Vélez, Juez Penal Municipal El Colegio (Cund.).

Cielo es descanso verdadero para Monseñor. Fdo. Eduardo Segura, sacerdote.

Al registrar irreparable pérdida benemérito Monseñor Castro reciban profesorado y alumnos nuestro más caro sentido de pesar, saludos. Fdo. Dioselino Sarmiento, señora.

Profundamente conmovido infausta desaparición Egregio Maestro Monseñor Castro Silva, ruegues aceptar manifestación cordial condolencia. Fdo. Amílcar González.

Unome manifestaciones de dolor y reconocimiento al tener noticia fallecimiento insigne educador. Fdo. Pablo Escobar Cuéllar.

Unidos hondamente en el pesar Rosarista. Fdos. Letoscano, señora, familia.

Registro nombre decanos, profesores, alumnos Universidad Valle con inmensa pesadumbre desaparición gloria clero nacional, educador insigne, gran rector ese Claustro Monseñor Castro Silva. Atentamente Fdo. Alfonso Ocampo Londoño.

Profundamente confundido irreparable pérdida para nosotros y Colombia. Fdo. Hugo Villegas.

Como colegial graduado mil novecientos veinte, discípulo, eminente profesor Monseñor Castro Silva, comparto pena irreparable desgracia. Fdo. Carlos Gámez Dávila.

Con Monseñor Castro Silva desaparece el mejor exponente de una época gloriosa de la inteligencia y el más preclaro orientador de juventudes colombianas, su memoria servirá de ejemplo e iluminará para siempre los Claustros Rosaristas. Asociámonos duelo embarga la República. Fdos. Mario Barrio, Presidente Tribunal Superior; Efraín Caballero, Presidente Sala Civil; Hernando Saavedra Robles, Presidente Sala Penal.

Cordialmente únome sensible duelo Claustro con oraciones por extrañable Rector, Padre. Fdo. Luis Gonzalo Morales.

Espíritu Rosarista identifícame profundo dolor fallecimiento Ilustrísimo Señor Rector Monseñor Castro Silva, maestro integral varias generaciones, insigne exponente inteligencia colombiana. Fdo. Evelio Caipa, exalumno.

Unido a mi familia hago llegar nuestra manifestaciones de profunda condolencia. Fdo. Hernán Eliécer Vidal Márquez, Secregobierno.

Duele hondamente que concluya tan hermosa lección de patriotismo. Fdo. Humberto González Narváez.

Con nuestro hijo José Antonio, alumno ese Claustro Ilustre asociámonos duelo nacional con motivo desaparición Ilustre Rector, sabio virtuoso Monseñor José Vicente Castro Silva. Respetuosamente Fdo. José Antonio Borrero Cuevas.

Ante la tumba de un colombiano tan esclarecido nos inclinamos respetuosamente. Fdos. Almacenes Nogo, José Gómez Quijano.

Monseñor Castro Silva vivirá siempre en mi memoria y en mi corazón. No dejaremos de lamentar irreparable pérdida. Fdo. William Elías.

Ante la memoria del Prelado Ilustre, del Padre incomparable el corazón de sus hijos sienten indecible tristeza, elevan preces a Dios para que la Gloria sea su Eterno Justo Galardón. Fdos. Hernando Rodríguez Lara, familia.

Como Rosarista, colegial de número y alumno de Monseñor Castro Silva lamento vivamente la muerte de tan eminente maestro y presento al Claustro mi sentida condolencia. Fdo. Domingo Arenas Serrano.

Exprésales profunda pena muerte Ilustrísimo Monseñor Castro Silva, fue no solo eminente jerarca Iglesia Católica sino también sabio maestro de juventudes e insigne guión cultura colombiana. Fdo. José Miguel Amín.

Deploramos fallecimiento Benemérito Ilustre Rector Monseñor Castro Silva. Fdos. Joaquín Revelo, familia.

Unome luto embarga Claustro por desaparición Ilustrísimo Rector. Fdo. Roberto Corredor B.

Regresando sorprendíome muerte Eximio Rector, expreso superiores Claustro profundo pesar. Fdo. Fernando Sarmiento.

Dignese aceptar mi profunda expresión condolencia por pérdida irreparable acaba sufrir el país con la sensible desaparición del Ilustrísimo Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector magnífico del histórico Claustro. Atentamente Fdo. Libardo Lozano Guerrero, Gobernador Valle.

Jamás imaginé volvería a vivir una pena tan grande con ustedes, lloro al iluminado maestro, al compañero incomparable, al irremplazable amigo. Fdo. Gómez Moreno.

Expreso por su conducto sincera condolencia muerte Monseñor Castro Silva. Salúdolo respetuosamente. Fdo. Harold Velosa.

Implóroles recibir mi nunca bien llorado pésame. Fdo. Asisclo Roja Peña.

Sumamos nuestra conmovida condolencia sentimiento nacional por fallecimiento nuestro Ilustre Maestro Insuperable Rector benemérito fundación Fray Cristóbal, talentosamente restaurada Monseñor Carrasquilla. Fdos. Sergio Abadía Arango, Sergio Abadía Chamat.

Unimosnos al duelo aflige a ese Ilustre Claustro. Fdos. Guillermo Gómez Villarreal, Guillermo Gómez Galofre.

Ante Ud. que fue su compañero inmejorable y leal amigo llevo toda mi amargura en esta hora de profunda aflicción y me hago pre-

sente en el Claustro Glorioso que el muy Ilustre Rector magnificó con sabiduría y honor para derramar mis lágrimas sobre su tumba con estrecho abrazo. Fdo. Pedro Víctor Angulo, Colegial de Número.

Unome Comunidad Rosarista, profundo sentimiento de pesar irreparable pérdida elevo preces descanso Monseñor Castro. Fdo. Hernando Fernández Franco.

Como hijo Rosarista siéntome huérfano padre, espiritual, sinceros sentimientos de pesar. Fdo. Francisco Jiménez Velásquez.

Convocados por el recuerdo de Monseñor Castro Silva nos unimos espiritualmente a los Rosaristas del Claustro y a todos los dispersos en el ámbito de la patria para honrar la memoria del Maestro inolvidable que con su palabra elocuente, la excelsitud de sus ejemplos y la bondad de su corazón se esmeró por legarnos su grandeza moral y su indeclinable amor por Colombia a usted su leal amigo de todas las horas nuestra sentida condolencia. Fdo. Jorge Dumar Otero.

Eterno Rosarista llora desaparición egregio ejemplar, profesor, maestro, intelectual, Castro Silva. Fdo. Gordillo Rincón.

Usted sabe como quise nuestro muy Ilustre Monseñor Rector encuéntrome profundamente conmovido y apreciando pesar suyo por desaparición compañero tantos años, abrázolo cordialmente afectísimo discípulo. Fdo. Jorge Humberto Escobar.

Como Ex-Rosarista y amigo me asocio al duelo que enluta a todo Colombia. Fdo. Enrique Torres Correa.

Desaparición Monseñor Castro representa pérdida irreparable República llena pesar sinnúmero colombianos recibieron su alta influencia educativa. Reciban usted y Honorable Claustro mis sentimientos de pesar. Fdo. Elberto González Rubio, Rector Uniatlántico.

La Universidad y el país pierden un servidor y una cifra eximia, acepten mi dolorida solidaridad. Fdo. Daniel Henao Henao.

Consternado desaparición Rector Magnífico y Maestro de Juventudes. Acompáñolos. Salúdoslos. Fdo. Rómulo González Trujillo.

Ante irreparable pérdida para Nación, Iglesia y Colrosario ruégoles aceptar sentimientos de solidaridad de colombiano y de soldado. Fdo. Capitán Ramiro Zambrano.

Cuando iniciase inmortalidad nuestro Rector Magnífico, despido con lágrimas su inolvidable envoltura corpórea y con los míos ruego a Dios por que su memoria continúe tutelando Claustro glorioso que dignificó, engrandeció con su señorío, llenó de luz con su sabiduría, generosidad y amor por la Juventud Rosarista en la que encontró siempre promisorias esperanzas capaces entender indeclinables deberes ante futuro patria. Fdo. Guillermo Hernández de Alba, colegial y cronista.

Desaparición Ilustrísimo Monseñor Castro Silva enlutece no solo ese meritorio Claustro sino cultura nacional, cordialmente compartimos pérdida insigne orientador de juventudes. Fdos. Gimnasio Boyacá, Rector, profesores, alumnos.

Cuando Bandera Nacional enlútase ante desaparición Monseñor Castro Silva, Estandartes Ejército Nacional inclínense reverentes en homenaje póstumo Ilustre Colombiano. Fdo. Mayor General Guillermo Pinzón Caicedo, Comandante del Ejército.

Comparto irreparable pérdida constituye Colombia desaparición Egregio Rector Maestro generaciones colombianas ilustres. Fdo. Antonio Ordóñez Plaja, Ministro de Salud Pública.

Lamentando profundamente muerte quiridísimo Rector. Fdo. Enrique Torres Correa.

Unome doloroso deber embarga sentimiento educador, Rector insigne. Fdo. Jorge Marino Sandoval López.

Enviámosles condolencia muerte Ilustre Monseñor Castro Silva, eminente educador, digno discípulo de Cristo. Fdo. Juan Guerra.

Profunda pena pérdida irreparable, Rector Magnífico Colegio Monseñor Castro Silva gloria de la patria y de sus discípulos. Fdos. Pedro Pablo Osejo Peña, familia.

Apesadumbrado por la infausta noticia del fallecimiento del Egregio Rector Monseñor Castro Silva, únome al dolor de ustedes para llorar la pérdida irreparable y grave sufrida por el Mayor y por Colombia y elevo mis plegarias por el eterno descanso de su alma. Ruégoles transmitir las manifestaciones de mi sincero pesar a la familia Castro Silva. Fdo. Eugenio Giraldo.

El Claustro de esta Universidad expresa por mi conducto a la Comunidad Rosarista su hondo pesar por la desaparición del Ilustrísimo

Señor Doctor Castro Silva, quien a través de su nobilísima vida honró las tradiciones universitarias colombianas y aumentó el Ilustre Secular prestigio del Insigne Colegio. Fdo. Hernando Yepes Arcila, Secretario General, Universidad Caldas.

En nombre de la Universidad Pontificia Bolivariana especialmente del Ilmo. Mons. Félix Botero expresamos nuestro más sentido pésame motivo desaparición Ilustre Rector Monseñor Castro Silva. Fdo. Jairo Restrepo Osorio Director de Relaciones Públicas.

Sentido pésame. Fdo. Germán Díaz Jiménez.

Carácter Rosarista grabado en todo exalumno esa Alma Mater, recibió ejemplo Dirección Monseñor Castro Silva, conmuevese irreparable pérdida, sentida condolencia. Fdo. Edgardo Cuello.

Unome duelo desaparición egregia figura Monseñor José Vicente Castro Silva sus enseñanzas perdurarán por siempre en quien tuvimos por fortuna recibirlas. Fdo. Rosarista Ramiro Buendía.

Universidad Pedagógica únese duelo nacional fallecimiento Monseñor José Vicente Castro Silva, Brillantísima figura de las Letras, la Iglesia, la Educación y la Cultura de Colombia. Fdo. Irene Jara de Solórzano, Rectora.

Penosamente sorprendido fallecimiento Monseñor Castro Silva comparto justo pesar venerable Claustro por desaparición Santo Ilustrísimo, Rector a quien profesé admiración, amistad y afecto. Fdo. José Antonio Montalvo.

Al enterarme fallecimiento Ilustre y querido Rector, profundamente consternado hago llegar Uds. mi sincero dolor como Rosarista que debe su formación a la obra ejemplarizadora y portentosa del mejor maestro de la juventudes, guiaré siempre mis pasos por senderos dejados trazados, que luz de su inteligencia, sabiduría sirva de favor para quienes hoy tienen la responsabilidad de continuar su obra. Fdo. Martínez Salazar, Cónsul de Colombia.

Desaparición Ilustre Rector ese Claustro enluta Universidad Colombia. Profundamente conmovidos presentámosles nuestro sentimiento de pesar, Atte. Fdo. Alfredo Verdugo Villota, Universidad de Nariño.

Desaparición Ilustre Rector enluta nuestros Claustros estimulamos seguir su ejemplo. Fdo. Clara Inés Cortés Cortés, Juez Penal Municipal.

Acompáñolos fraternalmente hora luctuosa patria. Fdo. Rodrigo Marín Rojas.

Como Rosarista y Colombiano deploro profundamente desaparición Ilustre Rector Monseñor José Vicente Castro Silva. Fdo. Armando Cruz Buenaventura.

Exprésosles profunda pena irreparable pérdida muerte Eximio Rector, acompáñolos cariñosamente ofreciendo sufragios afectísimos. Fdo. Arzobispo.

Lamentamos cordialmente directivas, profesores, estudiantes muerte Ilustre Monseñor Vicente Castro Silva, gloria universitaria de Colombia, filósofo, orador, presea patria como Rector y admirador eminentemente sacerdote y hombre exprésosle condolencia tan sensible pérdida. Atentamente Fdo. Lucrecio Jaramillo Vélez, Rector Uniantioquia.

Como exalumno hágame presente duelo Rosarista. Fdo. Federico Pérez Bachiller del 44.

Acompañámoslos dolorosa pena desaparición baluarte, cultura, virtud, su recuerdo perdurará nuestra memoria. Atentamente Fdos. Pablo Emilio Guzmán, señora, familia.

Muerte Ilustrísimo Rector priva al país del más notable educador y eminente figura de la Iglesia Colombiana, asociámosnos duelo. Fdos. Augusto Puentes, señora, familia.

Muerte Monseñor Castro Silva enluta ciencias colombianas, acompáñolos espiritualmente. Fdo. Rafael Navarro, exalumno.

Por voluntad Divina Providencia Monseñor Castro Silva consagró su vida a los Claustros del Colegio Mayor del Rosario, enalteciendo con sus virtudes y entregándole su corazón y su inteligencia. Con pena, con dolor le decimos último adiós en acatamiento designios Altísimo. Quédarnos conformidad Monseñor y La Bordadita seguirán velando por el Colegio, profesores y alumnos lloramos conmovidos. Fdos. Rosendo, Pepe, Miguel y Mariano Buelvas Olivella.

Con pesar lamentamos desaparición Ilustre Rector. Fdos. Alejandro Moreno, familia.

Con profundo pesar registro fallecimiento Monseñor Castro Silva, reverentemente rindo tributo ante su tumba y elevo mis preces al Altísimo. Fdo. Alfredo Marmolejo Trujillo.

Bogotá, D. E., Abril 4 de 1968.

La Directora, el personal docente y administrativo de la Escuela de Enfermeras de la Cruz Roja, presentan al señor Rector Encargado, Monseñor Marco Tulio Cruz Díaz, su sentido pésame por la desaparición del muy Ilustre Señor Rector José Vicente Castro Silva, acaecida el día 28 de Marzo de 1968. Fdo. Carmen Ramírez Arana, Directora.

Cáqueza, Marzo 29 de 1968.

Señores Consiliarios del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bogotá

Respetuosamente me permito transcribir a ustedes la siguiente proposición aprobada por el Tribunal Superior de Cáqueza, en sesión plenaria de la fecha: "PROPOSICION.—El Tribunal Superior de Cáqueza, se asocia al duelo que embarga a la nación con motivo de la desaparición de Monseñor José Vicente Castro Silva, eminentísimo jerarca de la Iglesia Colombiana, insigne Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, modelo de juristas y paradigma de la juventud. Transcribese esta proposición, en nota de estilo, a la Consiliatura de dicho Claustro".

Atentamente, Eliécer Maldonado Pachón, Presidente del Tribunal Superior de Cáqueza.

ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CARTAGENA DE INDIAS, Gabriel Porras Troconis expresa a los señores superiores, profesores y alumnos del Ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario los sentimientos de intensa pena que ha experimentado ante la desaparición de su magnífico Rector Ilustrísimo Señor José Vicente Castro Silva, honra de la intelectualidad, del Magisterio Docente, de ciudadanos y del Clero de nuestra patria. Porras Troconis lamenta como suyo este duelo del Benemérito Claustro, forjador de sabios y próceres que han engrandecido a Colombia y abrillantado su historia.

Cartagena, 30 de Marzo de 1968.

José Gómez Quijano, Tina de Gómez Quijano, condolencia sincera.

Cordial sentimiento de pena, Almacenes Nogo, José Gómez Quijano.

La Hna. Directora del Colegio de María Auxiliadora de Bogotá y Comunidad ofrecen sufragios por el descanso del alma de Monseñor Castro Silva, sincera condolencia.

DUELO POR LA MUERTE DE MONSEÑOR CASTRO SILVA

La Academia Colombiana de la Lengua teniendo en cuenta que el 28 de Marzo falleció en esta ciudad Monseñor José Vicente Castro Silva, quien desempeñaba desde hacía 38 años la Rectoría del Colegio Ma-

yor de Nuestra Señora del Rosario; que era miembro honorario de esta institución y que pertenecía a las Academias Colombianas de la Historia, Jurisprudencia y Ciencias de la Educación, a la Academia de Historia de Caracas, a las Sociedades Bolivarianas de Bogotá y de Quito, y al Instituto Sanmartiniano; que fue un ejemplar educador de varias generaciones, orador eminente, tanto en la Cátedra sagrada como en la profana, profundo humanista y pulcro cultor de nuestro idioma,

RESUELVE:

Asociarse al justo duelo que embarga a la Nación y considerar su muerte como pérdida de gran valor para nuestra cultura; solicitar al Gobierno Nacional, por el conducto respectivo, ordene la edición completa de las obras de Monseñor Castro Silva; dedicarle un homenaje recordatorio en el Boletín de la Academia de la Lengua. Copia de esta resolución será enviada a los superiores jerárquicos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y a la señora Tulia Castro Silva de Giraldo.

LA UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA lamenta la desaparición del Ilustrísimo Señor Doctor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y se asocia al duelo que su muerte causa en la cultura colombiana. Al exaltar las dotes que adornaron al extinto y merecieron la admiración y el reconocimiento de sus discípulos y de cuantos gozaron de su amistad, agrega la expresión de cariño y gratitud personales que la vinculan perennemente a su memoria y hace presentes sus sentimientos al Claustro del Rosario y a la familia de Monseñor Castro Silva. Bogotá, D. E., Marzo 29 de 1968. Fernando Hinestrosa. Rector. Al Señor Rector Encargado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Ciudad.

Bogotá, D. E., Marzo 29 de 1968.

Señor Doctor Marco Tulio Cruz Díaz, Rector Encargado de la Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Tengo el honor de transcribir a usted el texto de la proposición aprobada por el Consejo Directivo de la Universidad Social Católica de La Salle. "El Consejo Directivo de la Universidad Social Católica de La Salle registra con profundo pesar el fallecimiento del Eminentísimo Prelado y Rector de la Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Monseñor José Vicente Castro Silva, y expresa al Ilustre Claustro constituido por sus Directivas, Profesores y Alumnos su más sincero sentimiento de pesar dadas las excelsas virtudes del extinto y su constante y ferviente contribución a la cultura del país.

Del Señor Rector, muy atentamente, Jorge E. Gutiérrez Anzola, Rector.

Atlántico, Abril 1º de 1968.

Señores Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Calle 14 N° 6-25. Bogotá, D. E.

Con nuestro fraternal saludo hacemos llegar a Uds. nuestras sinceras y sentidas frases de condolencia por la irreparable pérdida del Ilustre Prelado Su Eminencia Reverendísima Monseñor José Vicente Castro Silva. Q. E. P. D. Compartimos el dolor que les embarga en esta hora de dura prueba, uniéndonos a él, que hacemos nuestro, por cuanto raras veces podemos contar con pastores de talla y que conjuguen las virtudes de aquel siervo de Dios, les agradecemos nos dispensen el favor, enviar a sus familiares si los hay en el lugar la nota adjunta, lo contrario, a la Comunidad Religiosa a que perteneció. Hermanos espirituales.

Federación de Padres de Familias, Pedro R. Cervantes, Secretario de Cultura y Relaciones Públicas.

El Consejo Académico de la Facultad de Derecho y Ciencias Socio-económicas de la Pontificia Universidad Javeriana registra adolorido la desaparición de Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; sacerdote ejemplar, orador insigne, insustituible de juventudes universitarias; en su nombre y en el de la Facultad hace llegar a las Directivas y Alumnos del Ilustre Claustro los sentimientos sinceros de su pesar.

Gabriel Giraldo, S. J., Presidente; Mauricio Uribe Blanco, Secretario.

Academia Colombiana Relaciones Públicas. El Organo Radial de la Academia Colombiana de la Lengua transmitió una sección especializada en la que reprodujo dentro de un epígrafe antológico: "Bolívar alarde de la magnificencia Cívica". Exento por Monseñor José Vicente Castro Silva. Emisión 426.

Medellín, 8 de Abril de 1968.

Monseñor Marco Tulio Cruz, Rector Encargado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Bogotá, D. E.

De mi mayor consideración y respeto: Cumpló el honroso encargo de hacer llegar al Señor Rector y por su digno conducto a todos los miembros del histórico Claustro, la moción de duelo aprobada unánimemente por el Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Medellín, con motivo de la infausta desaparición de Monseñor José Vicente Castro Silva: "El Consejo Directivo de la Universidad de Medellín deplora con sincero y hondo pesar la muerte de Monseñor José Vicente Castro Silva, Ilustre Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, alto exponente de la intelectualidad colombiana y destacado y virtuoso varón de la Iglesia y hace llegar su más expresiva voz de

condolencia al Señor Rector Encargado y demás Directivos, Profesores y Alumnos de la Benemérita Casa de Estudios y, en general, a la Universidad Colombiana, que ha perdido a uno de sus más ilustres y esforzados adalides. Medellín, Abril de 1968". A este sentimiento de la Universidad de Medellín, cuyo Honorable Consejo Directivo hace patente, uno mi propio pésame personal muy especial y sincero. Del Señor Rector y Honorable Claustro, muy respetuoso servidor, José María González, Secretario General.

Escuela de Ciencias de la Comunicación. Universidad Javeriana. Bogotá. Director. El Consejo Académico de esta Escuela en su sesión de fecha 18 del presente, acordó sumarse al duelo de esa Universidad por el reciente fallecimiento del Ilustre Rector José Vicente Castro Silva. Aprovecho para enviarle también mi condolencia personal junto de un atento saludo. Francisco Gil Tovar.

Desaparición Monseñor Castro Silva enluta letras colombianas y para sus primeros togados ella embárganos profunda pena. Fdo. Julio Flórez Bentancourt.

Acompáñolos ante irreparable pérdida enluta Familia Rosarista. Fdo. Pérez Flórez.

*El Rector-Encargado, La Consiliatura, Los Colegiales,
El Cuerpo Docente y Administrativo del
Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*

Agradecen las manifestaciones de duelo recibidas tanto de las demás Universidades de la República como también de las Academias e Institutos de Letras y Alta Cultura, de los antiguos rosaristas, así como de los particulares, en las cuales testimoniaron la solidaridad nacional con la obra y la vida de educador eminente y soldado de Cristo del insigne rector desaparecido, Ilustrísimo Monseñor,

José Vicente Castro Silva

por las cuales la Rectoría y el Claustro quedan perennemente agradecidos.

Bogotá, D. E., Julio 1º de 1968

INDICE

NOTA EDITORIAL	Págs.
Un Gran Valor de la Inteligencia	9
EL PENSAMIENTO CREADOR DE MONSEÑOR CASTRO SILVA	
Oración	13
Memoria Dantesca	23
Oración Gratulatoria	33
La Sublimación por el Deporte	39
Oración Fúnebre en Memoria del Libertador	43
HOMENAJE DE LA HONORABLE CONSILIATURA	
El Rector y el Claustro por Carlos Echeverri Acosta	55
Discurso del H. Consiliario Doctor Juan Rafael Bravo	57
Señor de la Palabra por Antonio Rocha	59
DEL GOBIERNO NACIONAL	
Evocación y Elogio de Mons. Castro Silva por Darío Echandía	63
DEL RECTOR ENCARGADO	
Oración Pronunciada por Monseñor Marco Tulio Cruz Díaz ...	69
ANTIGUOS ROSARISTAS	
Homenaje a Monseñor José Vicente Castro Silva por Jorge Echeverri Herrera	75
Asociación de Universidades por Jaime Sanín Echeverri ...	78
DE LOS COLEGIALES	
Homenaje de la Colegiatura por Mario Jaramillo Mejía	83
DE LA SECCION DE BACHILLERATO	
Semblanza de un Gran Rector por Eliécer Suárez Forero ...	87
EL ESPEJO EN EL CAMINO	
Notas de la Redacción	93

En el próximo número co-
laboran: Eugenio Montes,
Eduardo Zuleta Angel, Car-
los Echeverri Herrera, Gui-
llermo Fergusson, Guillermo
Nannetti Concha, Jaime Cas-
tro, Oreste Popescu, Eduardo
Mendoza Varela, Jesús Aran-
go Jaramillo, Rodolfo Molei-
ro, Alfredo Vázquez Carrizo-
sa, Hernando Morales M., Jor-
ge Castaño Castillo, Alvaro
Tafur Galvis, Ayett Atyr,
Carlos Sabat Ercasty, Gui-
llermo González Charri, Ga-
briel Toro González, Jorge
Yarce Maya, Emilio Rico.